

El Vermeer de Rothschild



Jorge O. Colonna

El Vermeer de Rothschild

Nuevas aventuras del detective de Castelar, basadas en hechos reales.

Para Ingrid, el amor de mi vida.

ÍNDICE

- 5. Detective Domecq
- 10. Comisaria Aberanda
- 16. La soltera de oro
- 23. Confidencialidad
- 27. Vermeer
- 33. Fabergé
- 37. Minas de Altaussee
- 43. Von Koenigsberg
- 48. La Gioconda
- 54. Interpol
- 59. Van Meegeren
- 64. Connectas
- 69. Monuments Men
- 74. Tribunal de Morón
- 79. Perestroika
- 85. Tiroteo infernal
- 90. Vladimir Putin
- 94. Aberanda y Domecq
- 95. Pasaje a Berlín
- 106. Biblioteca Nacional
- 112. Eleonora Colonna
- 118. Acusados
- 123. Múnich
- 129. Bellas Artes
- 135. El curador del Führer
- 141. El búnker de Perón
- 146. Frankfurt
- 151. Herencia Presidencial
- 157. La gran estafa
- 163. Ministerio de Cultura
- 168. Regreso a Castelar
- 173. Mocoretá
- 178. Comodoro Py
- 183. Jerarcas rusos
- 188. Task Force
- 193. Intrusión peligrosa
- 198. Atrapado
- 203. Pendrive
- 208. Cautiverio final

I. Detective Domecq

—¡Feliz cumpleaños, mi amor! —me sorprendió la entrañable voz de Leonor mientras yo mateaba en la cocina de mi casa, solo, apenas acompañado por la indiferente mirada del gato.

—¡Gracias! Ni en el más allá te olvidás de mi cumple —agradecí.

—Es que no muchos llegan a los 80, lúcidos y activos como vos.

—¿Estás bromeando? ¿Lúcido y activo o gagá y achanchado?

—No seas negativo. Recordá que yo no tuve la suerte de llegar a esa edad.

—¡Perdón! —dije al reconocer mi egoísmo.

—Además, con Aberanda, acabás de concluir otra investigación exitosa.

—Tal vez, pero siento que fue la última —admití, sosteniendo el mate con una mano y aferrando la pava con la otra.

—¿La última? ¿Acaso vas a rechazar el nuevo caso en España?

—Es un desafío enorme y ya no tengo la lucidez necesaria para resolverlo —argumenté, siguiendo con la mirada el chorrito de agua caliente que estaba vertiendo.

—¿En serio?

—¡Sí! Después de tu muerte ya no soy el mismo, perdí aquella fuerza vital que tanto apreciabas —me atreví a confesar.

—Mi amor, es cierto que el duelo por la pérdida de un ser querido embota todos nuestros sentidos, pero debería ser algo temporal porque la energía de la vida es ilimitada y solo es cuestión de buscar cómo reconectarse.

—A vos todo te parece fácil—murmuré entre dientes.

—Si no perdiste la conciencia, ni la percepción, ni la memoria,

solo es cuestión de recuperar la energía necesaria para enfrentar el presente y encarar el futuro.

—¡No entendés! A esta altura de mi vida prefiero estar tranquilo, sin exigencias ni apremios. Ya no quiero someterme al estrés de los aeropuertos. Estoy harto de las amansadoras compartidas con cientos de turistas que confunden vacaciones y descanso con subirse a un avión en la atiborrada clase turista. Ya no me banco las largas colas que serpentean frente al mostrador de *check in*, ni las siguientes en migraciones con el miedo a que algo le falte a tu pasaporte y, finalmente, el bochornoso abordaje de la aeronave entre gente histérica peleando por ingresar con todo tipo de bultos no permitidos. En esos momentos me siento un rehén, un prisionero de un sistema caro e ineficiente. Para mí, viajar a Europa es pagar para meterme en el infierno —intenté argumentar pero la evanescente voz de mi difunta esposa ya no estaba conmigo.

En esa época yo no esperaba una nueva oportunidad y, al tenerla, sentía un vértigo cercano al miedo. Sin embargo, de a poco, me invadió un sentimiento de culpa, como si le estuviera fallando al amor de mi vida. Recién entonces, comprendí que había tirado la toalla antes de tiempo y decidí releer el mensaje que me había enviado Anouk Rosenberg, la heredera de un famoso *marchand* francés, para quien había trabajado tiempo atrás, buscando una pintura que los nazis le habían expoliado a su abuelo.

«Bonjour Domecq, ¿Comment ça va?»

Tengo noticias para ti. Una querida amiga preguntó quién fue el detective de arte que nos ayudó a recuperar nuestro amado Matisse y

le di tu nombre. Se llama Olivia y me pidió que te transmitiera su propuesta: una semana en Madrid, todo pago, para que le cuentes los pormenores de tu exitosa investigación y eventualmente contratarte para buscar una importante pintura que perteneció a su familia. Espero que aceptes, así podremos volver a vernos. PS: Olivia de Rothschild pertenece a una de las más grandes dinastías bancarias europeas. À bientôt! Anouk».

Un mes después, tras una serie de marchas y contramarchas, desde la ventanilla del avión que me llevaba a España, disfruté los colores del otoño que teñían los bosques de Ezeiza, los mismos donde había compartido inolvidables picnics con Leonor.

Tras el agotador vuelo, desembarqué en el aeropuerto de Barajas, hice los trámites migratorios, retiré mi equipaje y salí al hall donde me esperaba José Antonio, el simpático chofer andaluz que me llevaría hasta Colmenar Viejo, en las afueras de Madrid. Después de una media hora durante la que intentó lucirse tarareando flamenco, José Antonio cambió súbitamente su actitud:

—¡Fítetu! (fíjate tú) ¿Ves esa Crú? —dijo el joven con un gesto de indisimulable tristeza, persignándose al pasar frente a un austero crucifijo—. Es en recuerdo a la Batalla de Guadarrama. Mi abuelo murió aquí y mi padre —que era un chaval— escuchó todo y vio demasiado. ¡Tremendo, tío!

Y sin esperar que yo hiciera algún comentario, continuó: —Por toda esta zona estaban desperdigaos fusiles, ametralladoras, cañones, cajas de municiones y otros cacharros. Pero lo que más había era muertos. ¡Sí, socio! Muertos de ambos bandos. ¡Todos españoles! No parecían hombres sino muñecos rotos por las

explosiones. ¿Entiendes socio? Mi padre estaba acarajotao y jiñado de miedo. Le daba repeluz solo recordarlo. ¡Qué locura, socio! Las guerras son una locura y la guerra civil fue una locura total —concluyó el andaluz cuando atravesábamos el parque regional Cuenca del Manzanares en dirección a las sierras. Finalmente, pasamos frente a la majestuosa finca de Teresa de Borbón y Borbón, e ingresamos a un establecimiento rural dedicado a la crianza de caballos de pura raza, que pertenecía a la familia de Olivia de Rothschild, la amiga de Anouk.

A marcha lenta, José Antonio bordeó un primaveral monte de fresnos y encinas hasta detenerse frente al que sería mi alojamiento. Se trataba de una antigua caballeriza real, rediseñada de tal manera que ese espacio rústico y oscuro se había convertido en cómodas y luminosas habitaciones para huéspedes. Contaba con un dormitorio y una sala de estar, provistos de salamandras y engalanados por escenas de caza atribuidas a Rubens y Velázquez. Sin embargo, lo más gratificante era el ventanal, con una inigualable vista a los corrales y a la pista de entrenamiento de esos maravillosos caballos de origen árabe. Todo enmarcado por el imponente escenario de la Sierra de Guadarrama.

Ya duchado, tras acomodar mis pertenencias en el placard, decidí buscar algo para comer. Para mi sorpresa, la pequeña cocina contaba con una heladera bien equipada, hasta con quesos artesanales de cabra y jamones ibéricos. Para completar la cena, encontré pan y unas botellas del famoso vino francés de Burdeos, de la finca familiar.

Al rato, después de degustar esas delicias, encendí mi pipa, me senté frente al ventanal y comencé a hojear uno de los libros de

cortesía que me habían dejado sobre la mesa ratona, que narraba la cautivante genealogía de mis anfitriones.

“Los orígenes de la banca Rothschild se remontan al siglo XVIII cuando el alemán Mayer Rothschild cimentó su imperio al constituir su banco en las principales capitales europeas y generar una de las fortunas familiares más importantes del mundo. Las siguientes generaciones continuaron la tradición del negocio hasta que en el siglo XXI Benjamín de Rothschild logró acumular una fortuna estimada en 2.800 millones de euros”. —¡Es el padre de Olivia! —reflexioné.

“En España la familia Rothschild comenzó sus operaciones en el marco de la guerra de la independencia para financiar al ejército inglés del duque de Wellington, que combatía contra las fuerzas de Napoleón en la península ibérica. En agosto de 1812, el militar británico consiguió tomar Madrid provocando la huida de José Bonaparte a Valencia y el repliegue del ejército francés hacia el norte. Las fuerzas inglesas contaban con ochenta mil efectivos y su mantenimiento fue financiado por el banquero Nathan Rothschild. Esta operación cambió el curso de la guerra, acabó con seis años de ocupación militar francesa, y produjo grandes beneficios para la banca financiera”.

Finalmente, el párrafo que más llamó mi atención, informaba lo siguiente: *“Tras la temprana muerte de su padre, Olivia de Rothschild, con solo dieciocho años, se convirtió en miembro de la junta de accionistas, pasando a ser la mujer más joven en ostentar un cargo de primer nivel en la historia familiar”.*

II. Comisaria Aberanda

Anahí Aberanda era una joven y experimentada policía que había logrado ascender a comisaria tras abrirse paso en un ámbito machista, signado por los celos, las suspicacias y las complicidades. Ser comisaria le provocaba tanta fascinación como disgustos, esto último debido a los prejuicios generalizados contra los integrantes de las fuerzas de seguridad, como si todos fueran corruptos y partidarios del gatillo fácil.

Anahí había nacido en la chacra que su familia tenía en Mocoretá, Corrientes, donde el contacto con la naturaleza le permitió desarrollar su innata capacidad de observar, investigar y descubrir. Una vez terminada la escuela secundaria, se mudó a Buenos Aires para estudiar Bioquímica en la UBA. Poco antes de graduarse, logró ingresar como pasante en el laboratorio forense de la Policía Científica. Ya efectivizada, obtuvo una beca para realizar una práctica profesional en las oficinas porteñas del “Federal Bureau of Investigation” (FBI). Pocos años después, buscando más protagonismo, se arriesgó a pedir el pase a la Brigada de Investigaciones. Cuando apenas había cumplido los cuarenta años, y gracias a su capacidad, eficiencia y perseverancia, más la necesaria intuición, astucia y coraje, accedió al cargo de comisaria.

Como contraparte del éxito profesional, su vida estaba marcada por el fracaso matrimonial. Anahí y Rodrigo se habían conocido doce años atrás. Él era un abogado de palabra fácil y sonrisa de galán. Fue amor a primera vista. Se casaron y, al año, nació el primer hijo. Un año después, nacería el otro. Aquellos eran todavía los buenos tiempos, excepto que Rodrigo no tenía suerte con su trabajo. Entonces, decidió

involucrarse en la llamada “industria del juicio”, donde su éxito radicó en la obtención de pruebas *non sanctas*. Primero, seducía a trabajadores, ofreciéndoles potenciales y succulentas indemnizaciones; luego, iniciaba juicios que solía ganar –manipulando pruebas– a cambio de cuantiosos honorarios. Para acceder a información sensible para los juicios que patrocinaba, Rodrigo no dudó en invocar, sin consentimiento, el nombre de su esposa ante funcionarios de la policía científica bonaerense, donde ella trabajaba. Esta traición originó una crisis matrimonial que derivó en divorcio y pelea por la custodia de sus hijos. Recién dos años después, Anahí recuperó la tenencia plena.

Aquella noche, mientras sus chicos estaban en casa de la abuela, sola, sentada en el sillón preferido de su departamento de Morón y escuchando un chamamé ejecutado por Tarragó Ros, Anahí leyó el mensaje de texto enviado por Ariel Tello, su amigo y colega de Interpol, París.

«Ariel Tello/ Interpol,

Hola Anahí, estoy viajando a Buenos Aires para promocionar una maestría que dictará Interpol para profesionales que deseen especializarse en combatir el tráfico ilegal de obras de arte. La idea es fusionar conocimientos del área policial, de la historia del arte, legales y de otras áreas, porque se requieren agentes formados en distintas disciplinas. Desde ya, tenés reservado un asiento en la primera fila. Pero lo más gratificante para mí, sería que aceptes mi invitación a tomar el té, pasado mañana. Espero tu confirmación para elegir la confitería. Cariños, Ariel».

Después de leer el mensaje, frente al espejo, Anahí revisó su

rostro buscando señales del paso del tiempo y de las cirugías reparadoras de las últimas heridas sufridas en servicio. En plena juventud, por su arriesgado trabajo, había padecido desde quemaduras por una bomba incendiaria, hasta un balazo en el hombro que le acertó un francotirador. Llevaba más de tres años divorciada y se sentía capaz de volver a enamorarse, pero era un tema al que no le había podido dedicar el merecido tiempo. Siempre surgían imprevistos. Recién ahora, al leer el Whatsapp de Ariel, su eterno admirador, se preguntó si habría llegado el momento de darle una oportunidad. A su edad y en su ubicación social, una mujer se vuelve sospechosa si no consigue una pareja estable y respetable. Además, a pesar de sus cuarenta y cinco años ella seguía teniendo casi el mismo cuerpo que a los treinta, sin necesitar largas horas de gimnasio para mantener los kilos y las redondeces a raya. Finalmente, aceptó.

«Anahí Aberanda,

Hola Ariel, si te parece, podríamos vernos en “La Ideal”, a las 17hs».

Ese miércoles a la tarde, caminando a paso firme, sabiéndose mirada y admirada, con un toque del perfume que reservaba para esas ocasiones, luciendo una blusa demasiado escotada para el otoño porteño, pantalones ajustados y botitas con taco, Anahí dejó atrás el Obelisco y caminó por Corrientes hasta Suipacha.

En cuanto entró a “La Ideal”, descubrió a Ariel Tello en una de las mesas cercanas a la puerta. Con relación a lo que ella recordaba, su simpático galán había reducido su obesidad casi en la misma proporción que había avanzaba su calvicie. Luego de saludarse, sus primeros comentarios se concentraron en la magnífica restauración de

la emblemática confitería. Las arañas francesas, el mobiliario y los vitrales italianos relucían como en sus mejores épocas y auguraban un justo correlato en el servicio gastronómico de alta calidad.

Tras fracasar en sus intentos de seducción, cuando ya habían pedido sendos té, uno rojo y otro *earl grey*, acompañados con masas de elaboración propia, Ariel cambió de tema:

—Tal como te anticipé, me gustaría que asistieras a mi charla sobre la maestría que fusiona conocimientos interdisciplinarios necesarios para combatir el tráfico ilegal de arte. Además, ese título te abriría las puertas para ingresar a una fuerza internacional bien remunerada como Interpol.

—Me interesa el curso, pero no es momento para pensar en dejar la Bonaerense —respondió ella suavizando su desinterés con una sonrisa—. Supongo que Domecq te habrá comentado su nuevo trabajo en España —cambió de tema.

—Por supuesto. Trabajar para los Rothschild es un verdadero logro —contestó Ariel, buscando una masita con pocas calorías.

—Está en Europa buscando un Vermeer que durante la guerra confiscaron en París y llevaron a Alemania, donde luego se perdió la pista —suspiró Aberanda.

—No le va a resultar fácil. Es un pasado que pocos quieren remover y las autoridades de muchos países ni se tomaron el trabajo de digitalizar los documentos que pudieron rescatarse después de la caída del Muro —opinó intentando lucirse.

—Pero Domecq es un viejo zorro que olfatea lo que muchos pasaron por alto —dijo ella, levantando la mirada hacia Ariel.

—Es cierto —reconoció—. Volviendo a mi charla de mañana, voy

a estar acompañado del director del curso: Daniel Schávelzon.

—¿No me digas? ¡Qué lujo! —exclamó, gratamente sorprendida.

—Sí. Además de ser un arqueólogo serio y probo, Interpol lo considera el investigador más importante de Latinoamérica. Su libro “*El expolio del arte en Argentina*” recibió un premio de la UNESCO.

¿Lo leíste?

—Más que leerlo, lo estudié a fondo. Recuerdo su famosa pregunta: “¿De quién es el arte después de una guerra? Ese libro nos resultó muy útil cuando, con Domecq, investigábamos el paso por Argentina del Renoir que los nazis le confiscaron a una familia judía.

—Me acuerdo, era el “Gabrielle et Coco” que estaba en la Zona Franca de Colonia —confirmó él, con cierta arrogancia.

—Sí, y gracias a ese hallazgo Domecq se hizo conocido y ahora trabaja para uno de los banqueros más importantes del mundo.

—¿Estás un poquitito envidiosa? —se arriesgó a bromear Ariel.

—Lo extraño sería que no envidiara su paseo por Europa, con todos los gastos pagos y honorarios en euros —respondió ella, con serena firmeza.

—Vos también podés cobrar en euros, o dólares, sin salir de Argentina, y haciendo lo mismo que Domecq.

—¿Es un chiste? —desconfió Anahí.

—¡No! Un detective del arte, colega de Schávelzon me consultó por algún buen investigador policial y, como estás de licencia, pensé en vos.

—¿Por qué no contrata a gente que ya conoce?—dijo la comisaria como si hablase consigo mismo

—No sé, pero busca a alguien fuera de su círculo.

—¿De qué se trata? —se interesó ella, dudando entre una masa con crema y otra con dulce de leche.

—El licenciado Clemens, ese es su nombre, colaboró con Schávelzon en la búsqueda de datos para su libro sobre el vaciamiento de los museos y colecciones de arte en la Argentina, en especial los robos y el tráfico de arte hacia el exterior. En esa oportunidad, descubrió algo muy gordo pero que no puede denunciar hasta tener pruebas irrefutables. ¿Te interesa? —preguntó él.

—Sí, pero..., tengo muchas preguntas para hacerle—respondió Anahí tras un instante de reflexión.

—¡De acuerdo! Voy a coordinar una reunión.

III. La soltera de oro

Simpática, menuda, rubia, de ojos claros y mirada acogedora, sin maquillaje pero con un delicado toque de perfume, vestida con elegante ropa informal propia de alguna marca costosa, la veinteañera Olivia de Rothschild estiró el brazo para que le estrechara la mano. Luego, haciendo honor a su aristocrática cuna, con su especial don de gentes y su manera de hablar y de elegir las palabras, “la soltera de oro” me invitó a compartir la mesa preparada para el desayuno.

—¡Qué contraste! ¿No es cierto señor Domecq? —dijo señalando a su alrededor.

—Sorprendente. No esperaba que detrás de esos muros tan sombríos hubiera un ambiente blanco y luminoso como éste — reconocí.

—¡Pues sí! Que esa fue la idea. Cuando mi familia discutía qué hacer con estas caballerizas, insistí en mantener la rústica fisonomía externa pero adaptar su interior a las necesidades de una joven de hoy. Una vez que la refacción lo tornó habitable, me mudé aquí. Estoy cómoda y hasta tengo un par de espacios para huéspedes —explicó con esmerada cortesía.

—Me sorprende tu perfecto español —la elogió, tuteándola.

—¡Gracias señor Domecq! —sonrió halagada—. Es que soy una enamorada de España. Estudio en Madrid y, como me apasionan los caballos, elegí este lugar lindero con la finca de mi madrina, Teresa de Borbón y Borbón, donde se realizan los eventos ecuestres y sociales más importantes de Europa—respondió al tiempo que sus delicadas manos vertían el té en ambas tazas.

—¿La princesa de las Dos Sicilias es tu madrina? —pregunté.

—Yo no le digo así, para mí solo es tía Tere. Pero hablemos de ti. Anouk dice que eres un excelente detective...

—Investigador de arte—la corregí a media voz.

—Como el cliente siempre tiene la razón, te llamaré detective — insistió subrayando la última palabra.

Al tiempo que yo me encogía de hombros y ponía cara de resignación, Olivia continuó:

—Préstame atención detective, mi familia no está convencida de revolver el pasado para buscar un cuadro, por valioso que fuera. Para convencerlos necesito argumentos y hechos concretos. Es por eso que tienes que contarme minuciosamente tus logros en la búsqueda de los cuadros de la familia Rosenberg.

—De acuerdo, pero es una historia larga —le advertí, mirando sus serenos ojos ámbar.

—Tú no te preocupes, yo tengo el día libre y alguien nos dará de comer. Ahora, comienza por el principio. ¿Cómo te conoció Anouk?

—Fue hace tres años, en Buenos Aires —comencé a responder—. Yo estaba haciendo una investigación para *International Art Recovery* cuando su directora me convocó a una reunión con Anouk, para evaluar la posibilidad de ayudarla en su búsqueda de un Matisse que los nazis le habían confiscado a su abuelo. Poco después, fui contratado como investigador por la Fundación Rosenberg, reportando directamente a Anouk.

—De acuerdo. Ahora dime cómo habéis encarado esa investigación y cuáles fueron los resultados —pidió mientras se servía una torreja recién preparada.

—Para descubrir el paradero del cuadro que buscaba Anouk, y

estaba desaparecido desde hacía más de medio siglo, tenía que reconstruir un rompecabezas gigante con piezas faltantes y perdidas— comencé a explicar intentando resumir lo más importante—. Para colmos, yo nunca me había preguntado qué había ocurrido con el arte en París durante la guerra: ¿cómo fue el expolio?, ¿cuántas pinturas habían sido saqueadas?, ¿estaban escondidas o fueron destruidas?, ¿dónde podían encontrarse? Ingenuamente, busqué una verdadera investigación que siguiese el recorrido subterráneo de las obras desaparecidas pero, más allá del excelente trabajo de Héctor Feliciano, no tuve éxito.

—¿No tenías experiencia previa? —se sorprendió mi anfitriona, arqueando ligeramente las cejas.

—No en Europa, pero había tenido suerte al investigar el mayor robo de arte de Argentina —respondí y continué—. Para ubicar y acceder a la información sobre el pillaje de arte ejecutado durante el Tercer Reich, choqué con la casi infranqueable cultura del secreto de países como Suiza, la antigua Unión Soviética o la Rusia actual, mientras que en Francia la mayoría de los documentos sobre la ocupación alemana era aún material de carácter secreto o confidencial, inaccesible al público. Sin embargo, en su carácter de víctimas del saqueo, la familia Rosenberg tenía un permiso especial para consultar ciertos archivos no desclasificados del Servicio de Inteligencia francés durante la guerra.

—Mi familia también tiene ese permiso —acotó Olivia.

—Es bueno saberlo, porque en aquel momento Anouk me dio acceso remoto para acceder al proyecto “Recuperación Cultural Digital” cuyo ambicioso objetivo era crear una lista completa de todos

los bienes artísticos saqueados por los nazis, y su recorrido desde el momento de su desaparición hasta el presente.

—Si lo crees necesario, puedo gestionar tu acceso—intervino.

—Gracias, pero en aquella oportunidad, al intentar acceder a los registros del museo parisino donde los alemanes concentraban las obras confiscadas, descubrí que no estaban digitalizados y las consultas –de acceso restringido- debían hacerse en forma presencial en el Jeu de Paume. Fue entonces cuando Anouk me pidió que viajara a Francia para continuar mi investigación *in situ*.

—¿Te alojaste en su mansión? —se interesó la joven heredera.

—No. Preferí una experiencia bohemia, en la mansarda de un hotelito de Montmartre, en pleno barrio de pintores, rodeado de burdeles y cabarets, con vista a las cúpulas del Sacre Coeur.

Mientras Olivia movía la cabeza y se mordía el labio inferior en un gesto de incredulidad, yo me serví un genuino macaron francés y continué:

—Ya en París, Anouk me presentó a mi compañera de equipo, una mujer dotada de buen gusto, capaz de reconocer la belleza y disfrutar el placer de observar una obra de arte, llamada Rocío Valland.

—¡La conozco! Es descendiente de Rose Valland, la heroína que todos los franceses amamos. Además, Rocío es una mujer guapísima!—agregó la joven, con una sonrisa pícaro.

—Rocío es una investigadora muy bien relacionada, que sabe dónde hay que buscar y a quién preguntar. Juntos formamos un buen equipo. Ella localizó a algunos de los pocos testigos oculares que todavía sobrevivían y los visitamos para que narraran lo que

recordaban. Lamentablemente, después de la guerra, muchas de estas obras desaparecieron en la nebulosa del mercado internacional de arte, gracias a la complicidad o a la simple negligencia de marchands, casas de subastas, historiadores, curadores de museos y expertos de arte.

—¡Eso argumenta mi familia para cuestionar la búsqueda de mi cuadro preferido! —se quejó ella, con un suspiro descorazonado que resaltaba sus simpáticos hoyuelos.

—¡Pero hay otros caminos! —intervine con cierta firmeza, antes de argumentar—. Con Rocío decidimos seguir el difícil rastro de Alois Miedl, el marchand de Goering, quien cruzó los Pirineos con un número indeterminado de pinturas y se refugió en España.

Investigamos meticulosamente los laberintos del submundo del arte hispánico buscando el paradero de las obras robadas a la familia Rosenberg. Husmeando en los detalles que otros habían pasado por alto, con buenas dosis de intuición, paciencia y testarudez, empezamos en Irún, seguimos en Bilbao, más tarde en Cataluña y finalmente en Buenos Aires y Uruguay. Nuestra pista principal fue el “Legado Cambó”, una impresionante colección, de obras de arte confiscadas a judíos europeos y llegadas clandestinamente a Argentina.

—¿Cambó? —preguntó Olivia con cara de no haber oído nunca ese nombre.

—¡Sí! Francisco Cambó fue un magnate catalán considerado uno de los más importantes coleccionistas de arte de España, vinculado a grandes multinacionales del sector eléctrico, que alcanzó la presidencia de una empresa argentina pantalla de capitales nazis y

vinculada a una serie de casos de corrupción. Al radicarse en Buenos Aires, Cambó trajo consigo parte de su pinacoteca pero, por razones aduaneras, trianguló varios cuadros con la galería Wildenstein y los dejó escondidos en Uruguay donde logré encontrar el Matisse que buscaba Anouk—concluí, satisfecho de mi octogenaria memoria.

—¡Felicitaciones! —exclamó con empatía la joven heredera—. Parece una novela de intriga.

—¡Gracias! Pero tengo que advertirte algo. Un inesperado daño colateral de nuestra investigación fue la demanda presentada ante el Tribunal de París por descendientes directos de Georges Wildenstein, conocidísimo marchand de arte establecido en París, Londres, Buenos Aires y Nueva York y fallecido en 1963.

—Recuerdo que mi familia compró obras en esa galería

—Lo cierto es que en la querrela, los nietos de Wildenstein, nos acusan, a Rocío y a mí, de «daño a la reputación». Según los herederos, que hoy dirigen las galerías de la familia, su negocio habría sufrido una importante baja en la clientela debido a nuestra referencia sobre los vínculos entre Georges Wildenstein y los nazis. Se trata de un juicio en curso —agregué temiendo decepcionarla.

Sin mostrar signos de preocupación, Olivia miró su reloj de unos quince mil euros y cambió de tema.

—Mira, con este calor primaveral, quiero refrescarme y cambiar de ropa. Te dejo en libertad. Si quieres, puedes descansar o darle un vistazo a las caballerizas. A las 12,30 horas te espero de nuevo aquí, para el almuerzo.

—De acuerdo —dije, aprovechando para servirme otro macaron.

IV. Confidencialidad

Vestida de civil, con un sobrio conjunto de chaqueta y pantalón azul pastel, la comisaria Aberanda ingresó al edificio donde Interpol alquilaba tres pisos, se presentó en la recepción de planta baja, informó que tenía una reunión con Ariel Tello y la derivaron al séptimo piso. Antes de subir al ascensor, un efectivo de seguridad la invitó a pasar por el detector de metales. Después de la alarma inicial, y tras sacarse el cinturón con gruesa hebilla, volvió a intentar y no hubo problemas. Al descender en el piso indicado, se le acercó una secretaria de gesto adusto y edad incierta, quien la condujo hasta la oficina 044, donde Ariel la esperaba, ya acompañado por el madrugador detective de arte.

El licenciado Clemens rondaba los 60 años, era bajo y flaco, con cabello entrecano y barba llamativamente blanca, piel ajada como de quien vive en contacto con la naturaleza, nariz aguileña, voz aflautada y ojos claros escondidos detrás de lentes oscuros con armazón de metal dorado.

—Mi visión cruda y descarnada, y hasta escalofriante, es que nuestro país ha sido asolado por una ola de robos a los museos y colecciones privadas. Un auténtico saqueo que hemos documentado con Schávelzon —comenzó con vehemencia Clemens, ante la atenta mirada de sus interlocutores—. Debido a la incapacidad o complacencia burocrática, Argentina es un país indefenso ante el tráfico ilegal de objetos de arte. Impunemente, nuestra herencia cultural ha sido robada, malvendida, dilapidada o sacada del país, por eso quiero investigar una pista que puede permitirnos desenmascarar a algunos de los culpables. Por suerte, encontré un mecenas

dispuesto a financiar esta patriada y puedo darme el lujo de contratar a un investigador policial, como colaborador.

Luego de una charla cordial, donde intercambiaron preguntas y compartieron dudas, Anahí aceptó trabajar a prueba, previa firma de un acuerdo de confidencialidad que solo le permitiría compartir sus hallazgos con el Licenciado Clemens.

Al escuchar esto último, diplomáticamente, Ariel Tello se retiró argumentando que tenía cosas que hacer, pero que lo llamaran cuando finalizara la reunión.

—Con Schávelzon trabajamos una temporada en el “Iberoamerikanisches Institut” de Berlín, donde existe una completa biblioteca sobre América Latina —recordó Clemens—. Al revisarla, nos topamos por casualidad con los archivos sobre nuestro país. ¡No podíamos creer lo que veíamos! Miles de páginas repletas de datos, estadísticas, recortes de publicaciones de todo tipo acumuladas durante años, denunciando un saqueo metódico y sistemático. ¿Cómo era posible que nadie supiera del asunto?, ¿por qué las autoridades nacionales no publicaron nada al respecto?, ¿qué había pasado con las capturas de ladrones argentinos hechas por el FBI?, ¿por qué esos ladrones estaban en su mayoría libres?

—¿Qué podemos hacer? —preguntó la ansiosa Aberanda.

—Ahora es tarde. Las obras ya no están. Sólo nos queda llorar o intentar castigar a los culpables—respondió, como resignado.

—¿Por dónde empezamos? —lo sorprendió la comisaria en un arranque de entusiasmo.

Luego de reflexionar un instante, acariciándose la barba blanca, Clemens preguntó:

—¿Tenés experiencia en casos de “lavado”?

—¡Sí! Con Tello y Domecq logramos desbaratar una compleja cadena de lavado de dinero de la droga y del tráfico de armas y arte.

—¿También arte?

—En realidad yo estaba investigando el caso de Monserrat Cambó....

—¿La heredera de la famosa Colección Cambó? —la interrumpió arqueando las cejas por encima de sus lentes.

—¡Esa misma!—confirmó Aberanda—. Yo sospechaba que ella y su marido podían haber sido asesinados para que no develaran el secreto de ciertos cuadros desaparecidos. Al avanzar la investigación, encontré múltiples vínculos entre ese matrimonio y el robo de cuadros al Museo de Bellas Artes, en 1980. Cuadros que fueron canjeados por armas con intervención de la logia masónica “Propaganda Due”, involucrada en el lavado de dinero con el banco del Vaticano.

—Recuerdo a Licio Gelli, “el banquero de Dios” que apareció colgado del puente de Londres —añadió el Licenciado, con cierta arrogancia.

—En realidad fue asesinado por la Mafia como castigo por quedarse con el vuelto del lavado de dinero— completó el dato Anahí, revisándose las uñas de la mano izquierda.

—Después de ese caso, el mío te parecerá una nimiedad — fingió modestia.

—No hay casos grandes o chicos, hay crímenes que descubrir —sentenció la comisaria.

—Me parece bien. Nuestro caso es un “lavado con guantes blancos”: simplemente borrar o disimular el origen de una obra de arte

—explicó Clemens, mientras abría una ventana para dejar entrar la brisa otoñal.

—¿Son casos recientes?

De pie, junto a la ventana, casi en tono doctoral, el licenciado respondió:

—¡No! Tienen su origen en la Segunda Guerra Mundial y se desarrollan en la postguerra, cuando Argentina neutral era percibida como una especie de paraíso en paz. En esa misma época Estados Unidos era el gran comprador de arte mundial y exigía que un vendedor legítimo facturara la obra.

Ya sentado, de nuevo, frene a Aberanda, continuó:

—Sin embargo, no se preguntaba dónde había estado antes, el origen, la procedencia. No interesaba saber si esas obras arte fueron saqueadas de palacios y museos de Europa, o si habían sido confiscadas a personas que vivían en los países invadidos, o habían sido canjeadas por un pasaporte para salvar la vida, o arrebatadas a quienes fueron torturados hasta la muerte para quitarles todo.

—Hacían negocios en medio de la tragedia —intervino ella.

—¡Sí! Pero no especularon con alimentos o remedios, tampoco robaron, sino que traficaron con arte para ganar dinero. Hubo gente que accedía a las obras sin ensuciarse, para luego borrar su origen y venderlas de nuevo. Para eso buscaron un lejano país en el fin del mundo, un país fuera de la contienda pero con gobiernos complacientes: Argentina. Con escalas en España o Portugal en Europa, y al parecer Cuba y Panamá en América, con algunos retoques que disimulaban la procedencia e inventaban supuestos propietarios anteriores, las obras llegaron ilegalmente a nuestro país

Todo era bastante fácil, poco riesgo y con mucha riqueza a ganar.

—Un negocio sucio en su origen y turbio en su final—dijo Anahí.

—¡Exacto! —exclamó con su vocecita aguda—. Y en el medio estuvieron los mismos de siempre que aprovecharon la impunidad y el silencio cómplice del Estado. El negocio consistía en crear una historia falsa, disfrazar las obras de arte que entraban para luego poderlas revender con una nueva procedencia, limpiando sus antecedentes, negando que llegaron de la Europa saqueada sino que estaban aquí olvidadas por siglos.

—Pero muchas obras quedaron acá—intervino Aberanda.

—Por supuesto, hubo compradores locales que se las disputaban sin sentir remordimiento alguno por su origen. Es más, Schlávenson demostró que si la obra era una buena falsificación daba lo mismo: aquí se iniciaba su historia oficial.

—Por suerte, a nivel mundial, hoy hay controles —opinó la comisaria, acomodando un mechón que le caía sobre la frente.

—¡Así es! —reconoció él—. Se lo debemos a la transparencia demoledora de Internet —agregó, masajéandose lentamente el entrecejo—. Hoy, todo museo serio del mundo exige pruebas de procedencia y si no hay papeles las cosas no tienen valor. En cambio, durante la posguerra, bastaba que un cuadro poco conocido fuera llevado desde Europa y expuesto por un día en un museo público de cualquier parte del mundo —Argentina incluida— para figurar en un catálogo oficial que serviría como antecedente válido para venderlo o comprarlo. Eran sin duda otros tiempos.

—No todo tiempo pasado fue mejor —murmuró Anahí como si hablase consigo mismo.

V. Vermeer

A la hora indicada, abandoné mis habitaciones y recorrí una galería con típicas arcadas coloniales bordeadas por perfumados rosales multicolores. Unos metros más adelante, en el luminoso comedor, ya me esperaba la anfitriona.

Sonriente, sin maquillaje, con un vestido sencillo pero de marca, Olivia me invitó a tomar asiento frente a ella, en una mesa engalanada con una vajilla de porcelana digna de Versailles.

Una vez que nos sentamos, apareció una mujer de mediana edad, con rasgos orientales, que llenó nuestras copas con un auténtico “Chateau Lafite”, para regresar inmediatamente con dos platos del exquisito *confit de canard*.

—Junto con los Rosenberg, nuestra familia ha sido una de las principales víctimas del expolio de obras de arte—comenzó a explicarme Olivia—. Nuestras joyas máximas eran los Vermeer, que estaban colgados en las paredes del banco Rothschild. Una de esas pinturas, tan codiciados por Hitler y Goering, continúa desaparecida y quiero que tú nos ayudes a recuperarla—pidió mirándome fijo, como si evaluara mi reacción.

—¿Un Vermeer?—pregunté sorprendido y agregué—. ¡No soy experto en Vermeer!

—Vale, pero no hay problema. En España, quien mejor conoce a Vermeer es don Sebastián Alcolea, el asesor de arte de mi familia. Él ya hizo una investigación minuciosa sobre nuestras pinturas desaparecidas pero, por un problema de salud, debió interrumpirla. Si bien ahora tiene movilidad reducida, su lucidez está intacta. Como no queremos que se pierdan sus avances, nos gustaría que tú tomaras la

posta. Si te parece, mi chofer podría ir a buscar a don Sebastián, así os conocéis y evaluáis juntos la posibilidad de trabajar en equipo.

—De acuerdo—respondí sin reflexionar demasiado—. Pero me gustaría que me anticiparas algo de él.

—Por supuesto que sí. Don Sebastián Alcolea tiene casi tu misma edad, es verborrágico, empatiza con las personas y, más allá de sus estudios de historia del arte, es un verdadero *connoisseur*. Tiene el ojo maravillosamente educado para reconocer lo que se oculta tras las obras y lo hace de manera casi instintiva. Mi padre decía que don Sebastián se enfrentaba a la imagen de una obra anónima y lograba comprenderla hasta reconstruir el proceso creativo que le permitiría identificar al artista que la había creado.

—Envidiable —tuve que reconocer.

Un par de horas más tarde, luego de una larga sobremesa, cuando paseábamos bajo la sombra protectora de la recova, admirando el paisaje serrano, el chofer regresó con el invitado.

Flaco pero panzón, calvo, con rostro apergaminado, ojos ojerosos y lentes pequeños, redondos y sin marco, Sebastián Alcolea maniobró ágilmente su silla de ruedas y se acercó a Olivia quien se puso de pie y lo besó en ambas mejillas. De inmediato yo la imité y estreché afectuosamente la mano de mi futuro mentor.

Con estudiada cortesía, el recién llegado intentó cautivarme con su primera frase: —¡Estoy a tu disposición, colega!

Con voz ronca, tal vez cascada por los años o quizás por tanto fumar o beber, Sebastián comentó sus recuerdos de la Argentina de 1983, en especial el tango y las maravillas del Museo de Bellas Artes, hasta que Olivia lo interrumpió por tener que retirarse para entrenar,

en vista a una próxima competencia.

Una vez que quedamos solos, Sebastián arqueó sus cejas despobladas y, en tono cómplice, dijo:

—Espero que aceptes la propuesta de Olivia porque hasta ahora nadie quiso trabajar con este viejo. Con perdón de la palabra.

—¿Viejo? ¿Dónde hay un viejo? —pregunté con mi mejor cara de tonto, y él explotó con una risotada.

En cuanto se apagó su sonrisa, luego de hacerle una seña a la empleada y pedirle que nos trajera un par de copitas de Pacharan, supuestamente para que yo pudiera conocer ese típico licor, Sebastián agregó:

—Mira, me daría mucha pena que las investigaciones de mis últimos años quedaran inconclusas y arrumbadas en la memoria de algún ordenador, sólo porque ya no puedo caminar. Si aceptas, me comprometo a compartir todo lo que sé sobre este caso y ayudarte hasta con mis últimas energías, para llegar a buen puerto. Te aseguro que será una buena experiencia, divertida, con buena mesa y muy bien remunerada, porque los Rothschild son manirrota. ¡Vamos, hombre, ánimo y aprovecha, que a nuestra edad esto es como ganar la lotería! —concluyó con otra pícaro risotada, mientras limpiaba sus pequeños anteojos redondos.

—¡Manos a la obra! —escuché, con enorme sorpresa, a mi propia voz dando por sentado algo que aún no había evaluado a conciencia.

—Si no te parece mal, aunque ya conozcas gran parte de esta historia, quiero contarte mi versión del saqueo sufrido por la colección de arte de la familia Rothschild —propuso, al tiempo que cambiaba de

posición en su silla de ruedas.

—Te escucho —dije, apurando mi copa de Pacharan.

—Cuando el ejército alemán invade Francia y ocupa París, los nazis ya contaban con un plan sistemático para saquear miles de colecciones de arte, públicas y privadas, como las de los banqueros Rothschild, y las familias Rosenberg, Schloss y muchas más.

—Yo hice una búsqueda para la Fundación Rosenberg — interrumpí sin esperar respuesta.

—Vale, que ya me lo había contado Olivia —dijo y continuó—. Durante cinco generaciones, los Rothschild acumularon una inmensa fortuna creada no sólo por medio de inversiones bancarias y financieras sino también por negocios en ferrocarriles y petróleo, sin olvidar los conocidos viñedos de “Château Lafite” en la región de Burdeos. En su conjunto, las colecciones de arte de los Rothschild fueron fruto de la constancia demostrados a través de generaciones dispuestas a seguir enriqueciendo el legado familiar, hasta que en el otoño de 1940 les confiscaron más de cinco mil objetos de arte y mobiliario de gran valor. De las colecciones individuales de los tres hermanos Rothschild, la más grande y prestigiosa era la del barón Édouard, que incluía obras de Rafael, Rubens, Ticiano, Velázquez, Franz Hals, Van Dyck, Goya, Ingres y “El astrónomo” de Vermeer.

—¿Es el que están buscando? —pregunté ansioso.

—¡No precisamente! Ten paciencia hombre —respondió Sebastián y continuó su larga introducción—. Aunque la colección del barón Robert era más pequeña en tamaño, incluía piezas de importante valor estético, como un tríptico de Van Eyck y obras de Rembrandt, Manet y Braque. Por último la colección del barón

Maurice, bisabuelo de Olivia, poseía un Rembrandt, varios Fragonards y, sobre todo, un gran número de cuadros flamencos y holandeses, incluido un Vermeer que despertaba las ansias de Hitlery Goering, amantes del arte germánico de Europa del Norte—continuó explayándose a gusto hasta que, siempre con natural elegancia, reapareció Olivia para avisar que la merienda estaba lista.

—¿Qué tal el entrenamiento? —le pregunté a la anfitriona cuando nos sentábamos a la mesa donde nos servirían el té.

—Me estoy preparando para el “Flor de Lis *Horse Trials*”—respondió la veinteañera sin disimular su orgullo.

—¿Qué tipo de competencia es? —insistí desde mi total ignorancia.

—Es un exigente concurso de equitación internacional en el que suelen participar jinetes y amazonas con nivel olímpico—dijo bañando con miel una torreja casera.

—¿Concurso de salto? —continué preguntando.

—En realidad es *cross country* en un terreno con desniveles y diferentes combinaciones de obstáculos, especialmente saltos de cercos con agua, lo que requiere un gran entrenamiento tanto en la predisposición del caballo como en el equilibrio del jinete —explicó la anfitriona.

—¿Flor de Lis es la finca de Doña Teresa de Borbón y Borbón? —intervino Sebastián, al tiempo que movía su silla de ruedas para alcanzar la bandeja con churros.

—¡Que sí! Mi madrina es una de las más notables criadoras de caballos de pura raza árabe en España. Cuando falleció su padre, el infante don Alfonso, ella heredó la yeguada Flor de Lis y comenzó a

dedicarse a esta actividad. Pero cambiemos de tema. ¿Te sumas a nuestra investigación? —preguntó, mirándome fijamente a los ojos.

—En principio sí—respondí, incapaz de negarme.

—Me alegro. Mi contador te pasará el borrador de un contrato con las mismas condiciones que don Sebastián.

—¡Gracias Olivia!

—Nada de gracias, tienes que ganártelo —respondió con un simpático mohín de fingida solemnidad patronal.

VI. FABERGÉ

—Supongo que durante la guerra también se revendería arte robado —dijo Aberanda mirando a Clemens.

—¡Por supuesto! —respondió el Licenciado—. Como ejemplo, en 1944 el Museo de Arte Decorativo organizó una gran exposición de arte en la ex residencia de la familia Errázuriz. Allí, un poderoso empresario exhibió un cuadro pintado por El Greco, titulado “Jesús en la casa de Magdalena”. Se trataba de una obra de calidad y valor millonario, y su propietario puso en el catálogo: “*Proviene probablemente del retablo de la iglesia de Titulcia*”. Lo cierto era que poco antes a esa iglesia española le habían sido robados cinco grandes cuadros del mismo autor y ése era uno de ellos.

—¿Me estas jodiendo? —reaccionó incrédula, la comisaria.

—Aparentemente el propietario había sido engañado por su propio hijo, dijo mientras se sacaba los anteojos oscuros y se masajeaba lentamente los párpados.

—¡Nada nuevo bajo el sol!

—En aquel contexto de guerra mundial, con millones de muertos, el saqueo y el tráfico de arte eran moneda corriente en Europa y nadie podía alegar no estar enterado de lo que sucedía—continuó Clemens, ante la mirada atenta de Aberanda—. Incluso hubo argentinos que fueron a ciudades bombardeadas, en plena guerra, a comprar arte: ¿podemos hablar de inocencia?

—Al menos no en esos casos—intervino Anahí.

—La idea era que eso quedara silenciado para siempre. Nadie imaginaba que algún día iba a aparecer un sistema mundial de intercambio de información como es Internet, menos aún que los

registros del tráfico de obras de arte y los nombres de las personas involucradas, sospechadas o investigadas se harían públicos.

¿Alguien imaginaría que setenta años más tarde un organismo internacional buscara y recopilara los archivos y cartas de todos los anticuarios y los hiciera públicos? Bueno, a eso se dedica la “Asociación Americana de Museos”, incluso en nuestro país la imita la “Fundación Espigas”, con la que Schávelzon y yo solemos interactuar.

—¿Qué hace esa fundación? —se interesó ella, al tiempo que se sacaba la chaqueta y la dejaba sobre una silla vacía.

—Se dedican a reunir toda la documentación referida al arte argentino y latinoamericano, para que pueda ser consultada por especialistas, instituciones y público en general. Por ejemplo, gracias a la gente de esta Fundación se conoció “Caso Errázuriz”.

—¿De qué trata? —preguntó la comisaria.

—La colección del embajador de Chile, Matías Errázuriz, fue discutida porque la proveniencia de muchos de sus objetos jamás tuvo el respaldo de un papel, ya que todo venía de épocas muy anteriores. Eran temas viejos. Ahora, yo me pregunto: ¿cómo llegó una escultura desde el siglo XV al XX sin que hubiera un propietario en el medio? Se sospecha que la compró aprovechando la hambruna durante la primera guerra mundial, pero no hay papeles. Tenía estancias y palacios bien escriturados, pero las obras de arte no.

—Dudoso, al menos.

—Dudoso, sospechoso y absurdo porque sus obras de arte valían millones de dólares. El detonante fue que Errázuriz exhibió en público una escultura del siglo XV y escribió en el catálogo que su origen era el altar de una iglesia en la ciudad de Amberes, pero eso

sonaba raro porque Bélgica acababa de ser invadida y saqueada, por segunda vez en el siglo. Además, nada decía si la tenía desde antes o no.

—Raro —opinó Anahí arqueando las cejas.

—Es más. La iglesia de la que se decía que provenía nunca existió, al menos con ese nombre. Pero este error no fue detectado, quizás, porque el director del museo era el yerno del dueño de la escultura —completó Clemens.

—¡Qué casualidad! —ironizó ella con un gesto gracioso y ambos rieron.

—Nadie intentaba averiguar de dónde venían las obras de arte, ni trataba de confirmar con papeles las palabras de aquellos propietarios de apellido aristocrático.

—¿Hasta cuándo duró esa anomia?

—Un par de años después de la guerra dejaron de llegar desde Europa los miles de objetos que luego desaparecían tras ser exhibidos. Fue entonces cuando, en los mismos lugares, comenzó la exhibición de obras falsas de pintores famosos, que después de su aparición repentina aquí se irían al exterior. Pero ese tema lo conocés bien.

—Si, pero solo lo referido al mercado de arte local. Con Tello y Domecq logramos desenmascarar trabajos de grandes falsificadores internacionales que pasaron por Buenos Aires, desde el famoso húngaro Elmyr de Hory, uno de los más prolíficos de la historia, hasta el genial Wolfgang Beltracchi quien copió decenas de cuadros y logró venderlos a los más reputados coleccionistas, marchantes y expertos en arte —resumió Anahí—. Hablando de Domecq, quiero mencionar

una rara casualidad. Está en Europa, buscando un Vermeer que perteneció al barón Maurice de Rothschild. Bueno, resulta que en la gran colección de este acaudalado banquero francés había una valiosa pintura de Giovanni Boldini, con el retrato de Josefina de Alvear...

—¡La esposa del embajador Errázuriz! —exclamó Clemens con su incómoda voz aflautada.

—¡Exacto! Nosotros estamos acá hablando de Errázuriz, mientras que en Europa, Domecq encuentra un cuadro de su esposa en la colección de Rothschild que él está investigando. En momentos como éstos recuerdo la muletilla: en el mundo del arte, “todo se relaciona con todo” —pontificó la comisaria.

—Es difícil separar casualidad de causalidad. En fin, te cuento en qué consistirá nuestro trabajo. Si bien mi mecenas está dispuesto a financiar el intento de desenmascarar a los culpables del vaciamiento de nuestro patrimonio cultural, él exige que paralelamente busquemos un huevo Fabergé que anduvo por Argentina, en manos de los mismos traficantes ilegales de arte...

—¿Qué sabés de ese Fabergé acriollado?—intervino ella.

—Comienzo por el principio porque cada detalle cuenta.

—Por supuesto, el diablo está en los detalles.

—Se estima que Fabergé sólo produjo unos sesenta de esos inigualables huevos de oro y piedras preciosas, hasta que la revolución rusa de 1917 acabó con los zares y también con la producción de Fabergé.

—¿Qué pasó después de la caída del Imperio Ruso? —preguntó ella.

—Según la historia, Rasputín vaticinó que esos huevos estaban malditos y “aquel que los poseyera caería en desgracia”. Con el derrocamiento del zar y el asesinato de todos los miembros de la familia Romanov, en un baño de sangre en el que no se salvaron ni los niños, ese pronóstico se cumplió.

—¿Y después?

—Se cree que uno de los huevos Fabergé pasó a manos de Lenin quién tendría un triste final, propio de la maldición, ya que murió por una sospechosa sobredosis contra la sífilis, que podría haber sido “inducida” por el propio Stalin. Si la maldición se iba extendiendo a los sucesivos propietarios de esos huevos, uno de ellos pudo haber pasado por manos de Trotski, el revolucionario forzado a exiliarse en México donde fue asesinado por un miembro del servicio secreto ruso enviado por Stalin. Ya en **la Segunda Guerra Mundial**, cuando **Hitler** invade la Unión Soviética, varios huevos Fabergé fueron requisados pasando a formar parte del tesoro nazi. Los que creen en la maldición sostienen que a partir de ese momento empezó la decadencia del Tercer Reich. La campaña rusa de Hitler fue un desastre y permitió el avance aliado y soviético. Alemania retrocedió hasta perder la guerra y Hitler se suicidaría en el búnker de la Cancillería en Berlín, donde atesoraba uno de los huevos Fabergé.

—¿En serio?—reaccionó incrédula, al tiempo que se acomodaba el mechón rebelde que caía sobre su frente.

—No lo estoy inventando. Está en los libros, aunque no todo lo publicado es verdad.

VII. Minas de Altaussee

Durante la merienda, cuando elogiábamos los exquisitos macarons que la heredera de los Rothschild había hecho traer de Francia, ella nos preguntó:

—¿De qué habéis hablado durante este rato? Espero que no haya sido de futbol porque os recuerdo que soy francesa y la sola mención de Qatar me produce urticaria—dijo con un resabio tristón.

—Estuvimos comentando el saqueo nazi a las colecciones de arte de tu familia —respondió Sebastián, para cambiar de tema.

—¿Alguna pregunta? —se interesó ella.

—Sí—intervine—. Conociendo las medidas preventivas que los Rosenberg tomaron para defender su patrimonio ante el avance alemán, me gustaría saber si tu familia pudo reaccionar a tiempo.

—Como todos, tomaron provisiones pero nadie imaginó la magnitud de la rapiña. En 1939, al estallar la guerra, mi familia intentó proteger sus colecciones de la posible destrucción por batallas y bombardeos. El primer reflejo fue embalar las obras y transportarlas fuera de París para ponerlas a salvo, almacenándolas en algunos de los castillos en el campo. Además, mi bisabuelo y sus hermanos, utilizaron a amigos y familiares no judíos, contactos diplomáticos y administrativos para proteger las obras. Por ejemplo, una parte de las colecciones quedó bajo la protección del director del Museo del Louvre, quien —para garantizar su seguridad- falsificó documentos para registrarlas como donaciones hechas al Estado francés previas a la declaración de guerra.

—¿Y qué pasó con tu familia? —pregunté.

—Se exiliaron y, como castigo por huir del territorio nacional,

fueron despojados de la nacionalidad francesa y sus bienes confiscados, según estipulaban las nuevas leyes contra los judíos — contestó Olivia antes de despedirse—. Bueno, os dejo trabajar porque tengo que ir a mis clases en Madrid.

—¿Más clases de equitación? —bromeó Sebastián.

—¡Qué va! Estudio historia del arte para poder librarme de vuestros honorarios —bromeó ella.

—Nos vas a extrañar —retrucó mi veterano colega y flamante mentor, mientras la joven se retiraba.

—Bueno, habíamos llegado a 1940 —fue mi forma de invitarlo a retomar el relato.

—Vale —dijo Sebastián, al tiempo que intentaba cambiar de posición con un gesto de aparentemente incomodidad en su silla de ruedas—. Cuando el gobierno francés de Vichy anunció la expropiación de los bienes de los Rothschild, ya la maquinaria de saqueo nazi se había puesto en marcha y parte de esa fabulosa colección había sido trasladada a Alemania. Todo había comenzado con el allanamiento de los domicilios parisinos, pero hallaron poco porque la mayoría de las obras habían sido trasladadas a otros lugares. Tras ese primer fracaso, los nazis saquearon los distintos castillos de los Rothschild en el interior de Francia. Después siguió un examen sistemático de las obras de arte depositadas en las bóvedas de los bancos, caja por caja. En cuanto a las pinturas confiadas como donaciones a la administración del Louvre, los agentes del *Reich* — gracias a su red de informantes- no tardaron en encontrar la pista y descubrir el ardid. Finalmente, al cabo de varios meses de implacable búsqueda, los nazis lograron capturar la inmensa mayoría de las obras

y almacenarlas, transitoriamente, en el Jeu de Paume.

—Estuve trabajando en ese museo. Con Rocío Valland revisamos los minuciosos inventarios de lo incautado, buscando obras que pertenecieron a Paúl Rosenberg —acoté.

—¡Vaya, vaya! ¡Qué afortunado eres tío! Estar con la guapísima Rocío no puede considerarse trabajo —bromeó Sebastián con una sonrisa pícara.

—Agua que no has de beber déjala correr—dije y provoqué una sonora risotada de mi nuevo compañero de ruta.

—Después de tanta introducción llegamos a Vermeer —continuó Sebastián—. Cuando el mariscal Goering se entera de que la colección Rothschild había sido confiscada y estaba en el Jeu de Paume, se desplaza inmediatamente de Berlín a París para inspeccionar el botín y seleccionar obras de arte para su propia colección. Sin embargo, Hitler le ganó de mano y se quedó con “El astrónomo” de Vermeer. Esta valiosa carga llegó a Alemania y fue transferida al castillo de Neuschwanstein, una de las legendarias construcciones de Luis II de Baviera, donde permanecieron hasta 1944. Cuando comienza el bombardeo aliado estas colecciones fueron transportadas y escondidas en las minas de sal de Altaussee, donde los soldados alemanes ya habían escondido muchos de los grandes tesoros del arte europeo occidental que habían saqueado.

—Creo que ahí las encontraron los famosos “Monuments Men”—intervine.

—¡Qué sí! —respondió Sebastián con su voz gastada y continuó dándole a la lengua—. En el vientre de aquella mina habían almacenado más de siete mil pinturas, dibujos, acuarelas y grabados,

como así también tapices y libros valiosos. Lo grave era que los jerarcas nazis habían ordenado dinamitar todo en caso de derrota. Entonces, simultáneamente al desembarco en Normandía, los aliados crearon —como tú has bien mencionado— el grupo de los “Monuments Men”, cuya prioridad fue avanzar junto al ejército y evitar que los nazis destruyeran bienes y edificios de incalculable valor. Cuando los estadounidenses llegaron a Altausee, encontraron la entrada de la mina bloqueada y temieron que la explosión hubiera destruido las obras, pero un ciudadano alemán, a cambio de un salvoconducto para él y su familia, ofreció revelarles el acceso a esos tesoros rapiñados por los alemanes y se convirtió en el anónimo salvador de ese inconmensurable patrimonio de la humanidad.

—Si mal no recuerdo, al terminar la guerra surgieron disputas y rapiñas entre *yankees* y soviéticos para repartirse ese botín—dije.

—En realidad, la historia se bifurca: las obras de arte recuperadas por los ejércitos de Occidente volvieron a la luz, mientras que el resto desapareció en manos del Ejército Rojo. Stalin consideró que ese botín de guerra era la compensación por el daño causado por los alemanes: millones de muertos, media Rusia arrasada y más de ciento cincuenta museos vaciados. Como no pensaba devolver aquellas obras de arte, decidió ocultarlas en casas particulares, iglesias y monasterios esparcidos por toda la antigua Unión Soviética, donde permanecieron por décadas y algunas no reaparecieron hasta hoy—explicaba mi locuaz colega, hasta que lo interrumpí.

—Volviendo a Altausee, ¿no es ahí donde encontraron un par de Vermeer?—pregunté, mientras me levantaba para correr una cortina y mitigar el efecto de los ardientes rayos de sol de la primavera

madrileña.

—Sí, pero tengo que leer la lista para evitar omisiones —
respondió y, luego de consultar su Tablet, enumeró—. Entre las obras
más destacadas estaban: “El Astrónomo” y “La Mujer Joven con Jarra
de Agua” de Vermeer, “La Madonna de Bruges” de Miguel Ángel, “La
Dama Dorada” de Gustav Klimt, “La Tormenta en el Mar de Galilea” de
Rembrandt, “La Lamentación” de Van der Weyden, “La Torre de
Babel” de Brueghel el Viejo, “La Escuela de Atenas” y “Retrato de un
Joven” de Rafael, “Retrato de un Caballero” de Van Dyck, “Venus del
Espejo” de Diego Velázquez, más obras de Rubens, Tintoreto,
Zurbarán, Tiziano y Goya hasta “La Gioconda”.

—¿“La Gioconda” de Leonardo Da Vinci? —pregunté, entre
sorprendido e incrédulo.

VIII. von Koenigsberg

Cuando el siempre atento Ariel Tello envió a un empleado a servirles café a las dos personas reunidas en su oficina, los agradecidos Aberanda y Clemens aprovecharon para hacer un alto en su charla introductoria y disfrutar la vista del Jardín Japonés desde una ventana bien alta que permitía admirar el contraste de follajes verdes, amarillos y rojos.

Luego de hablar de sus dos hijos que criaba en soledad, Anahí le preguntó a Clemens si tenía familia y se sorprendió por la insólita respuesta.

—Soy hijo único y no le deseo lo mismo a ninguna criatura.

Ante semejante respuesta, ella prefirió volver al tema laboral.

—¿Hay algún criterio de trabajo, pauta o consideración que yo deba tener en cuenta? —preguntó la comisaria.

—El único criterio es evitar una mirada sesgada. Tenemos que investigar sin juzgar —sentenció con voz aguda y tono doctoral—. Obviamente, rechazamos el argumento de que la víctima de un robo tiene derecho para robar a otro. Que la ex Unión Soviética haya sido saqueada por los nazis no le daba derechos para robar obras de arte de Hungría, Polonia o Alemania del Este. Lo mismo vale para Hitler, que saqueó Francia alegando que a ellos los había robado Napoleón. Vamos a analizar archivos desclasificados, de acceso complejo pero no imposible, para buscar entrelíneas. No importa si alguien nos parece inocente, vamos a estudiarlos igual, pero siempre teniendo en claro que hablamos de gente que fue investigada pero no llegó a ser declarada culpable porque nunca se las juzgó.

—¿Tenés alguna pista? —lo interrumpió ella, harta de tanto

palabrerío.

—Más que pista, tengo en la mira a tres sospechosos de traficar en Argentina todo tipo de tesoros saqueados en Europa, desde cuadros hasta esculturas y joyas valiosas, entre las que pudo haber un huevo Fabergé. Vamos a investigarlos porque los tres se dedicaron a blanquear arte de origen ilegal, trayendo obras sin papeles que informaran de dónde provenían y acá les fabricaron una genealogía aceptable, una historia creíble para reexportarlas con enormes ganancias. Si bien nuestro mecenas busca un Fabergé, mi objetivo personal es identificar a quienes usaron a este país para lavar obras de arte de origen sangriento. ¿De acuerdo? —dijo, apurando su taza de café.

—Dale —se resignó Anahí, encogiéndose de hombros.

—Tenemos que revisar el dudoso origen de ciertas obras de arte de las que nunca se publicó ninguna documentación con la trazabilidad desde su origen. No basta con que un museo nos diga quién la donó, es necesario demostrar su historia previa, que no es lo mismo. Los papeles faltantes hablan por sí solos. En 1945, era posible hacer un certificado falso o decir que un experto autenticó un objeto muchos años antes y resultaba difícil demostrar que era mentira si estaba muerto, otra cosa es hoy ver que ese documento nunca existió.

—Pero, si no existieron documentos y la enorme mayoría de las víctimas falleció, ¿cómo vamos a investigar? —preguntó la pragmática comisaria, acomodándose el mechón que le caía sobre la frente.

—Afortunadamente, al final de la guerra, los Aliados, la CIA y el FBI, se dedicaron a investigar a los sospechosos de traficar arte

saqueado, leyendo sus cartas e incluso escuchando sus teléfonos. Además, con el tiempo, surgieron organizaciones dedicadas a analizar los antecedentes de cada obra de arte desaparecida. Pese a existir tanta información disponible, nuestro país aún no hizo públicos los inventarios de muchos de sus museos que, salvo honrosas excepciones, se niegan a informar los antecedentes de sus piezas y ponen mil trabas para ver un objeto del depósito o tomarle una fotografía.

—¿Debería sorprenderme? —dijo ella, sin esperar respuesta.

—Te cuento: pedí turno para tomar fotos en depósitos y archivos, pero muchos se negaron, otros alegaron que hay años de demora para esos trámites y finalmente algunos aceptaron con estrictas condiciones: no tocar la pieza en cuestión y solo fotografiarla por intermedio de un empleado del museo, con cámara de baja definición.

—¿Hasta qué punto un museo público puede negar el acceso a sus archivos? —preguntó Anahí con evidente indignación.

—Estamos en Argentina —fue la lacónica respuesta—. Es más, han tratado de esconder estas historias, disfrazarlas, tapar lo que se pudiera, disimular, emparchar. Es más, cuando comenzaron a investigarse las actividades nazis en nuestro país, muchos archivos que debían ser entregados fueron destruidos *ex profeso*. Esto puso en evidencia que había quienes trabajaban para evitar que se supiesen ciertas cosas. Lamentablemente, para los gobiernos de aquellos tiempos este tema del arte ni siquiera existió: ningún presidente, entre 1933 a 1955, estuvo siquiera interesado.

—Obviamente, conozco las complicidades que hubo para

refugiar criminales de guerra, pero no sospechaba que pasara lo mismo en materia de arte. Por suerte, a diferencia del oro y el dinero, las joyas Fabergé no se gastan, ni se transmutan, ni desaparecen en la economía legal o ilegal, sino que trascienden los tiempos. Pero, ¿dónde están? —se preguntó Anahí.

—Sospechamos de Carlos Fuldner, Edouard Larcade y Paula von Koenigsberg... —dijo Clemens, mientras se ajustaba los innecesarios anteojos oscuros.

—El matrimonio von Koenigsberg apareció mencionado en nuestra investigación con Domecq —lo interrumpió ella—. Pero me quedé con ganas de conocer más.

—Doña Paula von Koenigsberg fue una gran traficante disfrazada de coleccionista. Pese a tener cerca de 700 obras de nivel mundial, muchas hoy valuadas en millones de dólares, sólo aceptó exhibir algunas de sus pinturas en 1945. Sin embargo, de manera insólita los grandes museos argentinos, con dinero del Estado Nacional, competían por comprar parte de su colección. Ella operaba convenciendo a aristócratas argentinos para que dijeran que esas obras habían estado en sus mansiones, o en sus estancias, desde los tiempos de sus abuelos. Eran historias posibles, tenían sus residencias llenas de obras de arte por generaciones. ¿Quién pondría en duda su palabra? Fueron partícipes necesarios, no inocentes. Conclusión: cuando en 1955 cayó el gobierno peronista que la protegía, Paula von Koenigsberg desapareció del país. Tuvo un gran negocio sucio que duró muchos años, lavando obras traídas ilegalmente de Europa, o introduciendo otras falsas, y revendiendo

todo al exterior. Lo que quedó por acá hubo que quemarlo por no ser auténtico.

—Creo que la perseguía el FBI —agregó ella, siempre atenta.

—Según los organismos de inteligencia de los Aliados esta mujer y su marido, que simpatizaban con el nazismo, se dirigían a sus posibles compradores con sospechosos mensajes en clave y a veces utilizando seudónimos.

—¿Y cómo vamos a investigarla? —preguntó mirándolo a los ojos.

—Revolviendo papeles. En 1945, el matrimonio von Koenigsberg organizó una gran exposición, sobre la que el diario “La Prensa” ironizó con el siguiente comentario: *“Los zares se sorprenderían si regresaran a la tierra, al ver en Buenos Aires una cantidad de arañas y de candelabros de cristal de roca, muy dorados, a los cuales se les atribuye la antigua propiedad”*. Si bien el periodista que redactó este artículo no menciona a los huevos Fabergé, hace referencia a un contexto propicio para su llegada a nuestro país. Ya fueran verdaderos o falsos—explicó el Licenciado, acariciándose la barba blanca—. Entonces, como la única fuente de información confiable son los documentos desclasificados por el Departamento de Defensa de USA, ingresé a una web de acceso público y encontré cosas interesantes—explicaba Clemens cuando Anahí, cansada de escuchar esa vocesita de “maestro ciruela”, le propuso:

—Dejame leer a mí, así descansás las cuerdas vocales —mintió.

IX. La Gioconda

Durante la larga sobremesa degustando el licor digestivo, imprescindible después de cenar los callos a la madrileña pedidos por Sebastián, aproveché para sacarme una duda:

—¿La Gioconda fue robada por los nazis y escondida en las minas de Altaussee?

—¡Vale! —comenzó con su voz aguardentosa—. Al menos así lo indican documentos alemanes y austríacos que coinciden con la información proporcionada por el Louvre sobre el incierto paradero del cuadro durante la guerra.

—¿Pero..., cómo...? —reaccioné confundido.

—Estepreciado secreto recién fue aclarado muchos años después, mediante un informe que explica cómo los heroicos funcionarios del Louvre lograron evacuar miles de obras maestras y salvarlas de los nazis. El líder de aquel grupo se llamó Jacques Jaujard...—explicaba Sebastián cuando lo interrumpí.

—Cuando trabajé con Rocío ella me contó que su famosa pariente Rose Valland había colaborado con Jacques Jaujard.

—¡Qué sí! Jacques y Rose son recordados como héroes de la resistencia francesa porque trabajaron día y noche para proteger los objetos de valor incalculable que estaban bajo su cuidado—dijo Sebastián y continuó—. Jaujard, que en 1939 era subdirector de los Museos Nacionales, planificó y supervisó la evacuación de los tesoros del Louvre hacia fuera de París. Cuidadosamente envueltos y protegidos, metidos en camionetas en plena noche, fueron llevados a varios castillos en el sur y el oeste de Francia, muchos de ellos viajando por caminos congestionados de refugiados aterrorizados que

huían del avance enemigo. Finalmente, cuando los alemanes se presentaron en el Louvre y exigieron la entrega de “La Gioconda” y otras obras irremplazables, Jacques Jaujard no los confrontó sino que se mostró calmo y paciente. Abierto al diálogo pero con prácticas dilatorias, escudándose en el idioma para malinterpretar las órdenes de los agentes del *Reich* en lo referente a informar la real ubicación de los tesoros escondidos. Si bien Jaujard logró dilatar el secuestro de la mayor obra de Leonardo, los nazis festejaron tenerla en su poder.

—Entonces, ¿se la llevaron? —lo interrumpí, perdido en los enredos del relato.

—¡Ten paciencia, hombre! Te están pagando oro por cada segundo que pierdes —fue el codicioso argumento que me generó desconfianza—. Ese misterio duró hasta 2011, cuando el Louvre informó que una copia idéntica de la Mona Lisa, también del siglo XVI, estaba entre las miles de obras que se recuperaron. Entonces, con base en la evidencia disponible, una conclusión convincente, aunque no confirmada, es que el Louvre pudo haber mantenido el original escondido en París, mientras los nazis se llevaban la copia. Esto explicaría por qué la “Mona Lisa” sí regresó de las minas de Altaussee, pero también explicaría por qué la “Mona Lisa” nunca salió de París. La que fue robada, escondida en las minas de sal y finalmente recuperada, habría sido una copia.

—Parece una novela —opiné mientras me paraba y, al fin, sentía el alivio de estirar las piernas.

—¡Por favor, sírveme más licor! —pidió Sebastián, que desde su silla de ruedas no alcanzaba la botella—. No es el único caso, con una pintura de Vermeer, la realidad también superó a la ficción —agregó.

—¿El cuadro que tenemos que buscar? —pregunté.

—Tal vez.

—¿Cómo “tal vez”? Ya estoy viejo para jugar a las adivinanzas. ¿Qué demonios pasó con ese Vermeer? —lo increpé hartito de sus manipulaciones.

—Vísteme despacio, que tengo prisa — sentenció con suficiencia.

—¡No estoy para refranes! —grité—. Si no tenés nada útil para agregar, me voy a dormir que con el *jet lag* estoy hecho bolsa — agregue en mal tono, hartito de su pedantería.

—¡Vamos tío, que no es para tanto! Si dije “tal vez” es porque no tengo certeza —respondió aumentando el clima de malestar entre nosotros.

—Entonces, contame lo que sepas para que yo pueda sacar mis conclusiones —insistí con firmeza.

—¡Vale! —aceptó bajando un cambio—Pero, para no repetir, quisiera saber qué recuerdas tu de “El Arte de la Pintura” de Vermeer.

—Creo que pertenecía a un conde austríaco y cuando Goering quiso apropiárselo Hitler le ganó de mano —dije.

—Buen resumen. Hitler lo escondió en la mina de Altaussee donde, en 1945, el cuadro fue rescatado por los “*Monuments Men*” y un año después los americanos lo devolvieron al gobierno austríaco. Pero este no fue el único enfrentamiento entre Hitler y Goering por un Vermeer, sino que también se disputaron “El astrónomo” propiedad del barón Édouard de Rothschild.

—¡No me jodas! —reaccioné fastidiado—. Cuando te pregunté si ese era el que estaban buscando, me dijiste que no.

—Recuerdo haberte contestado “no precisamente”.

—¿No es lo mismo? —insistí.

—No precisamente —repitió y agregó— Ten paciencia hombre y escucha un poquitín más. Entre 1668 y 1669 Vermeer pintó un par de cuadros que formaban pareja, ya que sus temas, composición y fechas de realización estaban estrechamente relacionados: “El astrónomo” que representa el estudio del cielo y “El geógrafo” que muestra el estudio de la tierra. Estas pinturas, que comparten su incomparable luz ámbar translúcida y suave, estuvieron juntas durante más de un siglo, hasta que se vendieron por separado y “El astrónomo” pasó a formar parte de la gran colección de arte del barón Édouard de Rothschild hasta que fue confiscado por los alemanes y trasladado al museo Jeu de Paume. Luego, ese cuadro fue llevado hasta el castillo del Rey Loco, en Neuschwanstein y, finalmente, terminó escondido en Altaussee.

—Esa parte ya me la habías contado —continué criticándolo.

—¡Tienes razón! Pero era necesario repetirlo para retomar en este punto. Te he dicho que entre 1668 y 1669 Vermeer pintó un par de cuadros relacionados: “El astrónomo” y “El geógrafo”, el primero fue recuperado por los aliados y reintegrado a los Rothschild quienes, en 1982, lo cedieron al Museo del Louvre para saldar impuestos de sucesión. Pero no he mencionado ni una palabra sobre “El geógrafo”.

—¿Es el que buscamos?

—¡Vale! —reconoció finalmente, antes de agregar—. Pero lo primero que debes conocer es una falencia en la historia oficial del arte. Todos los textos mencionan que esas dos pinturas fueron separadas luego de un remate en Londres, donde un Rothschild se

quedó con “El astrónomo” pero no se menciona que, secretamente, su hermano Maurice compró “El geógrafo”.

—¡Maurice es el bisabuelo de Olivia! —exclamé al atar cabos.

—¡Que sí!

—¿Y qué pasó con “El geógrafo”?—me interesé.

—¿Acaso se te pasó el *jet lag*? —bromeó Sebastián.

—¡No jodas, gallego! ¡Dale, contá! —insistí de mala forma.

—Primero quita lo de gallego, son buena gente pero el gentilicio de Madrid es madrileño—me corrigió.

—Disculpame, te escucho —dije resignado.

—Ayer, ante Olivia, mencionaste que tu investigación para la familia Rosenberg incluyó el estudio de los marchand del Tercer Reich —comenzó mi conflictivo colega.

—Gurlitt, Buchholz, Moeller y Miedl fueron los que más se enriquecieron con las comisiones por esta intermediación —dije.

—Justamente fue Alois Miedl quien le acercó al mariscal Goering dos famosos Vermeer: “El geógrafo” y “Cristo y la mujer adúltera”.

—Pero..., “Cristo y la mujer adúltera”, ¿no es el cuadro que provocó tanto escándalo? —pregunté en un tono de tensión cada vez más palpable.

—¡Vale! Pero ahora soy yo el que está cansado. Ya es casi medianoche, me duelen los huesos y como la medicación me relaja y me plancha en el acto la tengo que tomar justo antes de acostarme. ¿Seguimos mañana? —propuso, con voz cansada, intentando mover su silla de ruedas.

Dadas las razones, disimulé mi frustración y acepté sin chistar.

—¿Nos encontramos para el desayuno? —dije en tono

componedor.

—¿A las ocho? —propuso Sebastián.

—De acuerdo —acepté y pregunté—. ¿Necesitás ayuda?

—¡No, gracias! Buey solo bien se lame.

X. Interpol

Cansada de escuchar y grabar el monólogo de Clemens, Anahí propuso reemplazarlo en la lectura y él aceptó con un desganado movimiento de cabeza. Fue entonces cuando ella comenzó a leer unos viejos documentos *yankees* sobre el tráfico ilegal de obras de arte durante la Segunda Guerra Mundial: —«*La elección de Argentina y Brasil fue estratégica, dado que ambos países le declararon la guerra al Eje faltando poco para que terminara el conflicto. En esas naciones durante su 'periodo neutral' prácticamente no hubo controles que obstaculizaran la entrada de mercaderías, incluyendo las preciadas obras. Hoy, con la desclasificación de millones de documentos, se sabe que uno de los métodos utilizados en este descomunal saqueo era 'lavar' las obras primero en Buenos Aires o en Río de Janeiro, para luego trasladarlas a Estados Unidos, donde algunas aún permanecen exhibidas en las salas de connotados museos*» —y agregó—. Acá mencionan unos anexos con listados de objetos identificados, pero de acceso restringidos a personas autorizadas. ¿Vos podés consultar?

—No, yo no tengo autorización —reconoció Clemens—. Pero estamos en las oficinas de Interpol y Ariel podría conseguirnos una reunión con el jefe de protección cultural, quién puede habilitar el acceso. Si te parece, vamos ahora y chapeas con tu credencial de comisaria.

Luego de la necesaria gestión, los recibió el comisario general Marcelo El Haibe. Este abogado y profesor que se desempeñaba como jefe de la División de Protección del Patrimonio Cultural, resultó ser el interlocutor ideal. No solo se mostró abierto a las inquietudes

que le plantearon Aberanda y Clemens sino que se involucró personalmente en su habilitación para acceder a los archivos de Interpol que querían consultar. Tras advertirles que enfrentarían un trabajo de grandes complejidades, les deseó buena suerte y se retiró.

A partir de ese momento, la dispar pareja de investigadores revisaron las bases de datos buscando menciones de Paula y Nicolás von Koenigsberg. Lo primero que encontraron fue un incidente aduanero en la frontera de Texas con México, donde -el 12 de agosto de 1944- las autoridades de Laredo demoraron un cargamento de la *marchand* de arte Paula von Koenigsberg, con oficinas en Nueva York.

—¡Estaban ingresando más de 11.000 objetos! —exclamó el Licenciado con su voz aflautada—. Incluía pinturas, joyas, muebles, tapices y alfombras. Además, en la declaración de aduana se aseguraba que las obras «*tienen más de 100 años de antigüedad*», en base a la palabra de doña Paula, pero sin adjuntar documentos.

—¿Hay un listado del contenido del ese cargamento? —preguntó ella.

—No. En la aduana, las obras de arte no fueron registradas una por una.

—¡Lástima! Entre once mil objetos bien podría estar un Fabergé, pero hubiera sido demasiado fácil —dijo la comisaria antes de preguntar—. ¿Y cómo siguió la historia?

—Según este documento *yankee*, el matrimonio logró zafar alegando que se trataba de una importación temporaria, para una exposición, y luego reexportaría los objetos que estaba ingresando. Pero en agosto de 1944, los organismos de inteligencia de los Aliados ya investigaban el tráfico ilegal de arte robado en Europa y, a partir de

ese incidente, el matrimonio von Koenigsberg comenzó a ser monitoreado.

—¿Alguna referencia a Argentina?

—Dice que la mayoría de sus contactos y negocios estaban en la Ciudad de México, Buenos Aires, Santiago de Chile, Caracas, Rio de Janeiro y Montevideo. Parece que por acá el matrimonio tuvo varios problemas con vendedores y compradores por incumplimiento en los pagos, en las entregas y por la falta de certificados de autenticidad de algunos cuadros.

—¿Algo más? —insistió ella con un dejo de decepción.

—¿Te interesa el caso de las soperas?

—Como Mafalda, detesto la sopa. Pero amo las lindas soperas
—respondió Anahí acomodándose el cabello.

—Acá dice, textual: *«En 1939, el matrimonio von Koenigsberg intentó vender desde la sucursal en Nueva York dos enormes soperas de plata al Metropolitan Museum alegando que habían pertenecido a Catalina la Grande de Rusia. No eran soperas cualesquiera, eran verdaderas joyas. Pero el museo dudó y rechazó la oferta. Después, en 1945, Paula von Koenigsberg mostró una de esas soperas en una gigantesca exhibición en nuestro Museo Nacional de Bellas Artes. La sopera indicaba solamente que estaba hecha “Por Germain para Isabel de Rusia, siglo XVIII”; nada decía cómo llegó de la zarina a Buenos Aires cruzando dos siglos y dos continentes». ¿Cómo salieron del Hermitage y llegaron a las ávidas manos de doña Paula? ¿Sigo o es mucha sopa? —dijo Clemens, en su primer intento de parecer simpático.*

—Seguí. Ya que estamos en el baile, bailemos. Tal vez haya

similitudes entre el recorrido de las soperas de los Romanov y sus huevos Fabergé. De todos modos, en unos minutos deberíamos liberar esta estación de trabajo

—Cierto, y aunque a Schávelzón podés leerlo en tu casa, escuchá este párrafo que sirve para redondear el tema: *«Tras la exposición de 1945, en Buenos Aires, una de las soperas de von Koenigsberg, fue adquirida por Mercedes Pellegrini de Saavedra Zelaya. En 1963, tras su muerte, fue legada al Museo Nacional de Arte Decorativo. Hoy es un bien público y está en un gran museo, pero eso no cambia su historia: las soperas estaban en el museo Hermitage, desaparecieron cuando fue saqueado y hoy una está en Buenos Aires»* —terminó de leer el Licenciado Clemens.

—¿Schávelzón hace más menciones al arte ruso llegado a nuestro país? —preguntó Anahí.

—Sí, tiene un par de libros sobre el tema y están disponibles en Internet. Te leo lo que escribió en “El silencio es oro”: *«En 1959 la condesa de Zoubow donó muchas de sus obras de arte al gobierno suizo para construir un museo en Ginebra. El resto, una magnífica colección de arte ruso, lo legó a nuestro Museo Nacional de Arte Decorativo. En Suiza, los investigadores se tomaron el trabajo de buscar la verdadera historia de cada objeto y encontraron anomalías en ocho piezas que la condesa había comprado en Buenos Aires a Paula von Koenigsberg: opinaron que tenían proveniencias discutibles»* —concluyó el verborrágico Licenciado y ella respiró aliviada.

—¡Qué difícil era comprar arte honestamente, entre tanta oferta trucha! —opinó con ironía la comisaria.

—Aún hoy, es la espada de Damocles sobre la cabeza de los coleccionistas. Hasta el siempre bien informado Jorge Lanata acaba de ser engañado con cuadros falsos—respondió él con ostentosa erudición.

XI. Van Meegeren

A la mañana siguiente, en la fresca galería de la recova, Sebastián y yo nos sentamos a la mesa donde nos sirvieron el desayuno: café con leche para mí, té verde para él, zumo de naranja para ambos, pan, mermelada, manteca, queso de oveja y, como opción, chocolate con churros.

Sin prestar atención al majestuoso paisaje que nos rodeaba, el mismo que enamoró a pintores, escritores y poetas, Sebastián dudaba ante el chocolate con churros. Finalmente, sin decidirse, me preguntó:

—¿Qué recuerdas de Alois Miedl?

—Fue un turbio banquero alemán devenido en marchand que durante el nazismo compró colecciones de arte a las familias judías que se las malvendían con la falsa promesa de protegerlos de la Gestapo. Finalmente, se transformó en el marchand de Goering y se enriqueció consiguiéndole las mejores obras de arte del expolio nazi.

—¡Qué buena síntesis Domecq! —reconoció Sebastián—. En 1942 Miedl tuvo un golpe de suerte. Descubrió una pintura de Vermeer desconocida hasta entonces, “Cristo con la adúltera”, la compró a bajo precio y se la revendió a Goering por unos siete millones de dólares actuales —estaba contando Sebastián cuando hizo un alto para pedirme que le alcanzara los churros, que habían quedado lejos de su silla de ruedas. Después de servirse, continuó:

—En su insaciable ambición, Goering presionó a su marchand para que revolviera tierra y cielo hasta encontrar otro Vermeer. Entonces, Miedl investigó la proveniencia de “Cristo con la adúltera”, desandando la cadena de intermediarios para llegar hasta el propietario original, con la esperanza de que éste tuviera otro Vermeer

en su poder. Con un poco de suerte, Alois Miedl se topó con un excéntrico personaje, Han van Meegeren, un acaudalado marchand que en el pasado había sido un pintor de renombre, un artista que imitaba a los pintores holandeses de la Edad de Oro y que no fue tomado en serio por académicos y colegas porque ese estilo había pasado de moda, reemplazado por el arte moderno y el surrealismo.

—En mi investigación anterior sobre falsificaciones llegadas a Buenos Aires, estudié su historia —intervine, harto de escuchar su reiteración de datos conocidos.

Ignorando mi fastidio, Sebastián continuó:

—Entonces sabrás que Van Meegeren se propuso demostrar a la crítica que él no sólo era capaz de copiar el estilo de los maestros neerlandeses, sino que podía realizar unas obras de arte tan magníficas que rivalizarían con las obras de ellos. A tal efecto, compró lienzos auténticos del siglo XVII y mezcló sus propias pinturas a partir de lapislázuli, albayalde, índigo y cinabrio, utilizó fórmulas antiguas y fabricó sus propios pinceles de pelo de tejón similares a los que utilizaba Vermeer. Creó un sistema de envejecimiento con fenol formaldehído para que tuvieran la dureza de una obra de tres siglos de antigüedad, horneaba las piezas para endurecer la pintura y luego lavaba con tinta china negra para rellenar el espacio en blanco de las grietas—dijo echándose hacia atrás en la silla de ruedas, tratando de descansar sus riñones—. Finalmente, gracias a su perseverancia, convenció a un experto en arte neerlandés para que accediera a analizar dos de sus Vermeer apócrifos. Si bien el primero fue calificado de falso, sobre el segundo (“Hombre y mujer en una espineta”) no solo dijo que era auténtico, sino también “una de las mejores joyas de

Vermeer” —concluyó con su voz cansada,

—¡Un genio total! —reconocí, mientras cedía a la tentación de mojar un churro en mi café con leche.

—Lo cierto fue que van Meegeren, con sus copias, le permitió a Alois Miedl, abastecer de nuevos Vermeer a Goering.

—Pero al finalizar la guerra le costó caro —lo interrumpí para acortar su relato que ya rozaba la fanfarronería.

—¡Que sí! —festejó Sebastián mi oportuno aporte—. Al ser sentenciado a la horca, Goering se suicidó. Por su parte, cuando Miedl fue detenido e interrogado apuntó directamente hacia van Meegeren, quien también fue arrestado, acusado de fraude y de colaborador nazi. Enviado a prisión, con la pena de muerte rondando en su cabeza, llegó el momento del juicio donde confesó ser un falsificador de los grandes maestros. Como los jueces no le creyeron, van Meegeren pidió que le proporcionaran los elementos para pintar que guardaba en su estudio y les “crearía”, delante de sus ojos, un “auténtico Vermeer”. La corte encargó a un grupo de expertos internacionales que evaluaran el proceso de la nueva pintura de Van Meegeren, quien pese a su estado de salud, ante reporteros y testigos creó su último Vermeer, “Jesús entre los doctores”, y demostró ser el autor de las maravillosas copias atribuidas a Vermeer y vendidas al mariscal Goering. Condenado por falsificador y no como traidor a la patria recibió la pena mínima de un año de prisión que no cumplió al sufrir un mortal ataque cardíaco. Desde entonces la historia del falsificador que engañó y ridiculizó a uno de sus más crueles invasores, lo transformó en un ídolo popular—concluyó Sebastián con un gesto de satisfacción después de haberle dado tanto a la lengua.

Al rato, ya finalizado el desayuno, mientras buscábamos respuestas a preguntas tan complejas como: ¿importa realmente quién hizo la obra si ésta puede conmocionarnos?, ¿Tiene derecho el «dueño» de una obra de arte a atesorarla para él sólo? y, quizá la más importante, ¿a quién le pertenece el arte?, llegó Olivia.

—¡Hola! —saludó, con una sonrisa relajada—. Mientras me ensillan la yegua para el entrenamiento diario, me gustaría saber cuánto habéis avanzado.

—Estábamos hablando de van Meegeren—respondió Sebastián, carraspeando para aclarar su voz.

—Entonces les voy a contar una anécdota que marcó mi vida y, posiblemente, la de ustedes—dijo ella, cómoda con su elegante indumentaria de equitación.

—¿La nuestra? —pregunté sorprendido.

—Espera a que regrese y verás.

—¿Vas a dejarnos en ascuas? —lamenté intrigado.

—Bueno, escuchad —dijo mientras se sentaba en una de las sillas disponibles—. El año pasado, cuando ingresé a la Universidad Complutense de Madrid para estudiar historia del arte, fui invitada por el titular de la cátedra de Arte Flamenco a una reunión en su despacho. Para mi sorpresa, el veterano Licenciado López Conde no me pidió donaciones, sino que me contó una historia intrigante. Había sido curador del Instituto de arte Städel donde actualmente está “El geógrafo” de Vermeer, que luego de ser recuperado de los nazis, fue donado por mi familia a ese Instituto. Según el Licenciado, la primera vez que tuvo “El geógrafo” en sus manos le llamó la atención la vitalidad de esta obra donde las pinceladas no parecen fluir sino ser

parte de la vida misma. Perseguido por la curiosidad y la duda, se trasladó al Louvre donde estuvo horas observando y examinando “El astrónomo” de Vermeer, y llegó a la conclusión de que pese a ser obras pintadas casi simultáneamente, tenían muchas diferencias de estilo entre sí. Finalmente, cuando logró acceder a “Cristo con la adúltera” la versión apócrifa de Vermeer pintada por van Meegeren, esta obra le pareció más cercana a “El geógrafo” que “El astrónomo”. A partir de entonces, López Conde se dedicó a investigar en secreto y llegó a la siguiente conclusión: “El geógrafo” donado al Museo Stádel es una falsificación, probablemente realizada por van Meegeren. Por lo tanto, la pintura original de Vermeer debe estar en algún lugar del mundo y soy la única heredera —concluyó Olivia mientras yo estaba a punto de desmayarme, y Sebastián disfrutaba porque ya conocía la increíble historia.

—¡Poneos en mi lugar! Soy la bisnieta del generoso barón Maurice de Rothschild que donó “El geógrafo” y me dicen que se trata de una falsificación. ¡Quedé Azorada! Vosotros sabéis que soy ansiosa, así que en medio de mi desasosiego y mi recelo hacia el pobre profesor, busqué la opinión de expertos. Primero don Sebastián, el hombre de confianza de mi familia. Luego, sugerido por él, recurrí a técnicas de reflectancia hiperespectral, o algo parecido, que confirmaron la teoría del profesor López Conde. A partir de ahí, emprendí una verdadera cruzada y los contraté a ustedes para encontrar la versión original de “El geógrafo”, pintada por Vermeer, y no voy a parar hasta descubrir la verdad.

XII. Connectas

Apremiados por la incipiente lluvia otoñal, Aberanda y Clemens se refugiaron en un bar cercano a las oficinas de Interpol, para continuar el análisis de los datos obtenidos en el Departamento de Protección del Patrimonio Cultural.

—¿En tu búsqueda del Fabergé, consultaste la plataforma periodística de Connectas? —preguntó Anahí sin levantar la vista de su capuccino.

—La conozco solo de nombre —respondió el Licenciado, como si le molestara perder el protagonismo en la investigación.

—Con Domecq la consulté para el caso de un cuadro desaparecido y resultó útil. Esperá que busco en mi tablet. ¿A ver? Paula von Koenigsberg. Te leo la primera nota—dijo señalando la pantalla—: *«Esta marchand irrumpió en Buenos Aires en la década del '40 y llamó la atención del mercado de arte local al ofrecer en venta gran parte del mobiliario de un palacio del Zar de Rusia, sin un papel que probara su proveniencia. A pesar del interés de los coleccionistas locales, el periodismo especializado no podía creer que cuadros millonarios, esculturas, el juego de mesa o la cama de la zarina hayan estado arrinconados en una pieza porteña sin que nadie supiera cómo llegaron hasta ahí y que aparecieran todos al mismo tiempo y en las mismas manos»*. Más adelante agrega que lo más inescrupuloso que se recuerde de la señora von Koenigsberg, fue durante su exposición en el Museo Nacional de Bellas Artes donde exhibió unos *«objetos provenientes de la colección del famoso Pashá de Benguiat»*, es decir del rey de un lugar inexistente (Benguiat) —concluyó ella en tono burlón.

—Total impunidad—reconoció el licenciado asintiendo con la cabeza.

—Al repetirse las ventas de objetos de los zares por parte de este matrimonio de rufianes, se confirma que manejaban grandes volúmenes —comenzó la comisaria—. Aunque para nuestra búsqueda, peor sería que se hubiese tratado del llamado “robo de soldado”, esa práctica de robo hormiga que consiste en aprovechar la guerra para meterse algo en el bolsillo, dinero, cosas transportables como un anteojito con marco de oro o varios cubiertos de plata. Si bien algunos huevos Fabergé son de tamaño mediano, creo que también había pequeños.

—No descarto que algún Fabergé haya sido robado por soldados, pero para llegar a Buenos Aires debieron formar parte de un saqueo de mayor proporción. Acordate que el matrimonio von Koenigsberg ingresó en Laredo un cargamento de más de once mil piezas de arte—respondió Clemens.

—Acá, en Connectas, encontré algo más —advirtió Aberanda señalando la pantalla.

—Te escucho —dijo acariciándose la barba.

—Leo: *«Paula von Koenigsberg y su familia se instalaron en París con un negocio de objetos antiguos y obras de arte rusas que luego trasladó a Nueva York, a la vez que uno de sus hijos abrió una sucursal en México y el otro en Buenos Aires, lugar a donde finalmente vino ella en 1941, quedándose su marido en Estados Unidos. Fue así como tejieron la primera gran telaraña de tráfico internacional de arte. Aunque se autodefinía coleccionista, fue la mayor comerciante de obras de arte que hubo en el país en el siglo*

XX. *Ella fue quien mejor se posicionó en el manejo de las obras de arte sin origen y quien más aprovechó la guerra en beneficio propio*».

En fin, parece que todo cuadra, pero no encontramos lo que estamos buscando—argumentó la siempre impaciente comisaria.

—¿Ya querés desertar? —la toreó él, con cierto desdén.

—Depende de la información adicional que tengas para mostrar. Hasta ahora, todo muy lindo pero ni una palabra de Fabergé —retrucó ella.

—Como dije en un principio, vamos a analizar exposiciones y no colecciones —comenzó el Licenciado con su ridícula vocecita—. Acá tengo otro evento cultural de grandes dimensiones que se hizo en 1945: “Exposición de arte Gótico y del Renacimiento” hecha en el Museo Nacional de Arte Decorativo. Esa exposición estaba compuesta por grandes obras de arte pertenecientes a las mejores familias y comercios del país, nada del exterior. No hacía falta traer cosas desde Francia ya que ahora había aquí objetos de sobra, como si hubiesen aparecido de la nada. Allí se destacó una supuesta coleccionista nueva en el país, la europea Paula von Koenigsberg, haciendo su presentación entre la gran sociedad porteña en un evento que mostró la irregularidad de los objetos que compraba y lucía parte de la oligarquía local. En palabras de Schávelzon: «*La exhibición fue un show de inocencia, de no saber o no querer saber*». Recuerdo la anécdota (de un coleccionista nacional que atribuyó la propiedad de una obra a la “Señorita X, París”. Parecía un chiste, fue como poner “Juan de los palotes” —se río Clemens carraspeando—. También hubo repetidos datos cruzados: un propietario cita a otro como el origen de un objeto, a la vez que el otro lo hace con el primero. En fin,

un ejemplo de lo que no deberá repetirse. Ahí se mostró un cuadro de El Greco robado en España, y otros industriales y terratenientes como Campomar y Santamarina se dieron el lujo de exponer piezas provenientes del Museo del Hermitage sin explicar cómo las obtuvieron, porque Rusia estaba en guerra y dudamos que ese museo se las regalara, o se las compraran a Stalin—concluyó.

—Me da vergüenza ajena —se desahogó Anahí.

—A partir de ese primer evento vamos a analizar la secuencia de las apariciones en exposiciones de Paula von Koenigsberg quien siempre se registró como coleccionista, al igual que su esposo e hijos en los cuatro países en que operaban sus sucursales. Mi hipótesis, que intentaré demostrar con tu ayuda, es que esta familia usaba las exposiciones para blanquear objetos valiosos, iniciándoles una genealogía, una historia, un pasado.

—¿Hay ejemplos? —preguntó ella, fastidiada por tantas anécdotas.

—Una de las formas de blanquear obras sin papeles, consistía en alegar que esa pieza había pertenecido a una colección famosa de alguien que ya había muerto. Además de ser difícil de comprobar o refutar la veracidad, al invocar el nombre de un famoso millonario lo hacía atractivo para la excéntrica y poderosa aristocracia local. El arte era un tema en que la confianza y el prestigio aun mandaban: la palabra valía y muchos creían en eso...

—¡Disculpame, pero...! —lo interrumpió Anahí pestañando varias veces—. Al pedirte ejemplos pensaba en algo más concreto.

—Hay algo bien concreto pero tenés que conseguirlo vos —respondió él con su voz aflautada.

—¿Yo, dónde?

—¡En los Tribunales de Morón! Cajoneado en un viejo expediente, está la única copia que pude ubicar de Catálogo del Museo Nacional de Arte Decorativo **con** la lista de objetos expuestos en 1945 por Paula von Koenigsberg. Tengo todos los datos, pero ni al mismísimo Schávelzon le permitieron consultarla.

—¿Entonces? —receló ella frunciendo el ceño.

—Si no lo tomás a mal, supongo que la policía bonaerense debe tener sus métodos *non sanctos*.

—¡Pará la mano! ¿Acaso los honorarios que vas a pagarme son una coima para inducirme a cometer un ilícito —lo increpó Aberanda a cara de perro.

—¡No! ¡No, por favor! Esa nunca fue mi intención —exageró él—. Si estás molesta retiro la propuesta y seguimos amigos.

Tras dudar, o simular que dudaba, la comisaria respondió:

—En principio, pásame los datos del expediente y voy a husmear para ver si hay algo legal que pueda hacer.

—¡Dentro de la ley, todo! —dijo el Licenciado Clemens subrayando cada sílaba.

Al percibir un tufillo de burla, mirándolo seriamente a los ojos, la comisaria masculló una respuesta inentendible.

XIII. Monuments Men

Aún sorprendido por la avidez con que Sebastián se había abalanzado sobre el aperitivo de tapas y patatas bravas, intenté reflexionar sobre el intrincado encargo que nos había hecho nuestra anfitriona.

—Al bisabuelo de Olivia le confiscaron “El geógrafo” auténtico, pintado por Vermeer, y le devolvieron una copia falsificada por van Meegeren. ¿Correcto? —pregunté y mi colega, para no hablar con la boca llena de comida, hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Entonces, la gran incógnita es: ¿dónde y cuándo se hizo el cambio del original de Vermeer por el falso de van Meegeren? ¿No es cierto? —insistí mirando a mi colega, quién respondió con un pulgar para arriba—. En teoría, Goering fue personalmente a París, al Museo Jeu de Paume, a buscar los dos Vermeer confiscados: “El astrónomo” que pertenecía a Édouard, y “El geógrafo” propiedad de Maurice. Dada la voracidad de la rapiña nazi, no creo que las autoridades del museo francés hayan tenido tiempo para reemplazar un Vermeer original por una copia —argumenté.

—Además, ¿por qué salvar “El geógrafo” y no “El astrónomo” que era más famoso y valioso? —intervino Sebastián, mientras arruinaba su vermut agregándole soda.

—¡Cierto! —dije y continué—. Entonces, aceptando cómo válida esta suposición, los jefes nazis recibieron esos dos Vermeer originales: Hitler se apropió de “El astrónomo” y Goering se quedó con “El geógrafo”.

—¡Vale! —dijo Sebastián con voz cascada.

—Sigamos. Cuando los aliados llegan a las minas de Altausee,

entre miles de obras de arte, recuperan estos dos Vermeer y dado que intervinieron expertos en arte, se supone que sabían distinguir entre original y copia. ¿No es cierto? —dije interrogándolo con la mirada.

—Supongo que sí.

—Sin embargo, algo pasó después porque “El geógrafo” que devolvieron a Francia era una falsificación —agregué.

Fue entonces cuando Sebastián me sorprendió con sus aplausos. En principio no supe cómo reaccionar porque podría ser una burla, pero de inmediato agregó:

—¡Yo llegué a la misma conclusión! La sustitución de “El geógrafo” auténtico por la copia tuvo que haberse producido después del hallazgo en las minas de sal.

—¿Tenés idea de cuánto tiempo pasó entre que encontraron los Vermeer en esos enormes túneles repletos de arte robado y su devolución a la familia Rothchild en Francia? —pregunté.

—Pasaron muchos años. La misión de los “Monuments Men” era proteger el legado artístico, por lo tanto, después de liberar Altausee, dejaron esos tesoros en manos de las nuevas autoridades y siguieron su misión en otros lugares de Europa— respondió mi compañero.

—¿Cuáles autoridades se quedaron con los tesoros? —insistí.

—Los aliados occidentales por un lado y el Ejército Rojo de Stalin por otro, que es lo que yo estuve investigando en Moscú — reconoció Sebastián, intentando cambiar de posición en su silla de ruedas.

—¡De no creer! Vos y yo, por distintos caminos, llegamos al mismo punto —expresé orgulloso.

—¡Esto vale un brindis! —dijo Sebastián y le pidió a la empleada

que nos sirviera alguna de esas bebidas que atesoraba Olivia.

Un rato después, mientras saboreábamos un auténtico Champagne francés, Sebastián me miró fijamente y dijo:

—Estimado amigo, para responderle a Olivia tenemos que investigar lo que pasó después de la caída de Berlín, entre aliados y soviéticos.

—Si mal no recuerdo, los vencedores, tanto los occidentales como los rusos, querían apropiarse de los laboratorios de investigación atómica berlineses, de todo su instrumental y su uranio, con la intención de crear una bomba atómica. Me parece que el arte no era prioritario en aquel momento—opiné.

—En realidad, y te lo digo como europeo, al finalizar la guerra, la magnitud de la tragedia humana escapa a la imaginación de todo el que no la viviese en carne propia. Millones de personas sin hogar y sin recursos deambulando entre el sufrimiento extremo y la degradación humana pueden hacer surgir lo mejor y lo peor de la naturaleza del hombre. Por lo tanto, esos comportamientos impredecibles dificultan enormemente nuestra posibilidad de comprender e investigar aquellos sucesos —reflexionó Sebastián.

Aprovechando que mi colega había hecho un alto en su relato, hice un comentario.

—Recuerdo una foto de Berlín bombardeado que mostraba una casa cuya fachada se había derrumbado y en el interior aún podían verse aún los cuadros colgados en las paredes.

—¡Que sí! En una atmósfera de inminente final, ante el peligro de muerte cambian las prioridades y huyes con lo puesto —respondió Sebastián antes de agregar—. Lo cierto es que al terminar la guerra

empezó la diáspora de los cuadros confiscados por los nazis, por eso creo que el punto de partida de nuestra investigación debe ser Altausee. Ahí se bifurca la historia de esas obras de arte: las recuperadas por los occidentales volvieron a la luz, mientras que el resto desapareció en la Unión Soviética.

—¿Se sabe cuáles eran las principales pinturas encontradas en esas minas? —pregunté.

—Entre aquellos miles de cuadros había algunos Vermeer —respondió Sebastián—. “El Astrónomo”, “El geógrafo”, “El arte de la pintura” y, tal vez, alguno más. Durante el primer año los americanos devolvieron “El arte de la pintura” al gobierno austríaco y “El Astrónomo” a Édouard de Rothschild, sin embargo tuvo que pasar mucho tiempo hasta que Maurice de Rothschild recuperara “El geógrafo”, que resultó ser una copia y no el auténtico—concluyó.

—¿Qué más sabés de “El geógrafo” —insistí.

—Cuando Olivia me pidió que buscara ese Vermeer, gestioné una visa de ingreso a Rusia para investigar el traslado de obras de arte desde la derrotada Berlín hacía la entonces Unión Soviética. Una vez en Moscú contraté como traductora a Katiana Alpatov, sobrina nieta del famoso historiador de arte Mikhail Alpatov. Por sugerencia de ella, dedicamos largas horas a la lectura de los informes del Instituto de Arte Lenin donde revisamos minuciosamente tediosos documentos oficiales y encontramos viejas actas de reuniones de los curadores y restauradores que evaluaban el estado del patrimonio artístico de la extinta URSS. Así constatamos que en las zonas ocupadas por las tropas de Stalin había operado una brigada especial encargada de acopiar y enviar a Moscú los objetos valiosos.

—¡La versión rusa de la ERR nazi!—acoté sorprendido

—¡Vale! En este caso, sus miembros tampoco eran militares sino civiles expertos, ingenieros industriales, bibliotecarios o directores de museos, por cuyo intermedio llegaron a la URSS obras de Velázquez, Goya, El Greco, Delacroix, Renoir, Monet, Cézanne, Degas entre otros. Como durante la Guerra Fría el arte tampoco fue un tema prioritario, tuvieron que pasar décadas hasta que los historiadores Andrei Akisha y Gregori Kozlov comenzaran a investigar. Su punto de partida fue cierta información publicada en 1946 en Alemania Occidental, donde constaba que un ex espía, miembro de la organización precursora de la KGB, había logrado cruzar el Muro de Berlín y revelado el secreto de los saqueos soviéticos, incluida la valiosa colección personal de Hitler.

—¿Y qué descubrieron? —pregunté ansioso.

—Akisha y Kozlov denunciaron que el régimen soviético había destruido, regalado o malvendido parte de esos tesoros artísticos, que hasta fueron utilizados para pagar "servicios especiales y confidenciales" a sus informantes. En estos casos, las obras de arte expoliadas por Stalin traspasaron las fronteras de la antigua URSS sin destino conocido.

—¡No puede ser! Seguimos en foja cero—exclamé desilusionado por el frustrante desenlace de su relato.

XIV. Tribunal de Morón

Aquella mañana, bajo una típica lluvia otoñal, la comisaria Aberanda descendió del taxi y atravesó corriendo el largo trecho a la intemperie que se extendía desde la barrera de entrada hasta la puerta de acceso al edificio de los tribunales. Una vez bajo techo, mientras se sacudía la ropa, miró el reloj y comprobó que aún faltaban unos minutos hasta la hora acordada con la fiscal Susana Dorado.

Luego de una demora aceptable, las mujeres estuvieron frente a frente por primera vez y no pudieron dejar de criticar los resabios de la desigualdad de género que seguían padeciendo en el desempeño de sus respectivas funciones. Pasado el protocolo social, Aberanda hizo su pedido y la Fiscal Dorado se aventuró a opinar que no debería haber dificultades para que la comisaria pudiera consultar el catálogo en cuestión. Le tomó el número de teléfono y quedó en contestarle.

Pasaron las horas y, al atardecer, Anahí recibió un *WhatsApp* con la sucinta respuesta de la fiscal: «*Lamento informarle que en el expediente de referencia no existe ningún catálogo como el que usted busca*».

De inmediato, la comisaria se comunicó con el Licenciado Clemens y le contó la mala noticia.

—¡No puede ser! —se quejó con su insoportable vocecita—. Hace unos meses me informaron que tenían el catálogo pero que solo podía ser consultado por los involucrados en el caso.

—¿Quién es el abogado en esa causa? —preguntó la comisaria.

—No hay. El último abogado falleció y no nombraron reemplazante. Parece que a nadie le interesa ese asunto.

—¡No, todo lo contrario! Me temo que los ahuyentan porque no

quieren que nadie meta la nariz. Alguien está mintiendo, las dos respuestas son contradictorias. Voy a insistir con la fiscal.

«Anahí Aberanda/ Comisaria

Hola doctora, la molesto porque, hace unos meses, su antecesor en el cargo dijo que el catálogo estaba en el expediente, pero solo podían consultarlo los involucrados en el caso. ¿Cómo puede haber desaparecido ese documento en tan poco tiempo?».

«Dra Susana Dorado/ Fiscal

Hola comisaria, ratifico que ese catálogo no está en el expte y no puedo consultar a mi predecesor porque falleció».

Molesta por el tenor de la respuesta, Aberanda decidió recurrir a otros métodos. Sin comentarlo con el Licenciado Clemens, llamó a la Departamental de la Policía Bonaerense y averiguó quiénes estaban de vigilancia, esa noche, en los tribunales de Morón. Fue entonces cuando recibió la primera buena noticia: su ex asistente, ahora sargento, Raula Díaz debía cubrir el turno desde medianoche hasta las 8 de la mañana. Sin más, la llamó y le preguntó si tenía cinco minutos para atenderla. Como era de esperar, la joven suboficial se puso de inmediato a su disposición.

La reunión en la “Recoleta de Haedo” fue breve. Vestidas de civil, las mujeres policía compartieron un café e intercambiaron chimentos, hasta que la comisaria le hizo un pedido: revisar un antiguo expediente y buscar el catálogo de una exposición de 1945.

Al día siguiente, pese a la ansiedad de la comisaria, recién a las

10 de la mañana, dos horas después de terminar su guardia en tribunales, Raula llamó a su ex jefa para reunirse en el mismo lugar del día anterior.

—Es cierto que en ese expediente no está el catálogo — comenzó la sargento—. Pero debajo de esa gruesa carpeta había una caja de cartón, ajada y polvorienta. La abrí y encontré el catálogo.

—¿Hiciste copia? —la interrumpió la comisaria.

—No. No hay fotocopiadoras disponibles a esa hora y no me animé a robarlo —se justificó.

—¡No, no! Nunca te pediría nada así. Sin embargo, tal vez puedas fotografiarlo con tu celular—intentó persuadirla.

—¡Es un mamotreto! —exclamó arqueando las cejas.

—Hacé lo que puedas. Si ves algo peligroso dejás todo para otro día. Ahora vamos a comprar dos celulares descartables para que los usemos sólo para esta travesura.

—¿Travesura, comisaria? Si usted lo pide debe estar justificado, pero me parece algo más que una travesura —dijo la joven y le clavó una espina a su ex jefa.

No sin temores, esa noche, durante su guardia en el edificio de los tribunales de Morón, la sargento Díaz ingresó al archivo y comenzó a sacar fotos del enigmático catálogo hasta que un extraño ruido la alertó. De inmediato, apagó el celular, lo escondió en su chaleco, salió del archivo y se dirigió al baño público más cercano. Al salir, Raula fue sorprendida por su colega de guardia quien la increpó extrañado.

—¿Qué hacés en el subsuelo?

—Este baño tiene papel higiénico y para las damas es importante —argumentó con naturalidad.

La jornada transcurrió como de costumbre, con poca comunicación entre los dos policías, turnándose para dormir pero siempre cerca uno del otro.

Finalmente, a las 8 de la mañana llegó el relevo y Raula Díaz encendió su moto y se retiró hacia su casa. Sin embargo, cuando estaba por detenerse ante un semáforo en rojo, descubrió en el espejo una camioneta que se abalanzaba hacia ella. Gracias a una formidable mezcla de instinto y capacidad de reacción, la joven logró acelerar y salir de la línea de choque. Sin embargo, cuando ya se creía a salvo, el siniestro vehículo copió su maniobra, la atropelló y se dio a la fuga, dejándola en un charco de sangre, gravemente herida.

Cuando la comisaria Aberanda fue notificada del extraño accidente, se dirigió de inmediato al hospital Posadas.

En una cama ortopédica con ambas piernas inmovilizadas en espera de la cirugía, Raula Díaz balbuceó: —En mi chaleco... está el celu....

A partir de ese momento, la joven cerró voluntariamente los ojos porque no tenía fuerzas ni ganas de hablar.

De inmediato, la comisaria revisó el celular descartable que había usado Raula y descubrió que la joven había logrado sacar once fotos: la tapa, la introducción, el índice y las imágenes de los primeros ocho objetos expuestos por Paula von Koenigsberg, en 1945, en el Museo Nacional de Arte Decorativo. De inmediato, se las reenvió al Licenciado Clemens y luego comenzó a analizar foto por foto. Más allá de la obvia tapa con mención del museo, la expositora y la fecha de inicio de la exposición, lo más interesante resultó ser la introducción.

Los primeros párrafos se dedicaban a elogiar la generosidad de la señora von Koenigsberg quien había decidido donar a ALPI (Asociación Lucha contra la Parálisis Infantil) todo lo recaudado en su exposición. Sin embargo, detrás de ese loable gesto había otra trama de corrupción. La Aduana había frenado el ingreso de los objetos a exponer por Paula von Koenigsberg debido a que carecían de la necesaria documentación de respaldo, fue entonces cuando intervino el Ministerio de Justicia, cuyo titular dictó una resolución inusitada: ALPI fue autorizada a *«invitar a la señora Paula von Koenigsberg a exponer en el Museo Nacional de Arte Decorativo y, además, gestionar ante el Ministerio de Hacienda la liberación de los trámites de aduana para la entrada y salida al país de la mencionada colección artística»*. Sin dudas, se trataba de una maniobra de los amigos en el poder para facilitar el ingreso de objetos sin inventario, usando a una institución benéfica como pantalla, y mirando hacia otro lado cuando buena parte de esos objetos fueron vendidos en nuestro país, pese a haber ingresado como importación temporaria. Lo peor, fue que esa operatoria fraudulenta volvió a repetirse.

La revisión de fotos se interrumpió cuando la comisaria recibió un Whatsapp del novio de Raula Díaz, también suboficial de la policía bonaerense, quien adjuntaba las imágenes de las cámaras de seguridad del municipio de Morón donde se mostraba con claridad cómo una camioneta Mercedes Benz, con vidrios polarizados y sin patentes, atropellaba deliberadamente a la joven sargento y se daba a la fuga.

XV. Perestroika

Al pie de la Sierra de Guadarrama, indiferente a nuestra mirada, Olivia continuaba el entrenamiento con su magnífico caballo árabe.

—¿Entonces, de Rusia, volviste con las manos vacías? — pregunté con algo de mala leche.

—¡Ten paciencia, hombre! —exclamó Sebastián atacado por un incómodo acceso de tos—. Cuando ya estábamos por regresar, gracias a sus contactos, mi traductora logró concertar una reunión con Kozlov, quien nos mostró copia de un documento de 1989, donde el presidente Gorbachov reconoció que existían depósitos secretos con obras de arte y ofreció un trueque con los alemanes, a cambio de los tesoros rusos robados durante la ocupación nazi, en especial la famosa “cámara de ámbar” de San Petersburgo. Sin embargo, recién en 1993, Rusia y Alemania celebraron conversaciones para devolverse mutuamente los tesoros. Lamentablemente, fue un nuevo fracaso: el problema insoluble fue determinar quién era el auténtico propietario. Rusia aseguraba que alrededor de 200.000 obras de arte fueron robadas por las tropas de Alemania y ésta acusaba al Ejército Rojo del robo de medio millón de piezas artísticas. Era casi imposible ponerse de acuerdo.

—¡Otra vez sopa! —dije con notoria desilusión.

—¡Espera un poco! —reaccionó Sebastián mirándome con firmeza—. Justo ahora te iba a contar un chimento histórico. Según Kozlov, tanto norteamericanos como ingleses ocultaron que en la reunión de Yalta, en 1944, cuando le reclamaron la devolución del botín, Stalin les hizo un corte de mangas.

—¿En serio? —dudé.

—¡Que sí, tío! ¡Un corte de mangas histórico! Para que no quedaran dudas de que no pensaba devolver nada de nada, les hizo el gesto más procaz y soez reconocido internacionalmente. Pero esto no se supo hasta 1991, cuando la Perestroika destapó la olla.

—Hablame de la Perestroika —cambié de tema para frenar sus devaneos más propios de un viejo gagá.

—Fue la reforma política y económica de Gorbachov destinada a desarrollar una nueva estructura interna de su país, pero padeció un golpe de Estado que lo derrocó y desintegró la Unión Soviética. Debido a este cambio de rumbo hubo que esperar al año 2000 para que se produjera el primer intercambio de obras de arte del botín de 1945, pero fue casi simbólico ya que Alemania solo entregó una cómoda y un mosaico de la legendaria Cámara de Ámbar y recibió a cambio 101 gráficos y acuarelas, entre ellas una de Durero, que pertenecieron al Museo de Bremen.

—¿Y el resto?

—Recién en 2005, durante los actos por el 60° aniversario de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, el canciller alemán viajó a Moscú e hizo nuevas gestiones para recuperar las obras de arte saqueadas por el ejército de Stalin. Sin embargo, volvieron a repetirse las acusaciones mutuas. Si bien asumieron la culpa por los crímenes del nazismo, los alemanes argumentaron que su país también sufrió y merece recuperar sus obras de arte. Pero el presidente Vladimir Putin sostuvo que esas obras no serán devueltas porque simbolizan los sufrimientos que padeció su pueblo a manos de los nazis.

—Más de lo mismo —acoté con una mueca de decepción.

—¡Vale! La historia volvió a repetirse en 2013. Cuando la

canciller alemana Angela Merkel pidió la devolución del arte alemán tomado por los soviéticos tras la II Guerra Mundial, Putin volvió a rechazar de plano esa reivindicación —concluyó Sebastián mientras yo intentaba disimular mi decepción.

—Entonces, si Rusia no los devolvió, esos tesoros artísticos siguen en manos de Putin —razoné en voz alta.

—¡Que no, hombre! ¡Que no! —tronó su vozarrón cascado.

—¿Por qué no? —insistí.

—Porque el profesor Kozlov me aportó un dato que desconocíamos.

—¿Cuál? —dije desconfiado.

—Durante la Guerra Fría, en la década de los 50, la Unión Soviética devolvió miles de obras de arte a su principal aliado europeo: la entonces llamada RDA, más conocida como Alemania Oriental. Y lo realmente importante para nosotros es que entre esas pinturas había una obra titulada “El geógrafo”.

—¿El original de Vermeer o la falsificación de Van Meegeren? —pregunté con súbito interés.

—¡No sé, coño! ¡No sé!—reaccionó desde su silla de ruedas—. En el listado figuraba el título de la obra sin mención del autor.

—¿Qué hiciste después? —dije, bajando un cambio.

—¡Nada! Regresé a España.

—¿Por qué?

—Porque descubrí algo que Putin no quiere revelar y me convertí en su enemigo.

—¿De qué trata? —insistí.

—Es mejor que no lo sepas

—¿Por qué? —me quejé ante tanto misterio.

—Porque puedes terminar en esta silla de ruedas, o ciego como mi pobre traductora rusa, después de tomar un té envenenado — reconoció con evidente pesar.

—¿Te envenenaron?! —exclamé entre sorprendido e incrédulo.

—¡Que sí señor! —dijo Sebastián mirándome a los ojos. Y en tono lastimoso, agregó: —Si no me hubieran envenenado, en vez de estar postrado en una silla de ruedas, hoy estaría en la ex Alemania Oriental buscando “El geógrafo”. Como no puedo ir personalmente, Olivia necesita alguien que me complemente y te ha elegido a ti. Puedes continuar o dejar acá, nadie te quitará lo que ya te has ganado, pero desde ahora, además de cubrir todos los gastos, nos ofrece un atractivo honorario diario, más un *bonus* extraordinario si encontramos el auténtico Vermeer, que perteneció a su bisabuelo. ¿Comprendes? ¡Es un curro impensado a nuestra edad! ¡Casi una lotería!—concluyó con una mirada codiciosa.

Antes de que Sebastián completara su catarsis, apareció Olivia. Cumplido su duro entrenamiento ecuestre a pleno sol, con el cabello todavía húmedo de la ducha, luciendo otro vestidito sencillo pero de elegante diseño, la heredera Rothschild nos invitó a almorzar con ella. Como buena deportista, había ordenado algo frugal, también adecuado a nuestra edad: espárragos a la española, ideales para acompañar con el buen vino francés y de postre la infaltable crema catalana.

Recién en la sobremesa, después de hablar de Argentina, España y Francia, con naturalidad, Olivia preguntó: —¿Habéis avanzado con el Vermeer?

—Estábamos hablando de la Guerra Fría —respondí.

—Como ya han pasado ochenta años, supongo que hasta al más memorioso le vendrá bien repasar lo que pasó desde mayo de 1945, cuando capitula el Estado nazi, responsable de casi 60 millones de muertos entre batallas y campos de exterminio. Así pues, continúa, por favor —dijo ella mirando a Sebastián.

—De acuerdo —respondió él—. Como bien sabemos, los vencedores dividieron Alemania en cuatro zonas que luego se unificarían en dos: la República Federal de Alemania (RFA, occidental) y la República Democrática Alemana (RDA, oriental). A partir de su creación, en 1949, la RDA estuvo política y económicamente subordinada a la URSS. Ambos países firmaron acuerdos sobre cooperación científica incluida la energía atómica, pero también acordaron un protocolo sobre las reparaciones de guerra, donde se mencionaba la devolución de tesoros artísticos confiscados mutuamente. Este dato, que obtuve en la actual Cancillería Alemana, coincide con la pista que me dieron en Moscú: la URSS devolvió obras de arte a la ex Alemania Oriental.

—¡Genial! —me apuré a felicitarlo.

—¡Que no! —reaccionó Sebastián, moviendo las manos como si espantara una mosca.

—¿Por qué...? —insistí en tono cordial.

—Porque la información detallada que necesitamos, con nombre de cuadros, autores, etc, no está digitalizada y hay que consultar personalmente pilas de papeles amarillentos, escritos en alemán y archivados en estantes polvorientos, de viejas oficinas dispersas por la geografía de la ex Alemania comunista —contestó Sebastián.

—¡Vale! —intervino Olivia, con suave firmeza—. No hay otra opción que viajar y arriesgar el pellejo revolviendo viejas heridas. Es por eso, mi estimado Domecq, que debes pensarlo bien antes de seguir adelante —agregó, mirando la hora en su costoso reloj—. Ahora tengo que dejaros. ¡Os veo luego!

Para no comprometerme sin saber bien en qué lío me estaba metiendo, yo necesitaba una pausa para reflexionar. Entonces, fui hasta mi habitación, saqué de la valija mi entrañable pipa Peterson, la encendí y, sin apuro, disfruté el relajante placer de fumar un buen tabaco, junto al ventanal con vista al atardecer sobre las cumbres de Guadarrama.

XVI. Tiroteo infernal

El Centro de Monitoreo Urbano de CABA es el más grande de América Latina y controla unas ocho mil cámaras en calles y subtes, para prevenir delitos y posibilitar una rápida reacción de las fuerzas de seguridad. Cuenta, además, con un Sistema de Reconocimiento Facial que permite identificar delincuentes prófugos.

Aprovechando su amistad con un colega a cargo de ese centro, la comisaria Aberanda lo llamó y le pidió que revisara las cámaras para buscar el eventual ingreso a CABA de una camioneta Mercedes Benz GLA, sin patentes, provenientes de la zona oeste (Morón).

En el acto, el Jefe de Monitoreo le informó que esa mañana no se había detectado ningún vehículo sin chapa patente de esas características, ya que son identificados en el acto de cruzar la avenida general Paz. En consecuencia, para ayudarla, deberían realizar un rastillaje más complejo buscando vehículos similares para luego verificar si cada patente correspondía al vehículo observado o fue sustituida.

Tras agradecer y comprometerse a compartir el tan postergado café, Aberanda se comunicó con el sargento Constanzo. Luego de interesarse por la evolución de su novia Raula, le preguntó si había conseguido nuevas imágenes de la siniestra camioneta negra. La respuesta fue: «Iba hacia Fuerte Apache».

Consciente de la peligrosidad de ingresar a esa “tierra de nadie”, la comisaria decidió recurrir a un mecánico de motos que le debía varios favores, todos relacionados con el origen de los repuestos que usaba en las reparaciones. Al rato, manejando una

pequeña moto de *delivery* y el rostro escondido tras un casco despintado, se dirigió a esa zona perdida de la mano de Dios.

Bajo un cielo plomizo que amenazaba lluvia, Anahí dejó atrás el Acceso Oeste, avanzó por calles cada vez más destrozadas en dirección a ese ícono de la inseguridad bonaerense conocido como Fuerte Apache, hasta llegar a un cementerio de autos desguazados y quemados, donde el nauseabundo humo acre que salía de los basurales dificultaba la respiración. Para evitar la humareda, bordeó una improvisada canchita donde pibes descalzos pateaban una valiosa pelota reglamentaria seguramente regalada por algún narco. Fue entonces cuando la comisaria se sintió observada; quizás alguno de esos chicos era un soldadito vigía. Convencida de seguir adelante, pero despacio y haciendo el menor ruido posible para no llamar la atención, avanzó hasta llegar a los monoblocks ubicados en el corazón del asentamiento. Apoyados contra las altas paredes de ladrillos, se sucedían precarios galpones contruidos con chapas viejas que podrían esconder los secretos del barrio: entre otros, tal vez, el Mercedes Benz con el que se atentó contra la vida de Raula Díaz. Disminuyendo la velocidad al mínimo, Aberanda estaba tratando de mirar dentro de esas improvisadas guaridas de chapas cuando el estruendoso chirrido de un portón oxidado al abrirse con fuerza la hizo mirar hacia atrás y descubrir a una mujer demacrada, ojerosa, con pelo desteñido y cara pintarrajeada que la encaró con un agresivo: «¿Qué carajo querés?».

Sin responder, como si no hubiera escuchado nada, Anahí siguió avanzando por el entramado de callejuelas estrechas y pasillos sinuosos, para alejarse del grotesco personaje que la había increpado.

Así, durante un buen rato, continuó recorriendo ese barrio desolado que parecía dormir la siesta junto con sus habitantes que reponían energías para volver a “salir de caño” a la noche.

Esa tarde, desanimada por la falta de resultados, la comisaria Anahí Aberanda devolvió la moto que le habían prestado y tomó un taxi hasta la casa de su madre, con la intención de esperar que sus hijos regresaran de la escuela y pasar el resto del día con ellos.

Al momento del reencuentro, más que alegrarse por ver a su mamá, los chicos gritaron de emoción al recordar que ella les había prometido llevarlos a la heladería. Con la vana esperanza de que en un futuro lejano sus hijos recordaran esa tibia tarde otoñal de helados con mamá, con la misma intensidad que ella recordaba los helados de agua en los bochornosos veranos correntinos de su infancia, Anahí accedió a cumplir con lo prometido, previo paso por un cajero automático.

Ya de regreso en la casa de su madre, mientras controlaba que sus hijos cumplieran con el ritual del baño, Aberanda recibió otro mensaje del novio de Raula: «Apareció un Mercedes similar al que buscamos y tiene sangre en el paragolpes. Tenía rastreador GPS y está todo en manos del Fiscal. Por si le interesa, acá van los datos del dispositivo satelital».

Sin más, la comisaria se comunicó con la empresa de seguridad que había colocado el geolocalizador y tras cumplir con los protocolos del caso, obtuvo la ubicación del vehículo. Cuando llamó al novio de Raula para que se ocupara de reenviar la información al Fiscal, el sargento Constanzo la sorprendió con una propuesta.

—Si piensa ir, no vaya sola. Deme su dirección y la paso a

buscar “de civil”, con mi auto y un “fierro” no registrado.

Caía la noche y aquella peligrosa barriada del conurbano parecía una planta carnívora acechando a sus presas. Piratería del asfalto, bandas de ladrones de autos, secuestros exprés o simples asaltos callejeros formaban parte del combo de inseguridad que tiene como escenario protagónico al Acceso Oeste.

En el límite con Morón, el Peugeot 206 del sargento Constanzo, ingresó al partido de Tres de Febrero por la bajada del Hospital Posadas y se dirigió a la villa Carlos Gardel, uno de los vértices de lo que se dio en llamar “El Triángulo de las Bermudas”, que se completa con Fuerte Apache y la villa El Mercado. Según el GPS de seguimiento satelital el Mercedes negro estaba en un enorme depósito de chatarra que encubría un desarmadero clandestino de autos al que abastecían varios grupos delictivos que se dedicaban a robar vehículos de alta gama y venderlos allí para transformarlos en repuestos para el mercado ilegal. Aprovechando la casi nula iluminación del lugar, Aberanda y Constanzo bajaron del auto e ingresaron al predio guiándose por el GPS del celular. Lejos de estar oculto, el auto en cuestión estaba estacionado en primera fila, tal vez para hacerlo desaparecer lo antes posible. Mientras Constanzo la cubría, la comisaria abrió la puerta delantera de la camioneta Mercedes en busca de impresiones digitales. En eso estaba cuando el silencio de la noche estalló por furibundos ladridos seguidos del amenazador ruido de pesadas cadenas arrastradas con violencia. Obligada a abandonar la peligrosa tarea, la comisaria intentó replegarse pero todo empeoró cuando se encendió un reflector y alguien comenzó a disparar. Juntos, parapetados detrás del Mercedes,

los dos policías esperaron que se le acabaran las balas al supuesto cuidador, mientras rezaban para que los perros no rompieran las cadenas. Pero, como “todo lo que puede empeorar empeora”, el frenético tableteo de una pistola ametralladora les avisó que se había sumado un segundo agresor. Dada la gravedad de la situación, sin consultar a la comisaria, el sargento pidió refuerzos, desenfundó su arma y comenzó a repeler el ataque. De inmediato, Aberanda hizo lo propio con su Bersa Thunder 9. Ya no importaba que fuera un operativo ilegal. Era cuestión de vida o muerte. Con un estruendo infernal, balazos, vidrios y esquirlas volaban por doquier, ahogando los furiosos ladridos de los perros que se desgañitaban en vano. Acostada debajo del auto, Anahí Aberanda agudizaba sus sentidos para ubicar a los tiradores. Desde una de las ventanas superiores de la oficina del chatarrero alguien hacía fuego con una pistola. Pero el otro atacante, con ametralladora, se movía de un lugar a otro. Centenares de balazos, algunos de grueso calibre, se intercambiaron en un puñado de minutos. Las balas zumbaban, rebotaban y se incrustaban. Inmóvil, cuerpo a tierra, Anahí respiraba el humo de la pólvora y olía la nafta que empezaba a derramarse. Una chispa y todo volaría por los aires. Mientras un sudor frío bajaba desde su nuca y corría por el cuello hasta su espalda, la comisaria escuchó el aleteo de un helicóptero. Cuando un potente reflector policial iluminó la escena y por altavoz ordenaron dejar las armas, los delincuentes desaparecieron de la escena.

Ahora venía lo peor: ¿cómo justificar ese operativo ilegal por parte de una comisaria en uso de licencia por enfermedad?

XVII. Vladimir Putin

Aquella mañana, mientras compartíamos el afrancesado desayuno con macarons importados, Olivia –siempre elegante y apenas perfumada– preguntó:

—¿Tú, que vienes de las tierras de los gauchos, has cabalgado?

—¡Por supuesto! Desde chico, a lo criollo, sin montura ni estribos, sobre un pedazo de cuero de oveja —respondí orgulloso.

—¿Te gustaba?

—¡Me encantaba! Fueron los mejores momentos de mi vida. El primer caballo me lo regalaron cuando cumplí cuatro años. Era un petiso criollo, retacón, alazán, con una estrella en la frente. Sus dientes, el cuello vencido y los cascos gastados, justificaban el nombre de “Viejo”. Su trote suave y manso era ideal para un chiquilín como yo. Recuerdo que yo entraba al potrero con un cabestro en una mano y una zanahoria en la otra; los demás caballos al ver el bozal se alejaban, pero “Viejo” descubría la zanahoria y se acercaba. Durante algunos años disfruté de las travesuras conjuntas, hasta que sus achaques le impidieron galopar. Por eso, sin averiguar demasiado, acepté el trueque por una potranca joven y fuerte. Recién muchos años después, comencé a preguntarme qué habría sido de la vida de aquel querido petiso criollo—confesé con pesar.

Sin saber qué decir, hubo un silencio hasta que Sebastián aprovechó para cambiar de tema y mencionar nuestra última conversación:

—Tu nuevo sabueso ha aportado un buen dato —dijo con voz gastada.

—¡Cuéntame! —pidió la “soltera de oro”.

—Las obras de arte internacionales que en la postguerra ingresaron a Argentina, provenientes de la Unión Soviética, no solo incluyeron objetos de origen ruso sino también parte de lo que Stalin les había saqueado a los alemanes. Entre otras, las propias colecciones de Hitler y Goring, que incluían obras de arte saqueadas en Europa a familias judías como Rosenberg y Rothschild. Por lo tanto, un cuadro confiscado en París y llevado a Alemania pudo terminar, primero en Rusia y después en cualquier lugar del mundo, como la remota Sudamérica.

—¿Entonces, tenéis otra pista?! —exclamó la joven heredera.

—Digamos que es un “Plan B”, por si fallamos en la RDA — opiné para evitar exageradas expectativas.

Mientras la empleada se acercaba con tostadas francesas recién hechas, Sebastián preguntó:

—¿Has visto que tu amiga la baronesa Carmen Thyssen y el Gobierno español firmaron el acuerdo para que su colección permanezca en España?

—Sabía que estaban negociando —dijo Olivia.

—Acordaron alquilar las 330 obras de arte por 6,5 millones de euros anuales durante 15 años —respondió Sebastián.

—¿Fue un buen arreglo? —quise saber.

—Al menos las obras quedaron en el país y no se las llevó Putin —respondió Olivia.

—¿Vladimir Putin? —pregunté sorprendido.

—¡Vale! El mismísimo presidente ruso llamó a Carmen Thyssen para comprar su colección de arte valuada en más de mil millones de Euros, con la idea de crear un museo con su nombre en San

Petersburgo, pero la familia Thyssen tenía clarísimo que España no aceptaría que la colección saliera de su país —respondió Olivia.

—Hablando de Putin y su voraz apetito por el arte —comencé— hay denuncias en su contra porque, durante la actual invasión a Ucrania, numerosas obras de arte han pasado a manos rusas como víctimas colaterales de la guerra.

—Según los propios periódicos rusos las colecciones de sus museos están creciendo “sospechosamente” —aportó Sebastián al tiempo que se movía incómodo en su silla de ruedas.

—Pero la mayor parte de este botín artístico ucraniano no va a los museos, sino que pasa al mercado negro y luego a colecciones particulares—agregué—.Lo cierto es que Putin está violando las leyes internacionales. Solo en la ciudad recuperada de Jersón, se calcula que los rusos expoliaron unas 15.000 piezas históricas y obras de arte. Además, las bombas rusas destruyeron un museo cerca de Kiev y sus cuadros fueron devorados por las llamas. Para escapar de los misiles de Putin, y del genocidio cultural que no mata pero roba la identidad, dos camiones con medio centenar de obras procedentes de las colecciones del Museo Nacional de Arte, partieron de Kiev con destino al Museo Thyssen-Bornemisza, en Madrid.

—No es la única barbaridad de Putin —sentenció mi colega.

—¿A cuál otra te referís? —pregunté intrigado.

—A la web “Art for victory” creada por Putin, donde puso a la venta una colección de obras de arte que cualquiera puede comprar para financiar al Gobierno de Rusia ante el bloqueo internacional que está sufriendo el rublo. Sin embargo, nadie sabe a dónde va a parar el dinero recaudado, además la mayoría de las pinturas que están a la

venta son falsas—explicó Sebastián.

—¿Putin vende obras falsas? —intervino Olivia, sorprendida.

¡Que sí! —ratificó orgulloso de haber sorprendido a su patrona—.

Putin ofrece en venta una pintura de Kandinsky datada en 1909 y cotizada 10 millones de euros, aunque la prueba de autenticidad suscita una duda razonable por su extraño certificado de procedencia. Putin comenzó en el negocio del arte falso cuando era espía de la KGB y trabajaba para la Stasi. Este dato surgió en mi investigación y me complicó la vida porque Putin no quiere que se sepa que vigiló al papa Benedicto XVI.

—¡¿Qué!?! —ahora era yo el incrédulo.

—Con Katiana, durante nuestra revisión de los archivos del Instituto Lenin de Moscú encontramos el alta de Putin como agente de los temibles servicios secretos de la URSS, con destino en Dresde (RDA) donde, hasta 1990, se desempeñó como oficial de la Stasi, sin identificarse como agente de la KGB.

—¿Pero, espía a Benedicto XVI? —pregunté.

—¡Que sí, hombre, que sí! —respondió mi colega—. Durante los 70 y 80, el entonces cardenal y futuro papa Benedicto XVI era considerado uno de los críticos “más peligrosos” del comunismo por su amistad con el papa Juan Pablo II, y Putin era el encargado de espíarlo. En 1990, después de la caída del Muro, la Stasi fue desmantelada y Putin regresó a Moscú donde se convirtió en jefe del Servicio de Seguridad Federal, sucesor de la KGB soviética. Luego, en 2000, asumió la presidencia del país, cargo que ocupa desde entonces, con la excepción de su tiempo como primer ministro.

—¡Joya nunca taxi! —dije, olvidando dónde estaba.

—¿Qué? —preguntó Olivia.

—Nada, es un dicho popular porteño —abrevié para salir del paso.

—¿Una ironía? —dijo ella al no terminar de entender.

—Digamos...—concluí yo.

—Traje a colación el nombre de Putin porque fue un sujeto clave en los acuerdos entre la URSS y la RDA. Por ejemplo la devolución de tesoros de Alemania saqueados por el Ejército Rojo de Stalin

—comenzó Sebastián antes de preguntarme—. ¿En tu país usan el refrán “*a caballo regalado no se le miran los dientes*”?

—Por supuesto.

—Porque eso es lo que pasó en Alemania Oriental cuando Rusia devolvió parte del botín de guerra saqueado por Stalin.

—¡No entiendo! —dije.

—Es que a nadie de la RDA se le ocurrió dudar de la autenticidad de las obras devueltas por Rusia, cuando en realidad les estaba entregando copias falsificadas —sentenció.

—¿Tenés pruebas? —pregunté con escepticismo.

—Las suficientes para que Putin ordenara envenenarme —reaccionó furioso desde su silla de ruedas, ofendido porque yo dudaba de su palabra —concluyó inmerso en un acceso de tos.

—Si me disculpan, tengo un compromiso —dijo Olivia y se retiró para no involucrarse en ese intercambio de palabras, que presagiaba llegar a ser tan acalorado como el agobiante clima madrileño.

XVIII. Aberanda y Domecq

Esa noche, sola en su departamento, con la angustia de sentirse arrastrada por las circunstancias, Aberanda extrañaba las charlas con su amigo Domecq. Como por la diferencia horaria no era un buen momento para llamarlo, decidió compartirle sus preocupaciones, buscando un cable a tierra mediante un extenso mensaje de texto.

«Anahí Aberanda:

¡Hola Domecq! ¿Cómo te trata la madre patria? ¡Ojo con el colesterol y las madrileñas salerosas! Tu corazón ya no está para ninguna de esas dos cosas. Espero que la investigación esté avanzando de acuerdo con tus expectativas. Te imagino residiendo en alguno de los palacios de los Rothschild. Por mi parte, acepté una propuesta que me acercó Tello, para ganar unos verdes mientras espero mi reincorporación a la Bonaerense. Se trata de un investigador de arte, financiado por un mecenas con buena billetera, que busca un huevo Fabergé que pudo haber traído a nuestro país la famosa Paula von Koenigsberg. ¿Te acordás que para el caso de los cuadros desaparecidos consultamos a Schávelzon y nos contó que esta mujer había contrabandeado medio museo Hermitage y medio palacio de los zares? Bueno, una pista interesante es el catálogo del Museo de Arte Decorativo donde, en 1945, hizo una gran exposición. Una copia de ese catálogo está en un expediente en los tribunales de Morón, pero bajo siete llaves. Por eso se me ocurrió pedirle a nuestra conocida Raula Díaz, quien justo estaba de guardia, que sacara fotos del misterioso catálogo. Raula lo hizo, pero al salir de tribunales una

camioneta la atropelló intencionalmente y se dio a la fuga. Con el novio de Raula logramos ubicar al vehículo en un desarmadero y comprobamos que tenía sangre en el paragolpes, pero los custodios nos descubrieron y nos tiraron hasta con una UZI. Por suerte llegaron refuerzos, pero me hicieron un jodido sumario por haber realizado un operativo ilegal estando con licencia médica. En fin, parece un “karma” pero en cada investigación me reciben a balazos. Lo peor es que no tengo idea de quién o quiénes están detrás de este atentado. En fin, me voy a dormir. Contá algo porfa. Chau! Anahí».

A la mañana siguiente, en cuanto despertó, Aberanda consultó el celular y encontró la respuesta de Domecq.

«Jorge Domecq:

¡Qué cosa bárbara, no te puedo dejar sola porque te metés en bolonkis! Jaa. Ahora en serio, lo lamento mucho. Pensá en tus hijos y cuidate. Acá conocí a un experto que tal vez sepa algo de los Fabergé. El tipo tiene experiencia porque es un jovato como yo. Jee. El resto todo en orden, la pasé muy bien en Madrid y ahora tengo que ir a Berlín. Como necesitaba traductora contacté a la hermana de nuestro amigo Gabriel Colonna, que vive ahí. Yo tengo que buscar un Vermeer, que perteneció a los Rothschild, fue expoliado y se le perdió el rastro en Austria, en las minas de sal cercanas a Salzburgo. Veremos. Seguimos en contacto. Saludos a tu mami y besos a los nenes. Domecq».

Apenas terminó la lectura, Anahí se duchó, se cambió y -con la idea de tomar un café en el camino- salió hacia la parada de la combi que la llevaría hasta las oficinas de Interpol, donde disertaría uno de los máximos funcionarios de ese organismo internacional.

Lord Kavanagh, el número dos de Interpol, durante su breve estadía en Buenos Aires, tuvo a su cargo la inauguración del curso sobre protección del patrimonio cultural, que -entre otros especialistas internacionales- iba a dictar Daniel Schávelson.

Con 38 años de experiencia en el área de seguridad, Kavanagh trabajó más de tres décadas en la *Scotland Yard* y llegó a ser el responsable de la seguridad de la Familia Real, antes de desembarcar en Interpol hacía cuatro años.

«Suelen preguntarme: ¿Cuál es la diferencia entre Interpol y la policía de un país? —comenzó Lord Kavanagh—. Lamento decirles que no es como en las películas de Tom Cruise, con armas, helicópteros y poderes de arresto. No tenemos nada de eso. Lo que Interpol tiene es la capacidad de conectarse, de colaborar, de unir a las fuerzas de la ley. Tenemos 196 países miembros, somos más grandes que las Naciones Unidas, y vivimos en un mundo en el que hay más conflictos y tensión hoy en día que en sus 100 años de historia. En muchas grandes operaciones exitosas Interpol brindó apoyo para la incautación de drogas y la interrupción del crimen organizado, pero nunca el éxito es nuestro sino de los países miembros. Hoy el mundo está viendo ataques cibernéticos sucediendo de una manera que nunca habíamos visto antes. Vemos el tráfico de personas, a través de continentes, individuos vulnerables, siendo robados, siendo violados, siendo abusados. Vemos el tráfico de armas

y de drogas sucediendo a nivel global y criminales que se están haciendo más ricos que pequeñas naciones. Además, está la tecnología y sus nuevas preguntas: ¿Cómo tratamos las criptomonedas? ¿Qué vamos a hacer con respecto a la escala y la naturaleza de los ataques cibernéticos que están sucediendo? El desafío de Interpol es anticipar y trabajar con los países miembros sobre estos crímenes que se avecinan en el horizonte. Debemos ser más proactivos y colaborar con el sector tecnológico con mayor eficiencia. Escuchamos a muchas personas decir que esto es fácil, basta con ser duro con el crimen. Pero, además de ser duras con el crimen, las fuerzas de seguridad deben asegurar que los niños pueden ir a la escuela con tranquilidad, que las empresas pueden funcionar y que las comunidades pueden desarrollarse de forma sustentable. Interpol debe ayudar en esto —concluyó Kavanagh.

Terminadas las exposiciones de la mañana, a las que los tres habían asistido, Aberanda, el agente Tello y el licenciado Clemens, aprovecharon el break del mediodía para comer algún “tente en pié”. En un bar cercano, bajo un radiante sol de otoño, tostados mixtos de por medio, la comisaria comentó la terrible experiencia en Fuerte Apache. Más allá de las preguntas sobre si había resultado ilesa, Tello fue al meollo del asunto.

—¿Incautaron la camioneta en cuestión?

—¡Sí! Orden judicial mediante, la están peritando. Pero no será fácil, ni rápido—respondió ella.

—Más allá de que atropelló a tu colaboradora, ¿por qué reaccionaste de esa manera? —preguntó Clemens.

—En mi vida vi miles de escenas de autos atropellando motos,

pero en este caso no me quedan dudas de que intentaron silenciarla.

—¿Silenciarla? —se sorprendió el licenciado arqueando las cejas.

—¡Sí! Esa noche, a mi pedido, ella tomó unas fotos ilegales.

—¿Cómo? ¿Qué? —se superpusieron Tello y Clemens.

—Dada la confidencialidad del asunto —comenzó la comisaria— voy a omitir los detalles. Yo le había solicitado a un fiscal que me permitiera consultar un adjunto del expediente de un viejo caso y la respuesta fue que ya no estaba. ¡Pero estaba! Así que le pedí a Raula que -durante su guardia- sacara fotos. Lo hizo, pero al salir la atropellaron intencionalmente. Había logrado sacar las once fotografías que te reenvié —concluyó Aberanda mirando al Licenciado Clemens.

Como era la hora de retornar al curso de Interpol, la conversación quedó en suspenso.

XIX. Pasaje a Berlín

A la hora de la siesta, en la acogedora finca de Olivia de Rothschild, inmersa en un paraíso natural con altas cumbres, valles profundos y ríos de aguas cristalinas, mientras saboreaba un licor digestivo, Sebastián me sorprendió con una pregunta: —¿De quién es el arte después de una guerra?

—Más allá de los acuerdos en las Naciones Unidas, supongo que la respuesta será distinta si le preguntás a vencedores o a vencidos —fue la primera respuesta que se me ocurrió.

—¡Que sí! —exclamó con su voz gastada y aprovechó para darle a la sin hueso—. A lo largo del tiempo todos los pueblos han robado a otros, en unos pocos casos hubo devoluciones, porque no existía acuerdo sobre no destruir obras de arte, públicas y privadas, y devolver las que fueron confiscadas. Recién en 1943, Estados Unidos legisló sobre la devolución inmediata sobre todos los bienes robados, en oposición a la Unión Soviética, que decidió no devolver lo rapiñado en Alemania como compensación de los daños ocasionados por los nazis. Durante la II Guerra Mundial hubo transacciones hechas legalmente, tanto por el Estado Alemán como por los nazis como individuos, pero muchos judíos, en la desesperación por huir de la Gestapo, no podían discutir el precio, menos aún cuando eran destinados a los campos de exterminio. La proveniencia de lo saqueado es múltiple: desde lo confiscado a particulares hasta lo robado de los museos estatales. Lo que nadie sospechaba es que en medio de eso iban a aparecer además los falsificadores. Goering fue engañado, al igual que los Aliados después, por Hans von Meegeren que le vendió el cuadro “Cristo y las adúlteras”.

—Era tan bueno que tuvo que pintar “un Vermeer auténtico” delante del juez y los peritos, para demostrar su capacidad de copiar— intervine, al tiempo que intentaba desperezarme de la creciente modorra.

—Pero van Meegeren no fue el único falsificador de esa época. Hubo muchos y al seguir la pista de “El geógrafo” debemos preguntarnos ante cada cuadro: ¿quién lo habrá pintado?

La extensa charla con Sebastián, se extendió por horas, hasta que las sombras comenzaron a alargarse y el simple atardecer se convirtió en algo mágico. Fue entonces cuando, en silencio, los veteranos detectives nos permitimos disfrutar de la sensación de tranquilidad y paz que nos proporcionaba la más maravillosa obra de arte del Creador: la puesta del Sol sobre la Sierra de Guadarrama.

En eso estábamos cuando la anfitriona, ya vestida para un elegante evento social, pasó a saludarnos y de paso confirmarme que su contador me contactaría para arreglar los aspectos económicos de mi contrato.

—¿Por dónde piensas empezar? —me preguntó Olivia.

—Tal vez por los archivos de Berlín —respondí e intenté fundamentar mi propuesta—. Durante la Guerra Fría, la Unión Soviética devolvió miles de obras de arte a Alemania Oriental, incluida una titulada “El geógrafo”, que podría ser el auténtico Vermeer que perteneció a tu bisabuelo, o una falsificación de Van Meegeren. Creo que responder esa pregunta nos permitiría reorientar la búsqueda.

—Me parece correcto —dijo mi joven jefa, antes de preguntar—. ¿Necesitas traductor de Alemán?

—Sí, pero conozco una y es de mi confianza.

Días después, en la lluviosa Berlín, me alojé en un Petit Hotel en “Kurfürstendamm”, la famosa avenida comercial donde se encuentran las marcas más elegantes y las principales cadenas de moda. Era un buen hotel pero pronto tuve la sensación de que habían revisado mis cosas. Aunque parecía un mal augurio, a falta de certeza, preferí atribuirlo a mi paranoia, porque nadie –excepto Olivia y Sebastián– tenía conocimiento de las verdaderas razones de mi viaje a Alemania.

La traductora, Eleonora Colonna, alquilaba un piso en la zona residencial cercana al lago Halensee y, a la hora indicada, pasó a buscarme por el hotel. No la veía desde hacía veinticinco años cuando yo daba clases en el Instituto Inmaculada y ella era una adolescente pelirroja, de ojos claros, avispada, rockera y contestataria. Ahora era una mujer hermosa, interesante y atractiva.

Si bien habíamos acordado concurrir a las antiguas oficinas de la ex Stasi, como era mi primer viaje a Berlín, Eleonora me sugirió visitar la Isla de los Museos, que estaba de paso. Ya en la calle, me bombardeó con preguntas sobre Castelar, la ciudad donde ella había nacido y que había dejado diez años atrás.

Después de un buen rato, satisfechas sus saudades, Eleonora se interesó por el trabajo que teníamos por delante.

—¿Así que dejaste el periodismo y la literatura para convertirte en detective? —se interesó.

—Investigo el paradero de obras de arte desaparecidas —la corregí.

—¿Es tan apasionante como parece?

—Para mí es un trabajo como cualquier otro —dije convencido.

—Pero en la entrevista de “Castelar Digital” parecía un curro peligroso.

—El peligro es algo abstracto que depende de la percepción de cada uno —opiné.

—¡Vamos Domecq! Sanatas conmigo no. Ya no tengo quince años —dijo, haciendo un gracioso mohín.

Luego de reírnos, cuando bordeábamos el Zoo de Berlín, le pregunté: —Hablando de peligro, ¿te acordás de Anahí Aberanda?

—¿La comisaria sexi amiga de mi hermano?

—¡Esa misma! Durante la última investigación que realizamos juntos intentaron matarla.

—¿Cuándo, cómo? —reaccionó sorprendida.

—Primero la atacaron mientras dormía, le pusieron una capucha, la golpearon hasta perder el sentido, la maniataron y le siguieron pegando mientras la interrogaban. Esa noche se salvó de milagro cuando por azar aparecí yo y los atacantes huyeron. Días después, acribillaron la casona donde se había escondido. Por último, casi muere desangrada cuando un francotirador le acertó un balazo en el hombro mientras ella regaba las plantas, en su balcón. Ahora, por un nuevo caso, la ametrallaron con una UZI.

—¿Zafó? —se interesó con evidente preocupación

—¡Sí!

—¿Qué estaba investigando? —insistió, frunciendo el entrecejo.

—Conmigo buscó unos cuadros desaparecidos y descubrimos que los canjeaban por armas y drogas, utilizando narco aviones con aterrizajes en estancias de una familia aristocrática. Ahora, sigue la pista de un huevo Fabergé robado a los zares de Rusia.

—¡Guau, cuánto material para uno de tus libros!

—En eso estaba pero surgió esta changa en Europa y es más rentable.

Sin darme cuenta, ya estábamos cruzando el puente sobre el río Spree para acceder a la Isla de los Museos. Eleonora atravesó el impecable vestíbulo de mármol para sacar los Museumspass que —por 30 €- permitía entrar a numerosos sitios berlineses durante tres días consecutivos.

—Guardame los comprobantes, así me reintegran los gastos — le pedí en un impulso amarrete.

A partir de ese momento, Eleonora me explicó que ese lugar, que albergaba las exposiciones más importantes de la ciudad, había sido declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. Luego, sin consultarme, decidió comenzar por el Museo de Pérgamo.

—Entre los museos de Berlín, éste tiene un imán para mí. Ese busto de piedra caliza policromada representa a Nefertiti y es una de las piezas de arte egipcio más icónica, junto a la máscara de su hijo Tutankamón. Sin embargo, creo que nada supera a aquello —dijo Eleonora, señalando a la Puerta de Ishtar—. Ésta fue una de las ocho puertas de la muralla de Babilonia, construida por el rey Nabucodonosor II y decorada con cerámica lapislázuli que le da este color azul.

Después de un par de horas disfrutando esos tesoros irrepetibles, cuando mis piernas pedían tregua, le propuse a Eleonora sentarnos en la cafetería para comer algo rico. Coincidimos al elegir el *Strudel* de manzana, pero ella lo prefirió caliente y yo frío. Ella tomó té y yo un café doble.

Fue recién entonces cuando reconocí, sentado a otra mesa, en un rincón, a un hombre totalmente vestido de negro, con gorra del mismo color y anteojos bien oscuros. Era el mismo que –casualmente– yo ya había detectado dentro del museo, mirándonos con insistencia.

XX. Biblioteca Nacional

—Les sugiero consultar en la Biblioteca Nacional—respondió el arqueólogo Daniel Schávelzon ante la pregunta de Clemens—. Si mal no recuerdo, entre sus objetivos está el de conformar la Bibliografía Nacional Argentina y para ello, por Ley, recibe copia de toda publicación de producción nacional, incluido catálogos como ese que buscan, de 1945.

Alentados por la sugerencia, Clemens y Aberanda se dirigieron al monumental edificio de la calle Agüero, construido en base a un proyecto de los arquitectos Clorindo Testa, Bullrich y Cazzaniga,

Al bajar del taxi, a pleno sol, la pareja de investigadores ascendió por la barranca verde hasta la puerta de acceso de esa brutal construcción de hormigón armado con pinta de gliptodonte. Tras consultar en Mesa de Entradas fueron derivados al segundo subsuelo donde recibieron la esperada respuesta: «Tenemos el ejemplar que exige la Ley. Pero las copias tardan 48 horas».

A pesar de la satisfacción del Licenciado Clemens, la comisaria Aberanda se dejó llevar por su ansiedad y preguntó si podían aprovechar para consultar el catálogo en ese momento. La respuesta afirmativa sorprendió al Licenciado, ya resignado a esperar dos días.

Tras subir en el ascensor hasta el quinto piso, ingresaron a la sala de lectura y mientras esperaban que les trajeran el ejemplar solicitado, Anahí propuso repasar la historia de la desaparición de los huevos Fabergé para intentar vincularlos con los objetos rusos que Paula von Koenigsberg expuso en Buenos Aires.

—Creo que es buena idea —dijo él con su incómoda voz

aguda, al tiempo que ella le hacía señas para que hablara en tono más bajo—. Ya vimos que Fabergé era un orfebre ruso que trabajaba para los zares Romanov y creó esos inigualables huevos de pascua utilizando jade, oro, plata o ágata. También suelen contener pequeños objetos en su interior, como relojes o pequeñas joyas fabricadas con esmeraldas o rubíes, entre otras piedras preciosas. Se estima que sólo produjo unos sesenta de esos huevos hasta que la revolución rusa de 1917 acabó con la dinastía de los zares, con su corte fastuosa y también con la producción de Fabergé.

—Ahí comienza la maldición de Rasputín —susurró Anahí.

—Si, pero más allá de esas maldiciones, cuando la familia del zar huyó de San Petersburgo, los huevos imperiales fabricados a lo largo de tres décadas quedaron atrás. Algunos pasaron por las manos de Stalin primero y de Hitler después, para luego desaparecer. Hoy se cree que pueden existir unos 40 huevos de aquella colección aunque oficialmente sólo se conoce el paradero de una docena de esas joyas.

—¿Dónde están? —preguntó ella en voz baja.

—Están en manos de coleccionistas privados y museos. El taller de Fabergé llegó a su fin con el inicio de la Revolución Rusa. Algunas de sus joyas fueron desmanteladas y las piedras preciosas quedaron a merced de las tropas soviéticas, que posteriormente las venderían muy por debajo de su valor. Se dice que Stalin vendió 14 huevos imperiales por tan solo 400 dólares. Pero a partir de la década de los noventa, tras la disolución de la Unión Soviética, multitud de oligarcas rusos intentaron recuperar las obras de

Fabergé y los precios de sus piezas alcanzaron máximos históricos. Así, en 2007, el huevo Fabergé Rothschild (fabricado en 1902) fue subastado en Christie's por 12,5 millones de euros —concluyó el Licenciado Clemens al ver que le traían el ejemplar solicitado.

El mentado “catálogo de la Exposición del Museo de Arte Decorativo”, de 1945, era casi una obra de arte en sí mismo. Impreso en papel de la mejor calidad con fotografías de alta resolución invitaba a un viaje a la cueva de Alí Babá. Mientras ella disfrutaba embobada las imágenes de objetos de increíble belleza artística, él revisaba el índice buscando algo que tenía en mente.

—Cuanto más leo este catálogo más desconcertante me resulta la exposición de 1945 —comenzó Clemens en un tono de voz acorde al lugar—. “La gorda”, como le decían a Paula von Koenigsberg, no sólo uso a ALPI como pantalla, sino que aprovechó para presentar 324 grandes obras, 34 íconos y 73 objetos rusos, que antes no existían aquí. Esta traficante había llegado al país poco antes y no pertenecía a ninguna familia de coleccionistas, ni tenía empresas, bancos o campos, apenas un mediocre negocio de antigüedades en su propia casa.

—¿Cuánto había transcurrido desde la caída de Hitler? — preguntó Aberanda casi susurrando.

—¡Apenas cinco meses!

—¡Guau, otra casualidad!

—Todo muy sospechoso porque en este catálogo no dice nada de la procedencia. ¡Mucha foto pero nada de historia! Había obras de arte, vajillas de plata y otros objetos valiosos que habían estado en el

Hermitage, en el Museo Pávlovsk (ex Palacio de Catalina la Grande), en el Museo Gatchina (ex Palacio de Catalina II) y en el Tsarkoie Selo (hoy Museo Pushkin) todos provenientes de la Rusia saqueada por los nazis. Pero, ¿cómo lo consiguieron?, ¿todos esos museos le regalaron o vendieron los objetos sin comprobantes?, ¿nadie controlaba nada? —vociferó olvidando que estaba en una biblioteca.

—¡Shhhhh! —lo retó la comisaria, moviendo las manos para que Clemens bajara la voz—. Entiendo tu broca, pero me pregunto si guarda relación con nuestra investigación —susurró ella.

—¡Sí Anahí, sí! —murmuró él a la defensiva—. Guarda mucha relación porque estoy casi convencido que en esa exposición estuvo un huevo Fabergé.

—¿Encontraste la foto?

—No, pero no todo lo expuesto tiene su foto en este catálogo.

—¿Entonces?

—Acabamos de ver que en esa exposición hubo un par de valiosos relojes de miniatura, obras de orfebres rusos. Bueno, ya sabemos que Fabergé era ruso y algunos de sus famosos huevos encerraban un reloj de miniatura en su interior —argumentó el Licenciado, ya acostumbrado a hablar en voz baja.

—Tenés razón. Además, si la expositora hubiera mencionado a Fabergé se hubieran disparado las dudas y las alarmas.

—¡Exacto! Eso es lo que pensé—festejó la coincidencia con los pulgares hacia arriba. —Mirá, acá en Google aparecen por lo menos tres huevos Fabergé con reloj. Te leo la nota —dijo ella—. «*El tercer huevo de Pascua imperial perdido de Carl Fabergé. Entregado por*

Alejandro III Emperador a la emperatriz María Feodorovna para la Pascua de 1887. El huevo es de oro amarillo enjovado, tiene patas de león y está rodeado por guirnaldas de oro de colores suspendidas de zafiros azules rematados con lazos de diamantes rosas. Contiene una sorpresa: un reloj de Vacheron Constantin, con una esfera de esmalte blanco y agujas de oro caladas con diamantes engastados. El reloj tiene bisagras que le permiten permanecer en posición vertical».

—No cabe dudas de que mi mecenas tiene buen gusto — intervino él.

—En Google también mencionan al Fabergé con reloj que encontró un chatarrero —dijo ella y comenzó a leer en un tono apenas audible—. *«En 2012, la casa londinense Wartski presentó un valioso huevo de Pascua del joyero ruso Carl Fabergé, que fue adquirido por un chatarrero en un mercado de antigüedades, después de estar desaparecido desde 1902. Tiene apenas 8,2 centímetros, labrado en oro y decorado con diamantes y zafiros, esconde un reloj de la lujosa marca Vacheron Constantin. Este huevo imperial fue comprado en una feria de objetos de segunda mano en un pueblo del Midwest de EEUU por unos 13 mil dólares, pero está valuado en 33 millones de dólares».*

—¡Escuchá esto!—exclamó Clemens subiendo su molesto tono de voz—. Acá en el catálogo, se describe al objeto expuesto con el número 219 como: *“Joya semiovoide de oro con incrustaciones de zafiros, jade y ágata”*. Pero el objeto 311, es presentado en el catálogo como: *“Parte de una valiosa joya, con forma semiovoidal de*

oro y con marcas de haber tenido incrustaciones que ya no están”.

¿Qué te parece?

—¡No entiendo! —susurró Aberanda mientras miraba alrededor buscando eventuales miradas críticas por parte de los otros usuarios de la silenciosa sala de lectura.

—¡Dos partes semiovoides forman un huevo! —agregó él.

—¡Un huevo de oro! —balbuceó ella a media voz.

—¡Un huevo de oro y un relojito ruso, son tres piezas para armar un Fabergé! —exclamó el incorregible licenciado y despertó quejas pidiéndole silencio.

XXI. Eleonora Colonna

En la confitería del Museo de Pérgamo, saboreando el exquisito Strudel, Eleonora me pidió que le contara qué era lo que buscaba en Berlín.

—Estoy trabajando para la familia Rothschild...

—¿Los banqueros? —me preguntó sorprendida, en tanto se alisaba su flequillo pelirrojo.

—Sí. Alguien me recomendó y me contrataron para recuperar una pintura que tenían en París y fue confiscada por los nazis.

—¿Es una obra conocida?

—¡Sí! Un Vermeer.

—¡¿“La chica de la perla”?! —exclamó entusiasmada al recordar aquella pintura genial.

—No. Se trata de “El geógrafo”.

—Algo me acuerdo de cuando tomaba clases de pintura con tu esposa.

Sorprendido por la inesperada mención a mi difunta Leonor, le pregunté: — ¿Qué recordás de esa obra?

—Me la confundo con “El astrónomo”, pero era una escena interior, iluminada por la luz de una ventana, donde un hombre con túnica trabaja, sobre mapas, planos y, tal vez, un globo terráqueo.

—¡Correcto!, diría la rubia diva rioplatense —bromeé y ambos nos reímos extrañando a “la ciudad que nunca duerme”.

—¿Decime, por qué pensás que “El geógrafo” podría estar en Berlín?

Entonces, después de contarle el periplo desde la compra en Londres por el bisabuelo de Olivia Rothschild, la confiscación nazi, el

paso por Alemania, la guarda en las minas de Austria y su segundo expolio hacia la Unión Soviética, sugerí que podría haber sido devuelto a Alemania Oriental.

—¿Y por qué comenzar con los archivos de la Stasi? —insistió con sus preguntas.

—Porque en aquella época esos Servicios Secretos se ocupaban de registrar hasta el vuelo de las moscas.

—¿Buscaste en la web?

—Es que no está digitalizado y no hay otra opción que revisar viejos papeles —le respondí.

Al salir del museo, y antes ingresar a la antigua sede de los espías de la RDA, Eleonora se dio el gusto de fotografiar el frente de ese monumental budoque de cemento, sin gracia y casi sin ventanas, histórico símbolo de la arquitectura soviética. Una vez en la recepción del Comisionado Federal para los Archivos de la Stasi, en perfecto alemán, ella mostró la carta de presentación confeccionada por la prestigiosa Fundación Rothschild. Tras obligarla a completar un extenso formulario manuscrito, una empleada tan robusta como servicial preguntó cuáles eran los archivos desclasificados que queríamos consultar.

Luego se subir por unas imponentes escaleras de mármol, ingresamos a un archivo que, lejos de estar armado sobre los polvorientos estantes de las viejas oficinas del comunismo, constaba de una adecuada estructura recientemente instalada para albergar esos documentos históricos.

En base a las indicaciones que me había hecho Sebastián, comenzamos por el año 1950.

—Acá hay una reseña cultural del año 1950 ¿te interesa? — preguntó Eleonora.

—No sé qué decirte. Fijate si habla de arte —respondí.

—Según la introducción de este informe parlamentario, *«la cultura y el sistema educativo en la RDA estaban estrictamente reglamentados por el Estado. La constitución de 1968 promovía una cultura socialista con participación de los trabajadores y una estrecha relación de los artistas creadores con la vida del pueblo»*.

—¿Dice algo de los grandes maestros o del arte extranjero? — pregunté.

—No encuentro nada. Es un informe típicamente alemán, con su inconfundible estilo de cuantificar todo. Te leo: *«En 1950, en la RDA había 86 teatros, 40 orquestas sinfónicas, 11092 bibliotecas populares, 18505 bibliotecas científicas, 284 museos de ciencias, arte y patria....»*.

—¡No! Busquemos otra cosa. ¿Dice algo de los intercambios con la URSS? —pregunté, al tiempo que me sacaba los anteojos para limpiarlos.

—Déjame buscar. Acá hay un capítulo sobre las relaciones Alemania Oriental-Unión Soviética. Dice: *«La URSS y la RDA mantuvieron estrechas relaciones diplomáticas; siendo la Unión Soviética el principal patrocinador económico y político de Alemania Oriental»*.

—Ni una palabra sobre la cultura y menos aún sobre repatriación de obras de arte —me lamenté.

—¿Además de la mención del año 1950 tu colega no te aportó nada más? —insistió la pelirroja, sin dejar de revisar los archivos.

—Sebastián Alcolea estuvo investigando en Moscú y encontró información sobre la década de los 50, donde constaba que la URSS devolvió miles de obras de arte a Alemania Oriental. Era un listado por título y no por autor y aparecía una pintura titulada “El geógrafo”.

—¡Tiene que ser el Vermeer que buscás! —explotó Eleonora.

—No podemos saberlo. Durante el tercer Reich, además de “El geógrafo” original de Vermeer, circuló una falsificación de Van Meegeren.

—¿Qué más te dijo tu colega madrileño?

—¡Nada más!

—¿Cómo nada más? ¿No fue a Rusia a investigar para Rothschild? —se quejó ella frunciendo el ceño.

—Es que molestó a Putin y trataron de envenenarlo. Tuvo que huir para salvar la vida. Ahora anda en silla de ruedas.

—¿Me estás jodiendo? —dijo incrédula.

—No nena. Es cierto y a la traductora rusa le fue peor.

Tras ese balde de agua fría, se hizo un largo silencio, hasta que Eleonora se levantó, no para irse, sino para consultar a la empleada robusta y cordial.

Después de 10 años fuera del país, Eleonora sabía que la mejor carta de presentación era mostrar su selfie con Messi y decir que conocía al “10” desde que era chiquita. Como no hay cholula que se resista, la empleada y la traductora “chamuyaron” en Alemán durante un buen rato hasta que regresó con una inmensa sorpresa.

—Gertrudis es fana de Messi, y accedió a consultar a su jefe, quien dijo que acá no vamos a encontrar lo que buscamos pero que conoce a un experto en el tema que, por 50 Euros, responde todas las

preguntas —contó Eleonora en tono triunfal.

—¿Dónde podemos encontrarlo? —pregunté interesado.

—Atiende en una mesa del Konditorei Buchwald.

—¿Qué es eso?

—Es el café más antiguo de Berlín.

—¿Sobrevivió al bombardeo?

—Supongo que lo habrán reconstruido, como a todo Berlín—

respondió ella.

Buchwald, había sido una antigua pastelería berlinesa inaugurada en 1852, en cuya decoración todavía predominan las cortinas de encaje, los muebles de madera oscura y el papel tapiz de flores.

Herr Berger, sentado a una de las mesas al aire libre, aprovechando el esquivo sol de Berlín, era pelado, obeso, con gruesa papada y una pinta ideal para publicidad de cerveza. Sin embargo, en esta ocasión estaba disfrutando un Baumkuchen, un postre muy popular en Europa del Este. Cuando Eleonora le explicó nuestra presencia, nos invitó a sentarnos y, sin consultarnos, le pidió al camarero que nos trajera lo mismo que estaba consumiendo él.

Luego de escuchar la historia de “El geógrafo”, Herr Berger sentenció: —De los marchands de Hitler, el que mejor se adaptó a la Alemania Comunista fue Gurlitt. Por lo tanto, les sugiero buscar en Múnich. Además, desde que Cornelius, el hijo de Gurlitt, apareció en la tapa de los diarios, la gente recuperó las ganas de hablar de aquel pasado.

Al día siguiente, contento de dejar ese hotel y la ciudad donde me sentía espiado, me dirigí a la estación de trenes de Berlín, justo en

el centro de la ciudad. Con todos los gastos pagos por Olivia de Rothschild, luego de que Eleonora convenciera a su esposo para que se hiciera cargo por un par de días del cuidado de la bebé, nos encontramos en la estación. Después que ella sacara los tickets, subimos a ese rápido y cómodo tren que en 3,55 horas recorrería los 505 kms hasta Múnich, y nos permitiría disfrutar del hermoso paisaje que atravesaba ciudades como Leipzig y Augsburgo.

Durante el trayecto, Eleonora me preguntó si quería sugerencias para el tiempo libre en Múnich. Más allá de la sorpresa, ya que el turismo no pasaba por mi cabeza, acepté escucharla con aparente interés.

—El “Neue Pinakothek” es considerado uno de los museos de arte más destacados en el mundo y es famoso por sus pinturas de Van Gogh, Paul Gauguin y Gustav Klimt.

—¿Cuáles Van Gogh exhiben? —pregunté.

—Según la web del museo, se trata de "Doce girasoles en un jarrón", quizás la imagen más conocida y una de las pinturas más caras del mundo —leyó Eleonora.

XXII. Acusados

A las 48 horas, cuando Aberanda y Clemens regresaron a la Biblioteca Nacional en busca de las fotocopias del catálogo de 1950, se encontraron con un par de noticias, una peor que la otra. Las fotocopias no habían podido ser hechas porque el valioso catálogo había desaparecido. Además, como ellos eran los últimos que lo habían consultado, se los acusaba de habérselo robado.

Cuando Aberanda explicó que lo habían devuelto en mano, en ese mismo mostrador, a un señor de anteojos oscuros, la empleada le sugirió que inventara otra excusa porque en ese piso no había empleados varones. Tras reaccionar como leche hervida, intuyendo una rara maniobra, la comisaria sacó su credencial y exigió hablar con la máxima autoridad para solicitar acceso a las grabaciones de las cámaras de seguridad del día en cuestión, a partir de las 17 horas.

Por razones burocráticas, la persona designada para atender a Aberanda fue la jefa de la sala de lectura del 5º piso, quien resultó ser una señora de avanzada edad que merecía estar tejiendo escaarpines para sus bisnietos. Sin el menor ánimo de confrontar, la venerable dama acompañó a la ofuscada comisaria y al sorprendido licenciado hasta la sala de monitoreo, donde parecía haber mucho más personal que el necesario. Luego de un buen rato de experimentar por prueba y error, una cámara mostró que a las 17,01 entraba a la sala de lectura un hombre vestido con jean y camisa azul de manga corta, con lentes oscuros y una gorra en la mano y que se retiraba a las 17,31 con la gorra puesta y un sobre de papel madera bajo el brazo, cuyo tamaño permitía esconder el ejemplar del catálogo. Además, la misma cámara había captado, unos minutos antes, a Anahí y Clemens retirándose de

ese mismo piso con las manos vacías, ya que habían dejado sus pertenencias en el guardarropa de planta baja. Luego de acordar el labrado de un acta sobre lo sucedido, los investigadores se retiraron.

Mientras Clemens se sentía frustrado, Aberanda seguía furiosa. Alguien los había estado siguiendo y se arriesgó a robar dentro de la biblioteca con tal de privarlos del preciado catálogo. Si bien, durante la primera visita, el Licenciado había tomado notas de tres de los objetos exhibidos, se trataba de datos incompletos que apenas servían de recordatorio para trabajar frente al ejemplar del catálogo.

Aunque Clemens propuso ir a un bar para charlar sobre el bochorno sufrido, Anahí prefirió regresar a Morón para ordenar sus ideas, en soledad.

Algo menos tensa, en el viaje de regreso en una de las combis que unen Obelisco y Morón, la comisaria decidió meterle presión a la Policía Científica y los llamó para preguntar sobre el peritaje de la camioneta Mercedes. La buena noticia fue que la sangre encontrada en el paragolpes correspondía a Raula Díaz, lo que confirmaba que se trataba del vehículo buscado. También habían hallado huellas de calidad en el interior de la camioneta pero aún no las habían cotejado contra los respectivos archivos de impresiones digitales. Luego de insistir sobre la urgencia del caso, cortó y llamó al novio de Raula para averiguar cómo evolucionaba la joven. El sargento Constanzo le respondió que una de las piernas no requería cirugía sino una larga inmovilización.

A pesar de que la noticia implicaba una mejora con respecto al diagnóstico inicial, la comisaria no se perdonaba ser la culpable de la desgracia sufrida por esa pobre muchacha.

Como la combi recién dejaba atrás CABA y faltaba un buen rato para llegar a Morón, Anahí intentó concentrarse en sus pensamientos tratando de imaginar quién y por qué se había empeñado en impedirles el acceso al catálogo de la exposición de Paula von Koenigsberg. Esta mujer había fallecido muchos años atrás, su familia ya no tiene negocios en nuestro país. Las cosas que Clemens y ella habían descubierto ya dormían, por décadas, en los estantes de la Justicia. Lo único nuevo, aún no demostrado, era que el hipotético ensamble del reloj ruso con las otras dos joyas de forma ovoide, pudiera conformar uno de los huevos Fabergé desaparecidos. Pero sin el catálogo esa hipótesis resultaba indemostrable.

Al notar que no lograba avanzar en esa línea de razonamiento, Anahí recordó que en la academia policial habían destacado su tesis sobre “pensamiento lateral”. Fue entonces que se sintió como el herrero con cuchillo de palo e intentó recordar aquella idea con la que Edward Bono buscaba “*generar saltos conceptuales para romper la lógica de las pautas perceptivas, propias del ser humano*”. Tal vez por casualidad o tal vez por ser el efecto buscado, la comisaria dejó de pensar en quién bloqueaba su investigación, para pensar en quién podría haber ensamblado las tres piezas, engarzado las piedras sueltas y “resucitado” un huevo Fabergé. De inmediato, como tantas veces, se acordó de Schávelzon y su libro sobre Kurth (con H final).

En cuanto llegó a Morón, bajo de la combi y camino de prisa hasta su casa. Ansiosa, solo atinó a sacarse los incómodos zapatos de taco alto, encendió la Pc y buscó la versión digital de “La historia de Kurth, falsificador”. De inmediato leyó el fascinante prólogo y sintió que estaba en el camino correcto. Llevada por el impulso, le envió un

Whatsapp a Schávelzon y la respuesta fue contundente: «*A Kurth le prometí no divulgar su verdadero nombre, ni publicar una palabra más que lo que está en mi libro. Voy a cumplirlo. No obstante, en atención a mi amigo Clemens, puedo opinar que —llegado el caso— tal vez Kurth hubiera podido ensamblar las 3 partes de un supuesto Huevo Fabergé desmontado*».

En ese momento, Anahí tenía sentimientos encontrados. Había logrado que un experto opinara que Kurth podría haber rearmado esa joya, pero temía la reacción del Licenciado Clemens por haberle escrito a Schávelzon sin consultarlo previamente con él. Para sortear ese estado de deliberación, huyó hacia adelante con un inocente reenvió del comentario del experto: «*Clemens, mirá lo que opina tu amigo*».

Las horas transcurrieron sin que el Licenciado contestara y la comisaria comprendió que había metido la pata. Molesta, para superar esa sensación de fastidio, Anahí llamó a casa de su madre para hablar con sus hijos. Lamentablemente, no fue posible porque los chicos estaban en medio de una guerra de espuma, dentro de la bañera.

Como tanta otras veces, Aberanda intentó relajarse con una larga ducha. Al rato, desnuda, mientras se secaba el cabello y la música chamamecera invadía su pequeño departamento, se sentó frente a la Pc, volvió a abrir el libro de Kurth y lo leyó muy detenidamente, tratando de extraer aquellas palabras, apenas vislumbradas, que hubieran servido de fundamento a la opinión vertida por su autor.

Al terminar la lectura comprendió que, Kurth, como un alquimista creativo con una imaginación prodigiosa y manos notables lograba

modificar objetos artísticos con trucos tales como: *«cambiar etiquetas, nombres y números, usar productos químicos elementales y las virtudes de los ácidos, lejías, aceites, anilinas, jabones y lavandinas accesibles en aquellos tiempos para borrar letras escritas con alquitrán sobre madera pulida sin dejar rastros que no pudieran disimularse como simples desgastes, extendiendo el producto por todo el sector»*.

Pero la frase siguiente, le hizo sentir que el fin había justificado los medios: *« Kurth trabajó durante años con la traficante internacional Paula von Koenigsberg, que había venido al país para escapar de las denuncias policiales que tenía en Estados Unidos por contrabando de arte»*.

Recién entonces, segura de obtener el perdón de Clemens, mientras los truenos anunciaban otra tormenta otoñal, abrió la heladera, sacó una botella de cerveza y comenzó a tomar del pico al tiempo que buscaba algo para comer.

XXIII: Múnich

Mientras Eleonora dormitaba para recuperar el sueño perdido durante las noches previas con su beba, yo aproveché la excelente conectividad disponible en el tren para comunicarme con mi amigo Ariel Tello, actual representante argentino en Interpol París.

«Jorge Domecq:

Hola Ariel, te escribo desde el tren que me lleva a Múnich donde intentaré investigar la posible vinculación entre Gurlitt y el Vermeer que busco para los Rothschild. ¿Tenés algún contacto que pueda ayudarme? Abrazos».

«Ariel Tello/Interpol:

Estoy en Bs As participando de un seminario al que también asiste Aberanda. Con respecto a Múnich, en la oficina de Interpol local trabaja Tito Pellegrini, un argentino reconocido por su lucha en defensa del Patrimonio Cultural. Ya los pongo en contacto. Suerte y chau».

En Múnich la primavera era una temporada ideal para aprovechar las cervecerías al aire libre. Por lo tanto, no nos sorprendió que Tito Pellegrini propusiera que nos reuniéramos en la inconfundible Hofbräuhaus, la cervecería estrella de esa ciudad y una de las más famosas del mundo, por donde pasan unas 35.000 personas por día.

Tito aparentaba la misma edad que Eleonora, a quien miraba con tal intensidad que la pelirroja decidió abrir su celular y mostrarnos la última foto de su adorable hija. Ya delimitada la cancha, el agente

de Interpol se explayó a gusto sobre su participación en un exitoso operativo sobre el tráfico ilegal de arte.

—Acabo de participar en la operación “Pandora VI”, que involucró a 28 países, posibilitó más de 50 detenciones y la incautación de unos 9.000 objetos culturales, incluyendo piezas arqueológicas, muebles, monedas, cuadros, instrumentos musicales y estatuillas —comenzó Tito Pellegrini a modo de presentación—. La operación había empezado con un ciberpatrullaje, luego Interpol, Europol y las policías de varios países llevaron a cabo inspecciones y controles en aeropuertos y puestos fronterizos, así como en casas de subastas, museos y domicilios particulares. Al cabo de 18 meses, se lo considera un éxito —estaba por terminar cuando Eleonora, harta del autobombo, lo interrumpió:

—¿Qué sabés de los Gurlitt?

—¿Empiezo en 2010? —preguntó Tito.

—Empezá por donde creas conveniente —sugerí en tono componedor.

—En 2010 el diablo metió la cola en un tren proveniente de Suiza donde un cándido pasajero dejó caer un fajo de billetes de 500 Euros. Interrogado por la policía entró en contradicciones que motivaron el allanamiento de su departamento donde encontraron una gigantesca colección de obras de arte desaparecidas. Había centenares de pinturas apiladas de algunos de los artistas más famosos del mundo y más de mil obras sin enmarcar y enrolladas. Todo polvoriento pero sin daños visibles. El descuidado pasajero y propietario de ese museo privado era Cornelius Gurlitt, un anciano solitario que vivía en Múnich —contó él.

—¿Así lo descubrieron? —preguntó incrédula Eleonora ya involucrada en la trama de mi investigación.

—¡Sí! No estaba en la mira de nadie —respondió el joven.

—Por favor, contanos todo lo que recuerdes —le pedí.

—Había cuadros de Matisse, Renoir, Monet, Picasso y Delacroix entre otros artistas famosos que, en su conjunto, fue valuado en ciento treinta y cinco mil millones de dólares —resumió Tito.

—¿Cómo consiguió esa montaña de cuadros? —insistió ella.

—Eran de su padre, Hildebrand Gurlitt, uno de los principales marchands del Tercer Reich que colaboró con los nazis en la apropiación y reventa de cientos de miles de obras de arte. ¿Sigo? —consultó Pellegrini y yo asentí con un movimiento de cabeza.

—Hildebrand Gurlitt había llegado a ser director de museos en Zwickau y Hamburgo. Por ser judío, con el nazismo fue obligado a dejar su puesto, pero al estar casado con una alemana aria logró reinsertarse al punto de integrar el cuarteto de marchands de Hitler. El principal negocio de Gurlitt fue revender el considerado “arte degenerado” (pinturas modernas creadas principalmente por judíos y comunistas) que los nazis habían descartado de los museos, o que Gurlitt conseguía a bajo precio mediante la extorsión a coleccionistas judíos a cambio de no denunciarlos. Muchas de esas obras fueron vendidas en Suiza o París y muchas otras quedaron en su colección personal.

—¿Qué le pasó tras la caída de Hitler? —pregunté.

—Ante los aliados, Gurlitt se presentó como una víctima de la persecución nazi, argumentó que su abuela era judía y que él había sido expulsado de su trabajo en un museo. Así, logró conservar gran

cantidad de sus obras de arte.

—¡Nooo! —reaccionó Eleonora sublevada ante semejante impunidad.

—¿Cuándo aparece Cornelius Gurlitt? —insistí.

—Al morir Hildebrand Gurlitt su enorme colección de arte pasó a sus hijos Cornelius y Renate, quienes mantuvieron en secreto esos valiosos tesoros de dudosa procedencia, hasta el allanamiento derivado del incidente en el tren.

—¿Qué pasó con las obras descubiertas en el allanamiento? —continué con mis preguntas.

—Alemania estableció una división especial para ocuparse del botín de Gurlitt. Así identificaron unas 500 obras robadas por los nazis, pero apenas lograron encontrar a los herederos de cuatro de esas obras de arte. Es que pasó demasiado tiempo y los dueños originales de las obras robadas fallecieron y no se encontraron herederos que pudieran reclamarlas. En el año 2017 en Berna, y luego en Bonn y en Berlín, hubo exhibiciones donde se muestran algunas obras robadas —respondió Tito Pellegrini.

—¿Es posible hablar con Cornelius? —preguntó Eleonora, tratando de cortar camino.

—Falleció en 2014, a los 81 años, si no me equivoco.

—¿Y la hermana?

—Ya había fallecido antes.

—¿Y quien administra ese tesoro?

—Creo que lo donó pero no estoy seguro. Ya no es un tema policial —dijo Tito.

—¿Sigue funcionando esa división dedicada al botín Gurlitt? —

retomé mis preguntas.

—No, pero en lo que era Alemania Occidental está todo digitalizado. En cambio, lo que estaba del otro lado del muro sigue en las tinieblas.

Como las cervezas habían subido de temperatura, Tito hizo un gesto y pidió una nueva vuelta para reemplazarlas, entonces Eleonora aprovechó para pedir las típicas salchichas y yo no pude resistirme.

Esa misma tarde, con Eleonora, empezamos a atar los cabos sueltos que nos dejara Tito antes de que regresara a su trabajo en el moderno edificio de Interpol.

Con la ayuda de Internet, descubrimos que Cornelius Gurlitt había legado las obras de arte que quedaban en su poder al Museo de Berna, en Suiza. Luego de una búsqueda por el listado de pinturas donadas no encontramos ni un Vermeer, ni tampoco una pintura titulada “El geógrafo”. Sin embargo había una nota informando que algunas obras donadas por Gurlitt no habían sido aceptadas por el museo ante su dudosa autenticidad. ¿Podría tratarse de un Vermeer falso?

Aunque Eleonora sugirió viajar de inmediato a Berna, primó mi instinto de conservación y decidimos hacer la consulta por Whatsapp.

La oficina de informaciones del Museo de Berna, respondió que derivarían la consulta a la curadora del museo, quien respondería a la brevedad posible.

La duración de un plazo definido como “a la brevedad posible” es muy distinta para un argentino que para un suizo, por eso nos sorprendió que, a los pocos minutos, la curadora respondiera nuestra consulta.

«Museo de Bellas Artes de Berna, Suiza:

A nuestro entender, en el patrimonio de la familia Gurlitt no había obras de Vermeer. De haber pasado por sus manos las hubiera cedido a Hans Posse quien gozaba de la prioridad otorgada por Hitler».

—Esto parece el cuento de la buena pipa —reconoció Eleonora—. ¿Quién demonios era Posse?

XXIV. Bellas Artes

En su trayecto desde Morón hasta el Museo de Bellas artes, primero por el acceso Oeste, luego por la Gral Paz y finalmente por la avenida del Libertador, la comisaria Aberanda disfrutó de la paleta de colores del otoño; los fresnos formaban colchones de hojas amarillas por doquier, los crespones pintaban de rojo las veredas y los liquidámbar mutaban al púrpura.

Ya en el centro verde de Buenos Aires, Anahí estacionó su trajinado Jeep e ingresó al edificio del museo, esquivó la cola de los turistas que esperaban para visitar las salas de exposición, y se dirigió a la biblioteca, que acababa de abrir sus puertas.

—¿Llegaste bien? —preguntó el Licenciado Clemens y, tras el gesto afirmativo de ella, agregó—. Como no tengo oficina, y el subte H me trae directo, suelo trabajar en este museo. Hoy llegué a las 10, desayuné en la confitería de la Asociación Amigos y a las 11 hs, cuando abrió la sala de lectura fui el primero en entrar.

—Yo también llegué temprano, pero primero me confundí y esperé en una cola que resultó ser para la visita guiada.

—Ya que estamos en el MNBA, hay que reconocer que las autoridades de este museo lograron probar que no tienen un solo cuadro sin el adecuado respaldo de la documentación de compra o donación —comenzó Clemens con su incómoda vocecita—. Sin embargo, no pueden demostrar de dónde provenían esas obras más atrás: ¿a quiénes se las compraron los donantes?, ¿cómo, cuándo y quién las trajo al país?

—¿Querés escuchar lo que me comentó Schávelzon? —lo interrumpió ella.

—Bueno, aprovechemos que acá está permitido hablar y no te chistan como en la Biblioteca Nacional —respondió el Licenciado.

—Te cuento. En un momento de ansiedad y bloqueo mental, se me ocurrió consultar a tu amigo sobre la posibilidad de que “Kurth el falsificador” pudiera haber ensamblado las tres piezas de orfebrería rusa, engarzado las piedras sueltas y “resucitado” un huevo Fabergé. La respuesta, fue que no descarta que *«Kurth hubiera podido ensamblar las partes de un Huevo Fabergé desmontado»*. A partir de esa respuesta, releí la biografía escrita por Schávelzon y encontré una frase esclarecedora: *«Kurth trabajó durante años con la traficante internacional Paula von Koenigsberg»*. Es decir que doña Paula no solo tenía en su poder las tres piezas sino que contaba con el orfebre capaz de reconstruir el huevo Fabergé —concluyó Aberanda en tono triunfal.

En contra de lo esperado, Clemens no compartió la excitación de su compañera de equipo, sino que, con un gesto de arrogancia, deslizó una duda.

—Tu razonamiento es correcto pero nunca escuché que Kurth fuera orfebre. Al menos no surgió durante nuestra búsqueda de ayer y antes de ayer—sentenció presuntuoso, acariciando su barba blanca.

Ante el incómodo silencio de la comisaria, el Licenciado buscó en su *notebook* y mirando la pantalla comenzó a leer.

—*«Entre 1945 y 1947 trabajó en un galpón del puerto... »*.

—¡Es el que regenteaba Paula von Koenigsberg! —interrumpió Aberanda con firmeza.

—*«A ese depósito en la zona aduanera»* —continuó Clemens, con más ínfulas, sin levantar la vista— *«llegaban cajones de madera*

bajados de los barcos que debían abrir con mucho cuidado. Cada clavo debía salir limpio para poder más tarde volver a ser colocado en el mismo agujero. Adentro, tras otra lona limpia y varias vueltas de telas que los protegían, había cuadros, esculturas, vajillas, muebles, lámparas de caireles, cristales tallados, mesas desarmadas, tapices enrollados, objetos a veces rotos pero valiosos». ¡Ni una palabra de orfebrería!—se jactó el Licenciado, con su voz de pito.

—Pero menciona vajillas y lámparas que suelen forjar los orfebres —retrucó Anahí—. Además, hace referencia a objetos rotos pero valiosos, como los tres que figuran en el catálogo de la exposición de doña Paula, su patrona.

—Sin embargo, en otro párrafo menciona sus habilidades y no se vinculan con la orfebrería —insistió él, y leyó—. *«Yo me ocupaba de borrar las inscripciones, tanto de la caja que había que lijar prolijamente, como de cada cuadro u objeto. Usaba lavandina, lija, cepillos o lo que fuese posible de inventar. Si era una etiqueta tenía que quitarla y pegar otra encima del mismo tamaño pero con diferente nombre que me indicaba mi patrona. Si era pintura tenía que borrarla o disfrazar los números o letras. Incluso me ordenaron cortar algún cuadro para eliminar alguna inscripción indeleble. Yo tenía que hacer todo lo necesario para que las cosas volvieran a su lugar exacto, sin las viejas inscripciones pero sin que se notaran los cambios».*

—Estás olvidando que Kurth no trabajaba solo, sino en un equipo comandado por Paula von Koenigsberg —dijo la comisaria mirándolo a los ojos—. Te vuelvo a leer la respuesta textual de Schávelzon: *«Tal vez Kurth y su grupo hubieran podido ensamblar las 3 partes de un supuesto Huevo Fabergé desmontado».*

De mala gana, el Licenciado Clemens se mantuvo en silencio, moviendo la cabeza como para negar algo imposible de refutar con palabras. Finalmente, se encogió de hombros, suspiró y dijo: — ¿Entonces, cómo seguimos?

—No sé cómo seguir, pero creo que encontramos la punta del ovillo —comenzó ella—. Paula von Koenigsberg expuso tres piezas de orfebrería rusa, (dos tapas ovoides y un reloj miniatura,) que podrían ser partes de un huevo Fabergé desmembrado. Además, esta traficante y expositora tenía un grupo de artistas del truco que podrían haber sido capaces de ensamblar las piezas y engarzar las piedras faltantes para reconstruir ese famoso huevo imperial.

—Asumiendo que tenés razón, nada indica, ni por asomo, que se trate del Fabergé que busca mi mecenas.

—Mientras no aparezca otro, este sería el único Fabergé que llegó a nuestras costas —replicó ella, acomodándose el mechón rebelde, antes de hacerle una propuesta—. Ya pasó el mediodía, ¿qué te parece si vamos a la cafetería a comer algo?

Mientras reponían energías, la comisaria llamó a la Biblioteca Nacional en busca de novedades sobre el robo del catálogo pero la lenta maquinaria burocrática aún no había empezado a moverse.

Casi una hora después, tras regresar a la sala de lecturas, Aberanda sugirió:

—¿Qué te parece si nos concentramos en el análisis del vínculo entre la familia von Koenigsberg con Kurth y el posible Fabergé?

—Si bastara con buscar el apellido de ese orfebre ruso, la forma más rápida sería recurrir a la base de datos de este museo, pero te anticipo que eso ya lo intentó mi mecenas y terminó con las manos

vacías —dijo él, como dando cátedra.

—Jamás imaginé que fuera tan fácil, porque de ser así no nos hubieran contratado —respondió ella con firmeza—. No creo que aparezca la palabra Fabergé, pero tal vez encontremos otra mención a esas dos joyas semiovoides, con incrustaciones muy valiosas, junto a un pequeño reloj de oro, susceptibles de ser ensamblados entre sí.

—¿Entonces...? —preguntó con un gesto de soberbia.

—Si te parece, deberíamos revisar todas las exposiciones organizadas por Paula von Koenigsberg —sugirió Anahí.

—Esta mujer expuso sólo dos veces, en 1945 y 1947. El catálogo de 1945 que estaba en la Biblioteca Nacional desapareció en cuanto pedimos una copia, y en los Tribunales de Morón niegan tener un ejemplar pese a que Raula logró verlo — pontificó Clemens—.

¿Entonces, vas a seguir buscándolo ese eslabón perdido o preferís empezar por el catálogo de la otra exposición, realizada en 1947, en el Museo Fernandez Blanco?

—Empecemos ya, por la expo de 1947 —se resignó la comisaria, ya sin ganas de discutir.

—Entonces, tendrá que ser mañana, porque el Museo de Arte Decorativo ya cerró —aprovechó la buena excusa para librarse de ella.

—Bueno, mientras tanto intentaré encontrar algo sobre el Fabergé de Perón —aceptó Anahí, también aliviada.

Los investigadores salieron juntos hasta la puerta del edificio, se saludaron y cada uno caminó hacia distintas esquinas. Fue recién entonces cuando Aberanda descubrió que la seguían. De inmediato,

como un “*déjà vu*”, recordó el sangriento atentado contra la sargento Raula Díaz.

XXV. El curador del Führer

Eleonora había preguntado quién fue Hans Posse y, al no confiar en mi memoria, busqué un artículo publicado por mi colega español Sebastián Alcolea: *«Hans Posse era un curador de arte a quien Hitler le otorgó amplias facultades para conseguir las mejores obras para el museo que el Führer planeaba construir en Linz. Entre las colecciones que cayeron en sus manos se destacaban las de familias judías como Rothschild, Rosenberg, Pollak y Wolf»* —leí.

—¡Menciona a los Rothschild! —señaló Eleonora.

—Sí, era la más importante de Europa, en esa época —dije y continué leyendo—. *«Por orden de Hitler, viajó a Venecia, Florencia, París, Varsovia y Cracovia para adquirir obras maestras de Tiziano, Rafael, Canaletto, Rubens, Rembrandt, Vermeer y Van Dyk»*.

—¡Rothschild y Vermeer citados en un mismo texto! —volvió a acotar ella.

—Escuchá el siguiente párrafo: *«Hans Posse murió en 1942. Solo por casualidad sus diarios de viaje privados fueron descubiertos hace unos años y están disponibles»*.

—Disponibles, ¿dónde? —me preguntó Eleonora.

—No sé, pero ya le mando un Whatsapp a Sebastián—dije.

«Jorge Domecq:

Hola Sebastián, en un artículo mencionaste que el diario privado de Hans Posse está disponible. ¿Cómo lo encuentro? Gracias».

«Sebastián Alcolea:

Esos diarios están en el Museo Nacional Germánico de Núremberg».

—Estaría bueno conocer Núremberg —propuso mi traductora, siempre lista para viajar—. Está a una hora de viaje en tren y se puede ir y volver en el día. ¿Vamos?

A pesar de mi rechazo a los viajes, como una hora en un tren alemán era un verdadero placer, acepté.

A las 9,12 de la mañana siguiente, el tren partió de Múnich con destino a Núremberg adonde llegaría 1 hora y 12 minutos después, en punto. En cuanto descendimos del tren, bajo un cielo plomizo, salimos de la estación y tomamos un taxi, cuyo chofer resultó ser hijo de padre uruguayo y madre alemana, lo que le permitía hablar Español.

—En la escuela nos muestran imágenes de cuando ésta era una magnífica ciudad amurallada sede de emperadores, después vienen de fotos en blanco y negro con el 90 % del territorio urbano destruido por las bombas y, finalmente, las fotos a color de esta nueva y hermosa ciudad que surgió de las cenizas.

La conversación con el taxista duró poco porque enseguida llegamos al “Museo Nacional Germánico”, dedicado a la Historia de la Humanidad y que cuenta con casi un millón y medio de objetos, incluyendo una biblioteca de libros incunables y un inmenso archivo de documentos históricos.

Cumplida nuestra acreditación, exhibiendo siempre la carta de presentación de la Fundación Rothschild, fuimos guiados hasta la sala de lectura donde teníamos a nuestra disposición un amplio escritorio con su respectiva terminal de acceso a la computadora central. Para nuestra satisfacción, el diario de Hans Posse no solo estaba digitalizado e impreso en letras de imprenta sino que le habían

agregado una inmensa cantidad de notas al pie.

Gracias a sus conocimientos informáticos, Eleonora buscó la palabra Vermeer dentro del extenso texto de Posse y, por fortuna, encontró varias menciones. La primera estaba entre las prioridades de Hitler para el museo de Linz: Rembrand, Vermeer, etc . Otra mención era la siguiente: *«Cuando el Führer ordenó incautar «El astrónomo» del holandés Vermeer, para su colección personal, yo le susurré que esa pintura incluía una referencia evidente al detestado mundo hebraico. Sin embargo, en 1939, ese cuadro fue confiscado de una de las mansiones de los Rothschild en París y llevado al museo Jeu de Paume, para ser inventariado y marcado al dorso con la cruz gamada»*. En otra parte de su diario, Posse hace una evaluación de su gestión. *«Aunque yo mantenía informado al Führer de mis viajes de compra de obras de arte para el museo de Linz, a los doce meses presenté mi primer informe anual detallando la adquisición de cuatrocientos sesenta y cinco cuadros solamente en un año. Además, con sumo respeto, le recordé al Führer que era imperativo obtener obras de Vermeer, Rubens y Rembrandt para poseer una colección satisfactoria, y mencioné que seguía sin aparecer un Vermeer que debería haber estado en las colecciones nacionales del Städtel Museum de Frankfurt»*.

—¡Estaba hablando de “El geógrafo” —exclamé ante la sorpresa de Eleonora.

—¿Qué? —reaccionó ella, mientras acomodaba su cabellera roja con un leve movimiento de cabeza.

—Hans Posse dice que no pudo encontrar “El geógrafo”.

—Pero no lo menciona.

—Creo que era el único Vermeer de ese museo

—¿Estás seguro?

—Al menos, nunca encontré nada en contrario.

—¿Entonces...?

—¿Ya estás pensando en ir a *Frankfurt*? —pregunté.

—Si te parece intento con Internet.

Como estuve de acuerdo, ella rápidamente encontró e ingresó a la página del Museo Städel y comenzó a leer: «*Fundado en 1815, ofrece a los visitantes una visión prácticamente completa de 700 años de arte. Entre las colecciones más destacadas se encuentran obras de artistas como Cranach, Durero, Botticelli, Rembrandt, Vermeer, Monet y Picasso*»...

—Por favor, salteá la introducción y buscá “El geógrafo” —la interrumpí.

—“*El geógrafo de J. Vermeer, 1669*” —comenzó a leer—. «*Óleo sobre lienzo, 51,6 x 45,4 cm. Incorporado en 1885. La obra: “El geógrafo” acaba de medir distancias en un mapa con su brújula; ahora hace una pausa para pensar. El globo terráqueo y el mapa de la pared representan el estado del arte de la cartografía, en la que los Países Bajos fueron pioneros. El primero presenta las costas de Europa, el segundo el Océano Índico, una importante masa de agua para la economía basada en el comercio marítimo del país. Sin embargo, la obra no es un retrato ni cuenta una historia. Con medios pictóricos, Vermeer se esforzó por capturar el momento en el que el geógrafo contempla el mundo en su mente*».

—Volvé a donde menciona “incorporado en 1885” y tratá de ampliar esa información —insistí.

—Es un dato cerrado. No tiene posibilidad de ampliación — respondió ella—. Para obtener detalles precisos sobre la historia de propiedad de esta obra en particular, deberíamos contactar directamente al Museo Städel en Frankfurt. Pero, si no querés atravesar Alemania en tren, podemos intentar por email.

—Me parece bien. Vamos, lucite con tu Alemán —la animé y ella redactó y envió.

Como estábamos dentro del horario de oficinas, la respuesta del museo no se hizo esperar:

« Städtel Museum Frankfurt am Main:

El anterior propietario de “EL geógrafo” exigió que en la donación de 1885 no figurara su nombre».

—¿Esto es todo? ¿Así trabajan los funcionarios alemanes? Le voy a hacer otra pregunta, aunque más no sea para molestarlo — reaccioné y mirando a Eleonora le pedí que le preguntara si son ciertas las denuncias de que “El geógrafo” que exhiben en ese museo no lo pintó Vermeer, sino que es una copia.

Divertida por mi rabieta, Eleonora me siguió el juego y envió el insólito mensaje. La pronta respuesta fue:

« Städtel Museum Frankfurt am Maint :

Si tiene dudas venga a revisar el cuadro personalmente».

Sin poder contener la risa, Eleonora echó nafta al fuego: —¡Te mojaron la oreja! Ahora vas a tener que ir a poner la cara —dijo mi traductora y tuve que morderme los labios.

Un rato, después, mientras caminábamos por el hermoso barrio antiguo de Núremberg, Eleonora se animó a decirme que en realidad el tren tardaba solo dos horas para unir Núremberg con Frankfurt y de ahí a Berlín solo nos separaban 40 minutos en otro tren.

XXVI. El búnker de Perón

En cuanto salió del Museo de Arte Decorativo y detectó que la seguían, Aberanda cambió de planes: en vez de pasar a retirar su jeep, decidió dejarlo en el estacionamiento y tomar un taxi para alejarse del lugar.

A falta de una idea mejor, le pidió al chofer que la llevara al edificio que la agencia de noticias Reuter tiene en El Bajo.

Al descender frente a la enorme torre vidriada, con vista a la Reserva Ecológica, la comisaria detectó un auto sospechoso, con los vidrios exageradamente polarizados que impedían ver su interior. Sin embargo, con la mayor naturalidad posible, ingresó a la recepción y pidió ver a Simón Weis. Cuando la empleada le informó que Weis ya no ejercía funciones, Anahí insistió en que se trataba de una visita personal y la derivaron al primer piso.

La secretaria de Weis era una joven alta, elegante, intensamente morena, con unas prolijas trenzas afro, quien la hizo pasar a una pequeña sala donde, sentado en un antiguo sillón digno de un museo, la esperaba un hombre mayor, encorvado, que la saludó con voz suave pero clara.

—¡Hola comisaria! Siéntese por favor. ¡Qué raro verla sin ese plomo de Domecq! —bromeó el anciano mientras la observaba con atención.

—Nuestro amigo Domecq es un afortunado que anda currando por Europa.

—No sé por qué no me sorprende —dijo el hombre calvo, de rostro pálido y apergaminado, con nariz aguileña y párpados caídos—. ¿Qué la trae por acá?

—Estoy investigando un huevo Fabergé que parece haber estado en manos de Perón, porque durante su presidencia compraron un conjunto de piezas de orfebrería rusa, con un reloj miniatura, “susceptibles de ser ensamblados”. Mi Pregunta es: ¿cómo sigo la pista de esas piezas entre los tesoros de Perón?

Con no poco esfuerzo, el señor Weis, estiró el brazo para alcanzar una *tablet* que tenía a su lado, y comenzó a teclear usando sólo el dedo índice de su mano derecha.

—No me aparece ninguna mención, salvo el pie de una foto borrosa que dice: “Perón en su bunker, observando una joya de orfebrería de los zares de Rusia”.

—¿Sería tan amable de reenviarme el *link*?

—Por su puesto, además le sugiero que le pida a mi secretaria que le permita acceder a los datos sobre el bunker de Perón, como así también a su herencia, que no toda fue para Isabelita —concluyó el anciano con una voz cada vez más baja mientras que, sin levantarse, le extendió la mano para saludarla y dar por terminada la reunión.

La secretaria de Weis la llevó hasta una oficina, donde el mobiliario de madera noble había sido reemplazado por mamparas de vidrio y metal, y la invitó a sentarse junto a ella, frente a una terminal de la red de computadoras. Celia Cruz resultó ser una muchacha encantadora, voluntariosa pero sumida en el aburrimiento desde que su jefe se había alejado de las funciones ejecutivas. Por lo tanto, encantada de poder sentirse útil, asumió el pedido de información como si se tratara de su propia tesis doctoral y comenzó a revolver Cielo y Tierra.

—Mire comisaria, acá encontré un documento sobre el búnker de Perón. Si le parece, le voy leyendo y usted me dice si sigo...

—Por favor, tuteame y no me digas comisaria. Mi nombre es Anahí.

—De acuerdo, Anahí, empiezo a mostrarte si te interesa lo que aparece en pantalla te lo bajo a un *pendrive*.

Al cabo de una hora, sin ninguna referencia al Fabergé, pero con un dispositivo UBS repleto de información vinculada a su búsqueda, Aberanda le agradeció a Celia y le preguntó si el edificio tenía otra salida además de la principal.

Minutos después, acompañada por la secretaria de Weis que se había ofrecido a ayudarla, la comisaria salió por el portón para vehículos que daba al contrafrente del edificio Reuter, tomó otro taxi y se dirigió a buscar su Jeep.

Al regresar a la sede del Museo de Arte Decorativo, sobre la avenida del Libertador, Aberanda bajó del taxi, ingresó a los jardines como para sacar entrada y, tras confirmar que nadie la seguía, volvió a salir. Finalmente, caminó hasta la playa de estacionamiento donde había dejado su auto, lo retiró y tras una serie de maniobras distractivas, enfiló hacia Lugones, en dirección a la avenida General Paz.

Ya de regreso en el departamento de Morón, Anahí llamó a su madre y tras escuchar las quejas de la pobre víctima de las diabluras de los nietos, le pidió que la comunicara con sus hijos. Como era de esperar, el más chico pidió helados y el más grande reclamó una salida al cine. Luego de conformarlos con promesas de muy cercano cumplimiento, cortó. Recién entonces, comenzó a revisar las cámaras

de seguridad personal que ella había instalado en su departamento como complemento a las del municipio. Pasado un rato, aburrida de esa pérdida de tiempo, decidió darse un largo baño de inmersión.

Pese a sus intentos de mantener la mente en blanco, una y otra vez revivía como *flashes* los dos momentos en que se sintió seguida y vigilada. Una mientras caminaba por Libertador y otra al bajar del taxi, frente a Reuter. Lo que realmente enervaba su sistema nervioso era ignorar quién la tenía en la mira. En cambio, el por qué era más fácil de imaginar: debía ser algo relacionado con el Fabergé.

Después de un baño relajante pero insuficiente, se dirigió a la cocina, sacó de la heladera tres empanadas que su madre le había preparado el día anterior y las metió en el horno eléctrico. Al tiempo que se calentaban, puso un mantel individual y una copa de vino junto al teclado de la PC y, minutos después, comenzó a comer y trabajar al mismo tiempo. Mientras la mano izquierda sostenía la empanada, la mano derecha movía el *mouse* o tipeaba en el teclado.

En cuanto conectó el *pendrive* de Reuter a su PC, Anahí seleccionó el archivo sobre el búnker de Perón. Como no tenía la menor idea del tema, comenzó a leerlo desde el principio. «*El edificio Atlas, construido en 1952 con fondos públicos aportados durante el peronismo, no solo fue el más alto de Buenos Aires hasta 1966, sino que además escondía un búnker antibombas, para que Perón se pudiera esconder en caso de guerra nuclear. Luego del Golpe Militar de 1955 el edificio fue expropiado y quedó en manos de la Fuerza Aérea Argentina, quienes le cambiaron el nombre por el de Alas. El búnker, construido por científicos nazis llegados al país al finalizar la 2ª Guerra Mundial, estaba compuesto por un living con sillones y un*

televisor, cocina, dos dormitorios recubiertos en madera, un baño hecho en mármol, calefacción, teléfono, generador eléctrico y además había, una descomunal caja fuerte, que tenía una puerta de 5 toneladas y una vez dentro de la misma había un gran martillo para romper la pared del fondo que era de yeso y que comunicaba a una vía de escape secreta que salía directamente al Edificio Atlas. Al ser descubierto luego del golpe militar, el búnker fue mostrado como un lujo del peronismo. Luego fue desmantelado y destruido. Al respecto, hay una leyenda que dice que las cajas fuertes con el tesoro de Perón todavía se encuentran enterradas debajo de ese edificio».

XXVII. Frankfurt

Frankfurt , la ciudad de nacimiento Goethe, al igual que la mayor parte de Alemania, fue gravemente dañada durante la Segunda Guerra Mundial y posteriormente reconstruida. El edificio del Städtel Museum no tuvo mejor suerte y fue reedificado en 1966, por fortuna gran parte de su patrimonio histórico había sido trasladado y pudo ser preservado.

En cuanto llegamos a Frankfurt, con Eleonora bajamos del tren y tomamos un taxi hasta el museo. Al llegar, comprobamos que estaba abierto al público y aprovechamos para sacar tickets de acceso a la exposición permanente. Después, con la ayuda de la audioguía en español, nos dirigimos a la inmensa sala de “Pintura europea de 1300 a 1800”, y nos sentamos frente al cuadro que me quitaba el sueño: “El geógrafo”.

Con respecto a Johannes Vermeer, el audio lo presentaba como *«uno de los pintores holandeses más talentosos y originales del siglo XVII, que nos transporta a un mundo introspectivo y tranquilo. En sus interiores pintados, juega con la luz de un modo inimitable, y sus combinaciones de colores nunca dejan de sorprender. Los cuadros de Vermeer dejan una impresión indeleble. En un mundo tan convulsionado como el actual, la intimidad doméstica de sus cuadros detiene el tiempo durante un breve instante en una experiencia inolvidable de belleza y contemplación»*. Luego describía la escena con las siguiente palabras: *«El geógrafo acaba de medir distancias en un mapa con su brújula; ahora hace una pausa para pensar. El globo terráqueo y el mapa de la pared representan el estado del arte de la cartografía, en la que los Países Bajos fueron pioneros. El primero*

presenta las costas de Europa, el segundo el Océano Índico, una importante masa de agua para la economía basada en el comercio marítimo del país. Sin embargo, la obra no es un retrato ni cuenta una historia, Vermeer se esforzó por capturar el momento en el que el geógrafo contempla el mundo en su mente».

Después de un largo rato, mientras yo seguía admirando la obra en silencio, como esperando una señal reveladora, Eleonora detectó la existencia de una inmensa base de datos disponible en línea, con casi todo lo publicado mundialmente sobre ese cuadro.

De inmediato, abandonamos el salón de exposiciones y nos dirigimos a la sala de lectura. Pese a estar acostumbrados al confort de las bibliotecas alemanas, fuimos sorprendidos por aquel diseño pensado para atender hasta la menor necesidad de los investigadores que la consultaran.

Ya ubicados frente a un enorme monitor de la más alta calidad de resolución no pudimos evitar la tentación de demorarnos con un *soft* didáctico en el que se reproducía el proceso de “El geógrafo”, pincelada por pincelada, desde la tela en blanco hasta la obra terminada por Vermeer.

Aún extasiados, pero atentos al horario marcado en nuestro ticket de regreso en tren, acordamos con Eleonora concentrarnos en la búsqueda de aquellos ensayos o notas periodísticas donde se pusiera en duda la autenticidad de esta pintura atribuida a Vermeer.

El texto más contundente correspondía a una declaración firmada por la “Asociación de curadores de arte de los Países Bajos”: *«El geógrafo fue sometido a un minucioso examen material por parte de un experto equipo de conservadores, restauradores y científicos*

que utilizaron las últimas técnicas de imagen en su propio taller de restauración. Esto reveló datos sensacionales en las pinturas de Vermeer, que permiten sacar conclusiones sobre sus métodos de trabajo, su proceso de toma de decisiones artísticas y su perenne búsqueda de la composición perfecta. La literatura histórica del arte ha señalado repetidamente que Johannes Vermeer está rodeado de misterio, sin embargo, este informe logra correr un velo de siglos».

Al mediodía, cuando el madrugador desayuno en el bar de la estación de trenes había quedado demasiado lejos y nuestros cuerpos reclamaban alimentos, acepté la sugerencia de Eleonora y nos trasladamos hasta la cafetería del museo.

Luego de un largo rato de reflexión, inmerso en la frustrante búsqueda de explicación a tantos hechos inexplicables, llegué a una conclusión.

—Escuchame bien, olvídate de los horarios y disfrutá de la buena mesa hasta la hora de salir a tomar el tren, donde podremos dormir un buen rato —dije.

—¿No vas a volver a la biblioteca? —preguntó ella, arqueando las cejas.

—No. Es más, acabo de dar por terminada la investigación sobre “El geógrafo” y solo me queda redactar el informe final.

—¿Pero..., cómo..., así de golpe? —insistió, sorprendida por el inesperado cambio de planes.

—Una cosa más. Aunque terminemos hoy, tus honorarios incluirán el resto de la semana. —intenté tranquilizarla.

—¡Gracias! —dijo ella—. Pero deberías explicarme tu decisión de abandonar la investigación.

—Tenés razón, pero no quería involucrarte en algo que podría ser turbio —respondí.

—¿Turbio?

—¿Qué te parece si te repito la versión de “El geógrafo” que me contaron los Rothschild, así podrás sacar tus propias conclusiones?

—Me parece genial, porque me dejaste colgada de una rama, y no me gusta —rezongó ella.

—Mejor así, porque me interesa tu opinión. Todo comenzó cuando el titular de la cátedra de Arte Flamenco de la universidad donde estudia Olivia, la invitó a una reunión en su despacho, para contarle una historia intrigante. El profesor López Conde, dijo haber sido curador del Instituto de arte Städel donde acabamos de ver “El geógrafo” de Vermeer, donado por la familia Rochtschild después de recuperarlo de los nazis. Según ese profesor, la primera vez que tuvo “El geógrafo” en sus manos le llamó la atención la vitalidad de esta obra donde las pinceladas parecen fluir como la vida misma. Tiempo después, se trasladó al Louvre donde estuvo horas observando y examinando “El astrónomo” de Vermeer, hasta llegar a la conclusión de que pese a ser obras pintadas casi simultáneamente, tenían muchas diferencias de estilo entre sí. Finalmente, cuando logró acceder a “Cristo con la adúltera” la versión apócrifa de Vermeer pintada por van Meegeren esta obra le pareció más cercana a “El geógrafo” que “El astrónomo”. A partir de entonces, López Conde habría dedicado años a investigar en secreto hasta llegar a la siguiente conclusión: “El geógrafo” exhibido en el Instituto de arte Städel es una falsificación realizada por van Meegeren.

—¿Qué?! —exclamó Eleonora.

—Escuchá un poco más que ya termino —le pedí—. Si este profesor tuviera razón, la pintura original de Vermeer debería estar en algún lugar del mundo y Olivia sería la única heredera.

—¿Por eso se puso como loca y contrató detectives?

—¡Exacto! Según Olivia, ella comenzó por lo obvio y consultó con expertos que mediante técnicas de imágenes de reflectancia hiperespectral, confirmaron que el supuesto Vermeer que está en el Museo Städel, es falso. Recién entonces decidió buscar “El geógrafo” auténtico, pintado por Vermeer, y para eso contrató primero a Sebastián Alcolea y luego a mí.

—¿Qué opinás del tal Sebastián?

—Te debo la respuesta, porque es lo primero que quiero investigar.

—¿Pensás que a Olivia le vendieron un buzón para sacarle guita? —preguntó la pelirroja sin anestesia.

—Es una de las hipótesis pero tengo otras peores —dije.

—¿Cuáles?

—Por ejemplo, creo que nos estuvieron siguiendo.

—¿Quién? ¿Por qué? —preguntó incrédula Eleonora

Pero como ya era la hora de salir hacia la estación de trenes, preferí dejar la conversación en suspenso.

Más tarde, durante el largo viaje, mientras las gotas de lluvia repiqueteaban contra las ventanillas, los dos aprovechamos la comodidad de los asientos: yo para reflexionar y ella para recuperar sueño atrasado antes de llegar a su casa y volver a desvelarse por la bebé.

XXVIII. Herencia presidencial

Al leer que las cajas fuertes con el tesoro de Perón podrían permanecer todavía enterradas debajo del búnker presidencial, Anahí quedó atónita. Estaba acostumbrada a que la realidad desafiara a la ficción, pero si el dato no hubiera sido aportado por Reuter lo hubiera considerado una simple humorada. Lo cierto era que no podía compartir esa información con Clemens porque lo tomaría como una burla y reaccionaría en consecuencia.

Sintiéndose incapaz de ordenar sus ideas, suspendió la búsqueda de datos y aprovechó para levantar la mesa, lavar la vajilla y limpiar las migas de empanadas dispersas sobre el escritorio. Al terminar ya era medianoche, pero no tenía sentido acostarse porque las alocadas elucubraciones no le permitirían dormir. Entonces, casi por descarte retomó la búsqueda, en este caso: la herencia de Perón.

Ya por definición era un tema discutible, porque todos aprendimos que la Revolución Libertadora expropió los bienes de Perón, luego de que huyera en una cañonera de Paraguay. Entonces, ¿qué podría haber quedado para repartir entre sus herederos después de su muerte? Pese a las lógicas dudas, la comisaria se dejó llevar por la curiosidad y abrió el *link* sugerido por Reuter: «*Si bien el testamento del ex Presidente Juan Domingo Perón desapareció, su viuda logró probar la expresa voluntad de su marido a través de un testimonio notarial de 1990. Según este documento, los bienes inmuebles quedaron para la familia Duarte mientras que los bienes muebles le correspondieron a María Estela Martínez de Perón*».

Al llegar a este punto, Anahí sintió una nueva frustración, como si estuviera atrapada en un círculo vicioso. En el hipotético caso de

que Perón hubiera tenido un huevo Fabergé, y éste no hubiese sido expropiado, al ser un bien mueble lo habría heredado “Isabelita” quien, con más de 94 años, seguía vivita y coleando, en su casa madrileña de Puerta de Hierro, pero se negaba rotundamente a todo tipo de consulta o entrevista.

Cuando estaba por convencerse de que no valía la pena seguir buscando una aguja en un pajar sacudido por un huracán, sus ojos se detuvieron sobre la palabra “donación”. De inmediato, retomó la lectura: « *“Isabelita” donó su parte de la herencia a la “Fundación Paz y Amistad entre los Pueblos”, presidida por Antonio Mario Rotundo*».

Perpleja por este dato que desconocía, buscó en Internet quién demonios era este misterioso y afortunado personaje. «*Parte de la herencia recibida por Rotundo está al resguardo de un banco en Suiza. Son dos habitaciones que albergan pinturas de Rembrandt y Van Gogh, manuscritos de Leonardo y una obra de Miguel Ángel, entre otras obras de arte, joyas y bienes que le habían obsequiado a Perón*».

Al terminar de leer este párrafo, la comisaria tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no llamar de inmediato, en plena madrugada, a Clemens para compartirle este posible destino del esquivo huevo Fabergé.

Finalmente, prevaleció la cordura, postergó el mensaje para el día siguiente y se fue a dormir. Como era de esperar no tuvo un sueño tranquilo: soñó que “Isabelita” la recibía en Puerta de Hierro, en una habitación repleta de huevos Fabergé.

A la mañana, antes de que sonara el despertador, cuando el canto de los zorzales anunciaba el amanecer de un luminoso día de

otoño, Anahí se levantó, tomó un vaso de agua, encendió la Pc y redactó un mensaje de *Whatsapp*.

«Anahí Aberanda:

Gracias a la agencia Reuter, encontré tres pistas sobre el destino de las joyas y otros objetos valiosos que pertenecieron a Perón. Tendrías que preguntarle a tu “mecenas” si quiere investigar las tres pistas o sólo dos, una o ninguna: (1) Los que en 1955 derrocaron a Perón, expropiaron y se “apropiaron” de sus bienes. (2) Los inmuebles de Perón fueron heredados por la familia Duarte, mientras que los bienes muebles le correspondieron a “Isabelita” Martínez. (3) La viuda donó esos bienes muebles (¿todos o parte?) a la “Fundación Paz y Amistad”, manejada por un tal Antonio Rotundo. Espero tus noticias».

Poco después, cuando recibió un mensaje de texto, Aberanda imaginó una rápida respuesta de Clemens, pero en realidad se trataba de noticias de Domecq.

«Jorge Domecq:

¡Hola! Espero que no te hayas metido en otro despelote. Te cuento, ando como maleta de loco: de Madrid a Berlín, luego a Múnich, Nuremberg y Frankfurt. Ahora estoy aprovechando la excelente conectividad del tren que me lleva a Berlín, como paso previo a mi vuelo de regreso a Madrid. Estuve buscando “El geógrafo” de Vermeer, propiedad de la familia Rothschild, pero tengo la sensación de que me están usando como distracción de una maniobra que no comprendo bien pero debe ser millonaria. Europa ya no es lo que era y cada vez se parece más al Tercer Mundo. Contá algo. Cuidate.

Domecq».

Cuando se disponía a responderle a Domecq, Aberanda recibió un *Whatsapp* de Clemens.

«Licenciado Clemens, Detective de Arte:

Buen trabajo Aberanda, de las tres opciones, mi mecenas prefirió comenzar con Isabelita. Mañana viajo a Madrid para verla. Después te cuento».

Furiosa por quedar fuera del viaje a Madrid, a pesar de haber sido ella quien descubrió la pista de la herencia, solo respondió:

«Antes de viajar depositame los honorarios».

Después de un desayuno tardío, mientras escuchaba música de Tarragó Ross, Anahí decidió responderle a su amigo Domecq y, de paso, consultarlo.

«Anahí Aberanda:

Por acá sin grandes novedades, pero con una pregunta: ¿cómo puedo saber si el Fabergé que tenía Perón quedó entre los objetos expropiados por la revolución de 1955? Cariños».

La respuesta no se hizo esperar.

«Jorge Domecq:

Por ser un tema políticamente sensible, ese listado debe estar

guardado bajo siete llaves. Me parece que Interpol podría ser más accesible que los archivos de nuestro país. Suerte».

Siguiendo el consejo de Domecq, Anahí le escribió a Ariel Tello, agente de Interpol, con sede en París.

«Anahí Aberanda:

Hola Ariel, sigo buscando el Fabergé que perteneció a Perón y quisiera saber si pudo estar incluido entre los bienes que le expropiaron a partir de 1955. Cariños».

«Ariel Tello, Interpol:

¡Hola, qué alegría tener noticias tuyas! En principio te paso el link de uno de nuestros archivos. Si no te sirve, busco más. Cariños».

Llevada por la ansiedad, la comisaria buscó el link, que resultó pertenecer a la “La Fundación Paz y Amistad entre los Pueblos” y comenzó a leer: *«Esta Fundación inició acciones legales contra el banco Ciudad, que tiene la guarda legal de los bienes de Perón, que incluyen autos, obras de arte, alhajas y muebles, por unos 1000 millones de dólares, y que nos fueran donados. Dicho banco es responsable de la pérdida del 95 por ciento de los bienes muebles que pertenecieron a Perón y Eva. Todo comenzó en 1955, con el golpe militar que derrocó al entonces presidente Perón y confiscó los bienes de todas las casas que habitaban Perón y Eva; entre ellas, la casa de San Vicente, la que estaba ubicada donde se encuentra la Biblioteca Nacional y otra sobre la calle Gelly y Obes, que hoy ocupa el*

Ministerio de Seguridad. Lo recolectado fue dado en guarda al Banco Ciudad, en ese entonces Banco Municipal de la Ciudad de Buenos Aires. Todo fue inventariado y registrado por la Escribanía General de la Nación. Eran más de 5000 lotes, miles de objetos, pero hoy sólo queda el 5%».

XXIX. La gran estafa

En la lluviosa Berlín, luego de despedirme de Eleonora, previo pago de sus bien ganados honorarios y viáticos, me dirigí al aeropuerto y subí a un avión de línea española que me llevaría de regreso a Madrid.

Al ojear la revista que promocionaba el turismo en España encontré una nota que, de inmediato, me recordó a Olivia: *«El caballo andaluz, también llamado de Pura Raza Española, es uno de los animales más fascinantes y apreciados debido a su singular belleza, versatilidad y carácter disciplinado. Procedente de Andalucía y conocida por todo el mundo, esta raza equina es una de las más antiguas que se conocen. Por su robustez y agilidad, fue la raza característica de los caballos de combate de época medieval. En cuanto a su comportamiento, el atributo más destacado del Caballo Andaluz es, sin duda alguna, su dócil temperamento, apacible y de fácil trato»*.

Luego de esa introducción, me dediqué a disfrutar de las magníficas fotos de potros, yeguas y potrillos.

Inesperadamente, al seguir avanzando en la lectura de la revista, me topé con ese apellido holandés que me quitaba el sueño: Vermeer. *«El Rijksmuseum de Ámsterdam cuelga el cartel de “no hay entradas” para la exposición de Vermeer. Cuatro días después de iniciada la venta de tickets, el museo restringe temporalmente la venta para la muestra dedicada al pintor, considerada uno de los platos fuertes de la temporada cultural europea»*.

Más allá del problema de las entradas, la mención a Vermeer me retrotrajo al debate interno sobre cómo enfrentar a Olivia quien –

probablemente- me había usado como cortina de humo para una extraña maniobra, cuyo alcance todavía yo no lograba descifrar.

Una vez en el aeropuerto de Barajas tomé un taxi hasta Colmenar Viejo. El sol madrileño era abrasador y el aire acondicionado del vehículo carecía de potencia. Transpirado y de mal humor, llegué a la residencia Rothschild, pregunté por Olivia y me respondieron que estaba por llegar, pero que don Sebastián Alcolea me estaba esperando.

Aunque prefería hablar con la dueña del circo y no con el ventrílocuo, avancé por la galería donde, en su silla de ruedas, don Sebastián dormitaba.

—A tu edad no es bueno tomar tanto vino con las comidas — metí cizaña.

Sorprendido por mi presencia y por mis dichos, el viejo experto solo atinó a defenderse.

—¡Que no es el vino, hombre! Es el sol y los años.

Como no le festejé lo que él creía una frase ingeniosa, reaccionó con un golpe bajo.

—¡Te has rendido, nomás! —prejuzó.

—¿Rendirme? ¡Jamás! ¿De dónde sacaste eso?—retruqué sabiendo que tenía la carta ganadora.

—Según Olivia, vuelves con las manos vacías —dijo Sebastián.

—¿Manos vacías? ¡Jaaa! —fingí una risa pero sonó a falsete—. Me pidieron que buscara “El geógrafo” original de Vermeer y lo encontré.

—¡¿Qué?! —exclamó y, de no estar prostrado, hubiera pegado un salto.

Como su reacción no fue la que yo esperaba, Sebastián me confundió al punto de hacerme creer que podría no haber sido cómplice de la farsa. Ante la duda, decidí barajar y dar de nuevo.

—Necesito ir al baño, nos vemos cuando venga Olivia —dicho esto me dirigí a la habitación de huéspedes.

Después de una larga ducha y con otra ropa, cuando la mucama llamó a mi puerta salí en busca de la anfitriona, dispuesto a escuchar antes de hablar.

—Bueno, bueno, por fin vamos a saber qué te asustó tanto como para abandonar todo y regresar a Madrid —me recibió Olivia, pronunciando la “d” final como la “z”, tal como suelen hacer los madrileños.

—Nunca mencioné la palabra susto —argumenté.

—¿Entonces?

—Regresé porque mi investigación había terminado.

—¿Te diste por vencido?

—¡No!

—¿Entonces?

—Encontré lo que buscaba —afirmé mirándola a los ojos.

—¿“El geógrafo” original de Vermeer? —dijo ella arqueando las cejas y con voz leve, como temiendo romper un hechizo.

—¡Sí!

—¿Vas a decirme dónde está...?

—¡Por supuesto! Está en Alemania.

—¿En cuál ciudad?

—En Frankfurt. En el “Städtel Museum”.

—¡Pero esa es una falsificación! —reaccionó ella con controlado

enojo.

—¡Estás equivocada! —afirmé, tajante.

—¿Acaso el profesor López Conde está equivocado?

—¡Sí!

—¿Y las pruebas con técnicas de imágenes de reflectancia hiperespectral?

—¡También!

—¿Todos están equivocados?

—O mienten —dije y Olivia, atónita, enrojeció de furia.

Después de unos interminables segundos la heredera se recompuso y preguntó:

—¿Por qué mentirían?

—Esa es la verdadera pregunta y yo no tengo respuesta, salvo intuir móviles económicos.

—¿Móviles de quién? —preguntó tratando de controlar su tono de voz.

—¿Quién y por qué?, son preguntas para la policía, no para mí. Yo tenía que buscar un original de Vermeer y, con más astucia que conocimientos especializados, lo encontré. Por lo tanto, ya podés decirle a tu contador que me prepare un cheque adecuado a mi exitosa investigación. Chau —dije y amagué irme.

—¡Espera Domecq! Nadie te pagará un céntimo en base a tu juego de palabras. ¡Quiero pruebas! —exigió Olivia de Rothschild con voz autoritaria.

—Las pruebas surgirán de estudios serios, hechos por profesionales competentes, no como los que te han asesorado hasta hoy —dije mirando a don Sebastián.

—¡No entiendo! —reconoció, desbordada por una situación que ella jamás hubiera imaginado.

—En el supuesto caso de que seas inocente, lo más probable es que personas allegadas a vos te hayan convencido de gastar fortunas buscando algo que nunca perdiste y siempre estuvo en su lugar.

—¿Qué? —se sorprendió Olivia mirando sucesivamente a Sebastián y a mí.

—Querida Olivia, ya te di mi opinión. Como te maginarás no voy a acusar a nadie sin pruebas. Los juicios por calumnias son carísimos y no quiero malgastar los euros que acabo de ganar. Ya dije todo lo que tenía que decir. Además, ya debe haber llegado el taxi que pedí para regresar a Barajas rumbo a mi tierra. Fue un placer conocerte —dije respetuosamente y me retiré, *mutis por el foro*, esperando el aplauso de un público inexistente.

«Tendría que haber zamarreado a Sebastián para ver si realmente no podía sostenerse sobre sus piernas o lo del envenenamiento en Rusia era otra mentira de la gran estafa» —pensé, imaginando la grotesca escena.

Con el *voucher* que me entregara el contador de Olivia, me presenté en el aeropuerto de Barajas y me ubiqué en la clase *Premiun* de un avión de línea española.

Aprovechando la excelente conectividad de ese moderno Boeing, comencé a escribir un largo mensaje para Anahí, narrando esta insólita experiencia como detective de arte, donde el éxito consistía en fracasar.

«Jorge Domecq:

¡Hola muchacha! Ojalá hayas avanzando en tu búsqueda del huevo Fabergé que perteneció a Perón. Yo estoy volando de regreso a casa. Durante el viaje, voy a tratar de contarte mi experiencia europea pero sin adelantarte el final. Por algo, además de detective, soy novelista. Ya sabes que me contrataron para buscar un Vermeer original, donado por la familia Rothschild a un museo alemán, y que habría sido reemplazado por una copia. Después de investigar en Madrid, Berlín, Múnich, Núremberg y Frankfurt no encontré la más mínima mención a un falso “El geógrafo”. Por el contrario, cada revelación confirmaba que el original nunca había salido del Städtel Museum. Por lo tanto, me habían contratado como distracción para encubrir una maniobra dolosa. Como ya habrás imaginado, existían dos opciones: que Olivia estuviera involucrada, o que fuera la víctima elegida para sacarle plata en la supuesta búsqueda de algo que no se había perdido. ¿Qué opina tu instinto policíaco? Chau, nos vemos pronto».

XXX. Ministerio de Cultura

En base a la denuncia de “La Fundación Paz y Amistad entre los Pueblos” contra el Banco Ciudad, Aberanda se comunicó por teléfono con la amable secretaria de Simón Weis que le había proporcionado *inside information* sobre la herencia de Perón, y le preguntó cómo acceder al inventario de lo guardado en dicho banco.

En contra de lo esperado, la respuesta fue desalentadora. Si bien, desde 1955, los objetos que pertenecieran a Perón quedaron a resguardo en el Banco Ciudad como depositario judicial, en 2022, el ministro del gobierno peronista, Tristán Bauer, se reunió con el titular del Banco Ciudad y acordaron el traslado de los bienes del ex presidente Perón, los que a partir de ese momento pasaron a estar bajo la órbita del Ministerio de Cultura, sin dar intervención a la Escribanía General de la Nación.

«Esto es peor que el “cuento de la buen pipa” y ya estoy harta — masculló la comisaria—. Esos dos funcionarios no tenían facultades para decidir —solos y entre sí— la cesión de una herencia valuada en cientos de millones de dólares, para sacarla de la bóveda de un banco y trasladarla a un sórdido ministerio. Seguro que ahora me van a decir que esos objetos fueron donados a las “unidades básicas” de todo el país, cuando en realidad los deben haber transformado en *cash* para financiar campañas políticas, o algo peor».

Luego de consultar la hora y comprobar que recién era el mediodía, se cambió y salió para tomar la combi que la llevaría hasta el obelisco. Una vez allí, cruzó corriendo la avenida 9 de julio bajo un chaparrón otoñal y se refugió en la hamburguesería que adoran sus hijos. Comió algo rápido y se dirigió al ministerio. Al llegar, lo encontró

cerrado y con custodia policial. Luego de mostrar su chapa, la comisaria obtuvo una respuesta. Con el cambio de gobierno, el ministerio había pasado a ser sólo Secretaría de Cultura, pero eso era anecdótico, lo grave era que la sede estaba intervenida judicialmente por escandalosos actos de corrupción realizados por la conducción saliente.

Definitivamente derrotada, Anahí lamentó que la impunidad de los funcionarios públicos que cometen actos de corrupción se hubiera convertido en una metástasis imposible de extirpar. Harta e impotente, sin pensarlo dos veces, regresó al Oeste, directo a la casa de su madre, para reencontrarse con lo más importante de su vida: sus hijos.

Después de una hermosa velada familiar, la comisaria se despidió de su madre y de sus hijos, pero siguió pensando en ellos hasta llegar a su pequeño departamento. Recién entonces, encendió su celular y encontró un insólito mensaje de Clemens.

«Licenciado Clemens, Detective de Arte:

Ya podemos festejar. Mi viaje fue un éxito. Isabel Martínez confirmó que el Fabergé de Perón está en custodia en el Banco Municipal de Bs As. Acabo de avisarle a mi mecenas y nos felicitó a los dos».

Furiosa contra su circunstancial socio, que festejaba los dichos de una mujer de 94 años, recluida y aislada de la realidad durante décadas, le respondió de inmediato.

«Anahí Aberanda:

Lamento desilusionarte. Vas a tener que llamar a tu mecenas y

reconocer que te tragaste el verso de una mujer senil, tan desactualizada que no sabe que el ex banco Municipal hace décadas que se transformó en el banco Ciudad. Pero lo más importante es que en ese banco no queda nada de la herencia de Perón porque, en 2022, se lo llevó todo el entonces Ministro de Cultura. NOTA: Cuando digo todo, es todo, incluso el Fabergé».

En vano, Anahí esperó noticias de Clemenes. Él no se comunicó ni esa noche, ni durante el día siguiente. Recién al tercer día, recibió noticias de él por intermedio de un extraño *Whatsapp* de Ariel Tello.

«Ariel Tello/ Interpol:

Lamento la trágica muerte del Licenciado Clemens. Por favor, contame si hay algo raro detrás del supuesto accidente».

Paralizada por la inesperada noticia, Aberanda buscó la bebida alcohólica más fuerte que había en su casa. Después de un par de copas, revisó las noticias policiales.

CRÓNICA

Las autoridades judiciales de CABA investigan el asalto que culminó con la muerte de Juan José Clemens, arrastrado durante más de 100 metros por dos motochorros. El intento de robo se produjo cuando la víctima estaba por ingresar al edificio del ex Ministerio de Cultura.

Tras leer el artículo de “Crónica”, la comisaria comprendió que la muerte de Clemens, como el ataque a Raula, no eran sucesos debidos

al azar, sino atentados criminales vinculados a la búsqueda del Fabergé. ¡Y ella era la siguiente!

Llevada por su instinto maternal, llamó a su madre y le rogó que se fuera con sus nietos a pasar unos días en Corrientes, hasta que las cosas se aclararan.

A continuación, pese a lo avanzada de la noche, llamó a su colega a cargo del monitoreo en CABA y le pidió ver las imágenes de las cámaras de seguridad, frente al ex Ministerio de Cultura.

La respuesta afirmativa recién llegó a la mañana siguiente después de una larga noche durante la cual Anahí no pudo pegar ni un ojo.

Invitada por el comisario responsable del Centro de Monitoreo Urbano de CABA, Aberanda pasó largo rato observando la decena de cámaras que habían captado imágenes de los motochorros que asesinaron a Clemens, antes, durante y después del mortal ataque. Lamentablemente, como los dos atacantes habían usado casco, era prácticamente imposible aplicar el Sistema de Reconocimiento Facial que permite identificar delincuentes. Sin embargo, había varias secuencias de gran nitidez que permitían visualizar la moto, los cascos, el calzado, los guantes y un dato no menor: el asesino que arrastró al Licenciado hasta matarlo era corpulento y zurdo.

Si bien toda esa información obraba ya en poder de la justicia, a Anahí le sirvió como punto de partida de su propia investigación y, a falta de una pista mejor, decidió rastrear los datos de la moto utilizada por los asesinos.

Pese a estar de licencia por enfermedad, las oficinas de la Departamental Morón eran casi como su casa, por lo tanto la

comisaria se dirigió hasta allí y habló con el colega que la estaba reemplazando para que le permitiera acceder al sistema de información de la policía de la Provincia de Buenos Aires. Luego de una extensa búsqueda, detectó una noticia de último momento: una moto similar a la buscada había aparecido ardiendo en el cementerio de autos cercano a Fuerte Apache. —¡De nuevo Fuerte Apache! — masculló Aberanda al recordar el ataque a Raula Díaz. Eran muchas casualidades para alguien que no creía en ellas.

En búsqueda de otra herramienta efectiva, la comisaria accedió al sistema de vigilancia bonaerense y se dispuso a dedicar todo el tiempo necesario a la revisión de las diferentes cámaras hasta encontrar alguna imagen de la moto y sus malditos ocupantes.

Primero revisó las cámaras que filman el tránsito por el Acceso Oeste y se detuvo en la imagen de cada moto negra de gran cilindrada y con dos personas. Recién después de un largo rato, le llamó la atención una moto de esas características que zigzagueaba innecesariamente por la autopista. La siguió a través de las capturas de sucesivas cámaras y se alegró al verla descender a la altura del Hospital Posadas. Lamentablemente, la práctica habitual de destruir a tiros las cámaras de vigilancia ubicadas en el acceso a la gigantesca guarida conocida como Fuerte Apache, le impedían visualizar imágenes posteriores.

La conclusión era tan sencilla como peligrosa, la única forma de avanzar en la investigación era metiendo la cabeza en la boca del lobo.

XXXI. Regreso a Castelar

Castelar no es el barrio de mi infancia, pero desde que conocí a Leonor se convirtió en nuestro lugar en el mundo. Acá nos conocimos, nos enamoramos, nos casamos y vivimos todo lo felices que nos fue posible.

Si bien esa mañana, al regresar de Madrid, ella ya no estaba para recibirme, al abrir la puerta de casa me encontré con Negro, que descansaba indiferente sobre el gastado felpudo de bienvenida. De inmediato, apoyé el equipaje en el piso, me agaché, lo miré a los ojos y le hablé sin tocarlo. Como las esposas celosas que, en los *comics*, controlan la llegada de maridos fiesteros, el felino me cuestionaba con su mirada de desconfianza, recordándome que detrás de la mascota se esconde un tigre. Cuando intenté tocarle la nuca en una fallida caricia, el gato midió el riesgo y reaccionó retrocediendo hacia la cocina con un movimiento cansino con su cola. Al seguirlo comprobé que estaba prolijo y reluciente; sin dudas, mi vecina Renata lo había estado cuidando como la mejor. Aunque supuse que no debería tener hambre, traté de conquistarlo por el estómago; busqué el sabroso alimento reductor de alérgenos y se lo serví. Recién entonces pude pensar en quitarme la ropa del largo viaje y darme una ducha.

Después de cerrar la puerta del baño para evitar la inoportuna visita de Negro, comprobé la temperatura del agua, me metí en la bañera y permanecí hasta perder la noción del tiempo.

Al salir del baño, vislumbrando que tenía por delante un par de horas hasta el almuerzo, decidí encender mi pipa Peterson, para disfrutar el relajante placer de fumar en ella. Tal como me había enseñado un experto, encaré el acto de cargar la antigua y robusta

pipa como parte de un placentero ritual. Volqué en la palma de mi mano el tabaco que iba a utilizar y lo froté, dejando caer sobre una hoja de papel las hebras que se iban soltando. Con el tabaco que había caído en la hoja, llené la pipa y lo prensé hasta completar un tercio de la capacidad del hornillo. Por último, la encendí con fósforos y, al percibir el agradable aroma, comencé unas inspiraciones suaves, para evitar que el humo llegara demasiado caliente la boca, con riesgo de quemarme la lengua. Finalmente, con Piazzola como música de fondo, murmuré: «¡Esto es vida!».

Aquel mediodía de un otoño, más templado que la gris primavera de Berlín, caminé hacia el reencuentro con los sabores de “Tarzán”. Una vez que ingresé a ese bodegón de bohemios nostálgicos, saludé a los empleados y me dirigí a la cocina. En ese reducto de techos ahumados y azulejos blancos, las sartenes colgaban sobre una rústica mesada donde don Venturino picaba ajíes multicolores. Se trata de un cocinero veterano, con gran experiencia culinaria, delgado, con sonrisa cordial y ojos pequeños escondidos tras lentes empañados de vapor. Vestía delantal, camisa y gorro prolijamente blancos. Como habitué del restaurant, me permití pedirle sugerencias sobre el “menú del día” y el cocinero le recomendó el Pacú al horno relleno de nueces y especias. Satisfecho, elegí una mesa y, con euros en el bolsillo, me permití pedir la carta de vinos.

Bien comido y bebido, mientras esperaba que me sirvieran el café, decidí escribirle a Anahí, quien no había respondido el largo mensaje que le había enviado desde el avión.

«Jorge Domecq:

¡Hola Anahí! Ya estoy en Castelar y me gustaría verte. Mientras tanto, quisiera saber si recibiste el mensaje que te mandé desde el avión. Hasta pronto».

La respuesta de la comisaria Anahí Aberanda fue tan rápida como sorprendente.

«Anahí Aberanda:

Recibí tu mensaje pero no pude contestarte porque estoy en el peor de los mundos. Clemens, el detective de arte con quien estaba trabajando, fue asesinado y su muerte puede ser consecuencia de algo que descubrí. Por lo tanto, supongo que también intentarán silenciarme. Los asesinos dejaron una pista que lleva a Fuerte Apache pero, estando de licencia por enfermedad, no puedo contar con apoyo de mi fuerza para buscarlos en esa villa. Sin opciones, voy a refugiarme en Corrientes porque, como no cobré ni un peso por buscar el huevo Fabergé, no tengo resto como para escapar más lejos. Chau».

«Jorge Domecq:

Anahí, contá conmigo. Si todavía no viajaste, te paso a buscar y te llevo en mi auto. Confirmame, por favor».

«Anahí Aberanda:

De acuerdo. Ya estaba lista para salir, así que voy a cancelar el pasaje de bus y espero que me avises por el portero eléctrico».

Luego de pedirle a mi vecina que se ocupara de Negro, salí en busca de Anahí y me sorprendió el bello contraste de mi coupé roja sobre la alfombra de hojas amarillas y doradas de los fresnos que bordeaban mi cuadra. A continuación, cargué en el baúl el carrito de viaje ya vaciado de su reciente contenido y reemplazado con ropa limpia que Renata había lavado y planchado durante mi estadía en Europa.

Una vez que llegué a Morón, estacioné frente al edificio donde vive Anahí, pero no fue necesario tocar timbre porque ella me estaba esperando en el hall, en animada charla con el portero. Una vez que logré acomodar su pesada valija, iniciamos nuestro viaje.

A las pocas cuadras, la siempre alerta comisaria me avisó que nos estaban siguiendo. Se trataba de un sedan gris con vidrios polarizados que se las arreglaba para estar detrás nuestro pero dejando siempre a un tercer vehículo entre ambos. Alertado, intenté poner en práctica una maniobra que sólo había ensayado en Google Map. Subí al acceso Oeste en dirección Luján y al cruzar sobre avenida Vergara cambié bruscamente de carril y descendí por la rampa. Lamentablemente, la distancia que había entre nuestros autos era la suficiente como para que los perseguidores pudieran copiar mi maniobra. Pero eso apenas era el principio. Una vez sobre la colectora, en lugar de mantenerme en el carril izquierdo, me tiré súbitamente a la derecha y, entre bocinazos y puteadas, logré embocar la entrada al Shopping Oeste. Como un par de camiones le imposibilitaban dar marcha atrás, los perseguidores tuvieron que seguir hasta Vergara para entrar por el otro acceso al Shopping.

Mientras tanto, sin llamar la atención, yo ya había dado un pequeño giro por el *parking* para salir por el mismo acceso por el que había ingresado. Es decir que mientras nos buscaban en el estacionamiento, nosotros ya desaparecíamos raudamente por la Autopista en dirección al Camino del Buen Ayre.

Sin noticias de nuestros perseguidores y gracias al potente motor de mi coupé Chevy, una hora y pico después estábamos en Zárate, cargando nafta en una YPF de la Ruta 9, justo antes de subir al Puente de Brazo Largo. A partir de ahí, Entre Ríos nos recibió con un temporal de lluvia y viento. El vendaval inclinaba la punta de los árboles y zarandeaba mi coupé. Hojas, pasto, ramas y basura volaban en remolinos de un lado para otro. Cuando creíamos haber vivido lo peor, apareció el humo y tuvimos que detenernos a causa de un trágico choque frontal, aparentemente provocado por la baja visibilidad producto de la quema de pastizales en la banquina de la ruta. Ante la imposibilidad de seguir avanzando, decidimos desviarnos hacia Gualeguaychú donde Anahí conocía una excelente parrilla especializada en los exquisitos pescados de río.

Recién entonces, mientras almorzábamos, Anahí me planteó sus miedos.

XXXII. Mocoretá

Casi en el límite entre Corrientes y Entre Ríos, Mocoretá es un pueblo tranquilo dedicado a la citricultura pero, por sobre todas las cosas, su vida está marcada por el río Uruguay.

Cuando mi coupé roja ingresó a la humilde finca familiar, los hijos de la comisaria dejaron las cañas de pescar y se abalanzaron hacia esta llamativa máquina, similar a la de un juego electrónico. A su vez, bajo la sombra de un montecito de sauces, los padres de Anahí suspendieron la bucólica mateada para recibir a la hija pródiga.

Cansado de tanto manejar, más el estrés padecido durante la persecución, dejé que la familia disfrutara en soledad la felicidad del reencuentro y aproveché para dormir una buena siesta.

Antes de la cena, al salir de la ducha, recibí la inquietante respuesta de Simón Weiss, de Reuters, a mi pregunta sobre la muerte del Licenciado Clemens.

«Simón Weiss/ Thomson Reuters Argentina:

Según mis fuentes, la muerte de Clemens estaría vinculada a un gigantesco escándalo de corrupción internacional. Te paso el link, para que saques tus propias conclusiones».

Al abrir el link sugerido por Simón, me encontré con una reveladora nota de Lucía Salinas, para la agencia OPI Santa Cruz sobre una causa del difunto Juez Bonadío: *«Dentro de todos los elementos que secuestró la policía en la casa de Cristina Fernández en El Calafate, hubo uno que pasó desapercibido aunque merecería especial interés, por cuanto de acuerdo a que se trate de una pieza*

original o una copia, podría tratarse de un objeto valuado en no más de 5 mil pesos o de una reliquia que podría rondar los 10 millones de dólares. El objeto al que hacemos referencia es “El Huevo de Fabergé”. Para entender el valor, debemos recordar que en 1885, el zar de Rusia, Alejandro III le ordenó a su artesano joyero la construcción de un huevo de pascua decorativo recubierto de piedras preciosas. A su pedido, Karl Fabergé creó un huevo de oro con un esmalte exterior blanco, que se abría en dos mitades las cuales, al separarlas, revelaban una yema de oro, que a su vez se abría y revelaba otra sorpresa: una gallina de oro sentada en un nido paja, todo en oro. Este sería el primero de una seguidilla de 69 huevos más con distintos motivos, pero todos con piedras preciosas, oro, zafiros y brillantes pulidos, que hoy son las joyas más caras del mundo. Teniendo en cuenta que en la casa de El Calafate no se encontraron chucherías sino valores inconmensurables en joyas, obras de artes, pinturas, manuscritos históricos, etc, no sería extraño que podría tratarse de un Fabergé original, con lo cual el valor de lo secuestrado ascendería varias veces más de lo declarado».

A partir de esa lectura experimenté un debate interno. Si bien lo más prudente era alertar de inmediato a Anahí para que pudiera tomar los recaudos del caso, tal vez sería preferible dejarla disfrutar en paz la cena de reencuentro familiar y, recién después, avisarle que su nueva enemiga podría ser -nada más ni nada menos que- la Reina de El Calafate.

Finalmente, después de que Anahí ayudara a su madre a levantar la mesa y lavar los platos, cuando los niños y los abuelos se habían ido a descansar, mientras fumaba mi pipa, le pregunté:

—Tengo noticias de Simón Weiss sobre la muerte de Clemens, ¿querés que te cuente ahora o lo dejamos para mañana?

—¡Contá ya, por favor!

—Simón sugiere que la muerte de Clemens podría estar vinculada a un caso de corrupción, y me pasó esta nota de OPI Santa Cruz —dije, mientras le acercaba mi *notebook*, con el texto de Lucía Salinas.

A medida que mi amiga avanzaba en la lectura, su rostro se iba crispando hasta que -en pleno desasosiego- reaccionó con una catarata de preguntas:

—¿Qué valor real tiene el huevo encontrado en EL Calafate? ¿Se trata de un original o copia? ¿Cómo fue a parar a manos de la ex presidenta o su familia? ¿Podría tratarse de uno de los Fabergé perdidos tras la caída de los zares? ¿Y si fuera auténtico, quién, cuándo y cuánto lo pagaron? ¿Está declarado en su patrimonio con su valor millonario? —pero la más terrible de las preguntas fue—. ¿Acaso la muerte de Clemens está vinculada con la política, como los casos del fiscal Nissman y el propio Juez Bonadío? De ser así, soy boleta. ¿O no? —concluyó mirándome en busca de respuestas que yo no tenía.

—¡No tengo idea! No investigué el caso y no tengo ni el más mínimo fundamento como para opinar, pero me ofrezco a escucharte —fue lo único que se me ocurrió proponer.

—Nuestra charla puede esperar, ahora quiero averiguar más sobre el allanamiento de Bonadío —respondió tajante, la comisaria.

Con mi propia computadora, Anahí buscó y encontró un artículo de Infobae, que comenzó a leer en voz alta: «*Allanaron durante tres*

días la casa de Cristina Kirchner en El Calafate. El operativo ordenado por el juez federal Claudio Bonadío había empezado el viernes en un marco de tensión y polémica, con el ingreso de los efectivos a la residencia y una vigilia de periodistas y militantes no exenta de controversias. La investigación se da en el marco de la causa de los cuadernos de las coimas, revelaciones de corrupción por el pago de sobornos escritas por Oscar Centeno, ex chofer de Roberto Baratta y mano derecha de Julio De Vido. Se trató del último allanamiento a las propiedades de Cristina Kirchner. El primer domicilio inspeccionado fue en Recoleta y el segundo en Río Gallegos».

—¡Ni una puta mención! —masculló furiosa.

Al no encontrar la más mínima referencia al Fabergé, Aberanda buscó la misma noticia en otros medios de comunicación: «*Clarín: ¿Qué secuestró la policía en el allanamiento a la casa de Cristina Kirchner? Según supo Clarín, los efectivos que inspeccionaron cada espacio de la propiedad, que cuenta con un subsuelo, planta baja y dos pisos, escanearon todas las paredes, revisaron los techos y pisos, removiendo “todo lo que había en cada espacio desde cuadros hasta muebles”, explicaron fuentes judiciales. Al concluir el operativo, por orden del juez Bonadío se secuestró una importante cantidad de documentación e informes bancarios de muchas empresas, en CD's y pendrives que se encontraron en una de las bóvedas. Según confirmaron a Clarín, de la casa de Cristina Kirchner se sacaron a la medianoche 94 cajas con objetos de valor: antigüedades, objetos de plata y diferentes esculturas».*

Cada vez más molesta por no encontrar más menciones al huevo Fabergé de CFK, la comisaria siguió revisando otros diarios: «*El*

Cronista: En el allanamiento a la casa de CFK, en El Calafate, los investigadores encontraron una bóveda que contenía dispositivos electrónicos y carpetas con información sobre los jueces, fiscales y dirigentes políticos. A la bóveda se accede a través de una puerta de metal ubicada debajo de una escalera. Este espacio oculto sería de 2,8 metros de ancho, 1,8 metros de profundidad, y 2,20 metros de alto, según precisó el diario Clarín, y la puerta original habría sido reemplaza por la de metal que tiene actualmente. Todos los allanamientos se dieron en el marco de la causa por el presunto pago de coimas en la obra pública durante la gestión del kirchnerismo. En un informe, el Juez Bonadío aseguró que los ex presidentes Néstor y Cristina Kirchner eran los "beneficiarios finales" de la presunta "organización delictiva" que autorizaba sobrepagos en obras con el objetivo de recibir retornos».

—¡Ni una palabra del huevo Fabergé! —gritó de impotencia mi amiga comisaria.

XXXIII. Comodoro Py

A pesar de la veda para la pesca en horario nocturno, en cuanto caía el sol el Río Uruguay se llenaba de embarcaciones que depredaban ese recurso cada vez más escaso. En alguna oportunidad, la comisaria había agarrado la escopeta de su padre y tirado unas perdigonadas al aire para ahuyentar a los infractores, pero esa noche su cabeza estaba concentrada en el huevo Fabergé.

Como Simón Weiss, de la agencia Reuters, era una de las personas con mejor acceso a la información judicial, con Aberanda le solicitamos copia del listado de objetos secuestrados durante el allanamiento del juez Bonadío a CFK, en El Calafate.

Poco antes de la medianoche, cuando ya casi nos dábamos por vencidos, llegó la trasnochada respuesta de Simón:

«Simón Weiss / Thomson Reuters Argentina,

Adjunto listado del allanamiento a la ex Presidente:.

- Daga árabe en oro con piedras preciosas, presente del Sultán Salman bin Al Abdulla.*
- Un collar en oro, con incrustaciones de piedras preciosas, con inscripciones en letras árabes.*
- Un collar de la Orden de Mubaraj al Khabir, en oro, con inscripciones en idioma árabe.*
- Un collar de oro, de la Orden al Mérito de Chile.*
- Buda de oro con revestimientos e incrustaciones de piedras preciosas.*
- Escultura de fauna africana de oro, con incrustaciones de piedras preciosas.*

- *Brújula con cuadro de oro blanco TIFFANY & CO.*
- *Un tintero de oro blanco firmado por el orfebre Pallarols.*
- *Un reloj de bolsillo marca Longines, de oro blanco, serie 2350505.*
- *Una orquídea en oro blanco del artista Pallarols.*
- *Rosas del orfebre Pallarols en oro blanco.*
- *Un huevo de estilo Fabergé, de oro blanco, con incrustaciones de piedras preciosas.*

—¡Por fin! —exclamó Aberanda—. Si bien dice “huevo de estilo Fabergé” y no “huevo Fabergé”, parece lógico presentarlo de esa forma hasta tener la confirmación de que se trata del original.

—¿Y ahora qué? —le pregunté sin anestesia.

—¡No sé! Tengo que pensarlo bien. Es un importante avance, pero refugiada en Mocoetá no puedo hacer mucho y ni pienso en volver al conurbano, al menos por ahora —comenzó, ya menos tensa—. Clemens murió sin siquiera decirme el nombre del mecenas, por lo tanto resultaría tragicómico encontrar ese huevo que ya nadie me pide buscar. Sin embargo, como debo haberle pisado la cola a alguna fiera, no creo que se olviden de mí por permanecer unas semanas en Corrientes.

Fue entonces cuando me escuché haciendo una impensada propuesta: —Como a mí no me tienen identificado, podría ir a investigar por vos.

A pesar de ser una mina dura, Anahí sintió el impacto de mi generosa propuesta, pero disimuló su emoción tirando la pelota fuera de la cancha.

—Gracias, lo voy a pensar. Suficiente por hoy, me voy a dormir. La mañana siguiente, luego de un muy completo desayuno con

huevos de campo y pan casero, regresé a Buenos Aires en mi coupé.

En cuanto llegué, tras el reencuentro con Negro, llamé a mi viejo amigo el juez Romualdo Veraz quien, a pesar de llevar más de diez años jubilado, seguía al tanto de los entretelones judiciales de Comodoro Py. Cuando le pregunté qué había pasado con la causa contra CFK después de la muerte del juez Bonadío, me escribió lo siguiente:

«Doctor Romualdo Veraz:

Aunque hubiera preferido responderte en una mesa del Tortoni, te cuento: Al momento de su muerte, el juez Bonadio había terminado la etapa de instrucción de la denominada causa de los cuadernos de las coimas, que ya fue elevada a juicio oral y está en manos del Tribunal Oral Federal N°7. Bonadio había procesado a Cristina Kirchner como jefa de una asociación ilícita y de una "organización criminal que se dedicó a la recaudación de fondos ilegales" y había dictado la prisión preventiva sobre la ex presidente que nunca entró en vigor por sus fueros, primero como senadora y después como vicepresidente. Aún no se definió la fecha de inicio del proceso que estará a cargo del juez Sebastián Casanello».

«Jorge Domecq:

Gracias, ahora necesito información sobre los bienes secuestrados durante el allanamiento en El Calafate».

« Doctor Romualdo Veraz:

Los bienes secuestrados en causas penales quedan a disposición del Juez que entiende en el proceso, en este caso Casanello, a quien

intenté consultar pero me cortó el rostro. Sin embargo, la información que no te dan desde “arriba” suele obtenerse desde “abajo».

Luego de leer esta respuesta, recordé el procedimiento *non sancto* utilizado por Aberanda en los tribunales de Morón, donde había recurrido a un policía a cargo de la vigilancia nocturna. En este caso, yo conocía un veterano informante que servía café en los despachos de Comodoro Py y decidí invitarlo a un “almuerzo de trabajo”.

Al mediodía siguiente, pasé a buscar a este privilegiado empleado público cuyo horario era de 6 a 14, pero solía entrar a las ocho, para retirarse antes de las 13 hs. Hernán Gauna tenía edad para jubilarse pero no quería perder su “curro”. Era moreno, macizo y retacón, pelo corto y duro, cejas hirsutas, nariz chata y dientes amarillos. En cuanto llegamos a uno de los nuevos “carritos” de la Costanera, con muchas mejores condiciones de higiene que los antiguos, y que cuentan con gas, electricidad y agua corriente, mi invitado se apuró a pedir una parrillada, mientras yo me conformaba con un sandwich de bondiola.

Mientras nuestro pedido “marchaba” y Hernán vaciaba el primer vaso de vino de la casa, le comenté qué era lo que buscaba.

—¡Nou problema! —respondió en cocoliche—. Estás con el tipo indicado. Eso sí, estoy más seco que lengua de loro.

Ante la tan poco sutil indirecta, saqué cien euros de los cobrados en España y los puse sobre la mesa.

De inmediato, él trató de agarrarlos pero yo le gané de mano y le dije que primero quería escucharlo.

—En nuestros depósitos de Comodoro Py hay tres contenedores

con las cosas de “la doctora Cristina” y en alguno de los tres está lo que buscás —dijo manoteando el billete.

—De acuerdo, pero si querés ganarte otros cien, tenés que conseguirme el inventario de esos contenedores —propuse.

—Cien por cada uno, total trescientos euros —contraofertó al toque.

—¡Trato! Pero no quiero fotocopias borrosas—exigí.

—¿Fotocopias? Nooo, mi viejo. Te voy a traer imágenes de “celu” para que puedas ampliarlas, copiarlas o hacer lo que quieras con ellas. Si pagás, son tuyas —estaba diciendo cuando llegó su inmensa parrillada y Hernán se anudó la servilleta al cuello, para no manchar la camiseta de Boca.

Fue en ese momento cuando descubrí que, desde una camioneta negra con vidrios polarizados, nos estaban espiando.

El día siguiente lo dediqué a las imprescindibles tareas domésticas, desde ventilar los ambientes que habían permanecido cerrados durante mis viajes, hasta lavar la ropa que no iba a mandar a la lavandería. Las horas pasaron sin recibir noticias de mi informante en Comodoro Py.

El segundo día al no recibir noticias de Gauna, comencé a mandarle mensajes que no contestó.

Un día después, un noticiero informó el hallazgo de un cuerpo en el Río de la Plata, cerca de la Costanera, que según los documentos encontrados entre la ropa del occiso, correspondían a Hernán Gauna.

XXXIV Jerarcas rusos

En pleno otoño porteño, durante la época del cambio, mientras los árboles se despojaban de lo superfluo para descansar en invierno y volver a renacer en un nuevo ciclo, yo seguía rumiando mis fracasos como detective de arte. En Europa había sido incapaz de resolver el enigma del Vermeer de los Rothschild y acá había fracasado en mi intento de ayudar a Aberanda en su búsqueda del Fabergé de Perón.

Con respecto al Vermeer, si bien Anahí me sugería retomar la escritura y usar mi aciago deambular por España y Alemania como trama para una nueva novela, ni siquiera coincidía con mi opinión sobre el final de aquella historia aún no cerrada. Mientras ella creía que Olivia estaba involucrada en la estafa a su familia, yo pensaba que era una víctima inocente.

Pasaron los días, llegó el invierno y un día de frío atroz me metí en la cama para intentar dormir la siesta. Después de un largo rato en la penumbra del dormitorio, me descubrí pensando en Anahí y su enfermizo empeño en retomar la investigación hasta encontrar el huevo Fabergé. Gracias a un esfuerzo extraordinario, ella había llegado casi hasta el fondo del asunto y estaba tan cerca que no quería darse por vencida. Por intermedio de Schávelson, la comisaria podría haber intentado ubicar al mecenas que financiaba al licenciado Clemens, pero no pensaba contactarlo con las manos vacías. Sólo en caso de encontrar una pista firme, que condujera hacia el esquivo huevo Fabergé, lo encararía para exigir el pago de sus honorarios adeudados y replantear el tramo final de la búsqueda.

Cuando finalmente salí de la cama, revisé mi celular y encontré un conmocionante mensaje de Olivia.

«Olivia de Rothschild:

Hola Domecq, te escribo desde París. Ya no me sentía cómoda en España, aunque la amarga experiencia vivida debería ayudarme a madurar y desconfiar del canto de las sirenas. Ante todo te pido disculpas por mi injusto maltrato cuando puse en duda tu palabra. Tú estabas en lo cierto, me habían engañado. Un par de pillos imaginaron una forma de asegurarse una vejez económicamente tranquila, estafando a una niña rica que soñaba con estar a la altura de sus predecesores. Ahora sé que sólo sirvo para la equitación. El arte no es para alguien que ni siquiera puede distinguir el engaño ni aún mirando a los ojos del estafador. Fui víctima de una maniobra delictiva en la que se confabularon dos expertos en arte que –supuestamente- se acercaron para ayudarme. El profesor Conde, que nunca fue curador del Museo de Frankfurt, me vio tan fácil de convencer que inventó una historia para cobrarme sus honorarios. Para colmo de males, se me ocurrió pedirle ayuda a un viejo amigo de mi familia, Sabastián Alcobea, sin imaginar que su principal ingreso eran las autenticaciones de obras de arte, “a medida” de las necesidades de cada cliente. Además, acaban de informarme que las pomposas técnicas de imágenes de reflectancia hiperespectral nunca fueron aplicadas al Vermeer del Museo de Frankfurt, sino que me presentaron un certificado falso.

Mi estimado Domecq, imagino que no te resultará fácil perdonarme, y está más que justificado. Sin embargo, mi conciencia estaría más tranquila si pudiera hacer algo por ti. ¿Te interesaría un viaje a tu aire?

Quedo a tu disposición

Cariños, Olivia».

Con recelo, había comenzado a leer el mensaje intuyendo un golpe bajo que nunca llegó. Todo lo contrario, las palabras de Olivia actuaron como un bálsamo sobre mi autoestima y de pronto me imaginé dando la vuelta al mundo en un viaje *all inclusive* pagado por Olivia. Sin embargo, en ese momento pensé en Anahí y recordé que los Rothschild eran unos de los pocos y afortunados propietarios de un Fabergé. Llevado por un impulso, y antes de que pudiera arrepentirme, le contesté a Olivia:

«Jorge Domecq:

Gracias Olivia por tus palabras. Lamento que te hayan engañado y espero que la justicia española les dé su merecido. En cuanto a tu generoso ofrecimiento, creo que hay algo que podrías hacer por mí. La comisaria Aberanda, mi compañera de investigaciones en Argentina, viene trabajando en un arduo y peligroso caso: encontrar un Huevo Fabergé que perteneció al ex presidente Perón. Agotadas las fuentes de información locales y dado el privilegiado acceso de tu familia al mundo del arte, te agradecería que hicieras las consultas pertinentes para ayudarnos a encontrar alguna pista. Nota: No es fácil pedir disculpas. ¡Te felicito!».

La respuesta de Olivia fue lo más rápida y breve posible:

«Olivia de Rothschild:

¡Vale!».

Pasaron los días, el invierno se hizo cada vez más crudo, y yo seguía esperando un mensaje que tardó demasiado en llegar.

«Olivia de Rothschild:

Disculpa la demora, pero quise corroborar bien los datos antes de enviártelos. El siguiente informe está avalado por la casa CHRISTIE'S, de Londres e incluye cinco casos documentados y confirmados.

(I) En 2004, el magnate ruso Viktor Vekselberg, posiblemente el hombre más rico de Rusia, pagó US\$100 millones por nueve huevos imperiales.

(II) En 2007, la casa CHRISTIE'S, de Londres, subastó en 12,5 millones de euros un huevo de Fabergé con un reloj de diamantes en su interior. Se trataba del regalo de compromiso que, en 1905, Beatrice Ephrussi de Rothschild le efectuó a su hermano menor, el barón Edouard de Rothschild. La pieza fue adquirida por un comprador privado ruso.

(III) En 2022, una fiscal estadounidense, confiscó un lujoso yate propiedad del multimillonario ruso Suleiman Kerimov, en cuyo interior encontraron un huevo de Fabergé que podría valer millones de dólares

(IVI) En 2024, la casa londinense Wartski vendió en 33 millones de dólares un huevo de pascua Fabergé, encontrado por un chatarrero estadounidense en un mercadillo de antigüedades después de estar desaparecido desde 1902. La pieza fue adquirida por un jerarca ruso.

(V) También en 2024, durante el allanamiento a una de las propiedades del oligarca ruso Alischer Usmánov encontraron cuatro huevos de pascua Fabergé. Usmánov, muy cercano al presidente ruso, Vladímir Putin, es sospechoso de fraude fiscal y lavado de dinero.

*En fin, parecería que todos los caminos conducen a Rusia.
Buena suerte Domecq, te la mereces. Con cariño y respeto, Olivia».*

A partir de la lectura de ese mensaje, me sentí invadido por una mezcla de optimismo escéptico y pesimismo esperanzado. Incapaz de sacar una conclusión objetiva opté por reenviar el *Whatsapp* a Aberanda, sin comentarios pero solicitándole su opinión.

Pragmática como de costumbre, la comisaria decidió contactar al prestigioso Daniel Schávelson para solicitarle que se comunicara con el misterioso mecenas que había financiado a su amigo Clemens en la búsqueda del huevo Fabergé. Concretamente, Aberanda pedía que le reenviara al mecenas el mensaje de Olivia y le notificara que ella estaba dispuesta a investigar la nueva pista rusa sugerida por heredera de Rothschild.

Si bien se hizo esperar, la respuesta de Schávelson superó las expectativas de Aberanda: *«Las investigaciones del Licenciado Clemens estaban financiadas por REPO, una organización destinada rastrear los bienes de los jefes rusos. Ya les reenvié su mensaje por si quieren contactarse directamente con usted».*

XXXV. TaskForce

Llovía. Había llovido toda la noche y aquella mañana continuaba lloviendo. De pie junto a la ventana, yo estaba lo suficientemente cerca de los cristales como para sentir la fría humedad cuando el sonido de mi celular me avisó la llegada de un correo. Era de Anahí, reenviándome el mensaje que recibiera del mecenas de Clemens.

La sola lectura del emisor del *Whatsapp* bastó para alertar mis sentidos y predisponerlos para prestar la máxima atención posible: el misterioso financista de Clemens era, nada más ni nada menos, “*The Russian Elites, Proxies, and Oligarchs (REPO) Task Force*”, el grupo de trabajo creado por la Unión Europea para bloquear más de 30 mil millones de dólares en activos de los rusos, sancionados por la invasión a Ucrania.

El siguiente dato de interés para un lego como yo, fue saber que los huevos de Fabergé se han convertido en nuevos símbolos de poder en Rusia. Al respecto, la siempre eficiente Aberanda me había enviado una esclarecedora nota periodística: «*En los anales de la locura humana, es dudoso que en alguna otra ocasión se haya derrochado sangre y dinero por algo tan fabuloso y frívolo como los huevos de Fabergé. Los glorificados huevos de Pascua de los zares de Rusia, tienen una vieja historia de lujo, poder, revolución y asesinato, como así también de la ambición de los nuevos gobernantes y oligarcas rusos*».

Finalmente, venía una necesaria explicación: «*las compras de huevos Fabergé son una de las pistas que los agentes de REPO investigan para detectar cuentas ocultas de los magnates rusos*».

Mientras miraba cómo un pobre perro callejero iba y venía buscando refugio contra la fría lluvia invernal que caía sobre Castelar, noté que el mensaje de REPO era un mero cuadro de situación, sin propuestas ni alertas sobre los peligros que les costaron la vida a Clemens y a mi informante en Comodoro Py.

Mientras Negro continuaba obsesionado con las minuciosas gotas de lluvia que cegaban los cristales de mi ventana, recibí una propuesta de Anahí para reunirnos en algún bar de la zona. Pero, con tal de no salir bajo la incesante lluvia, recurrí a la remanida excusa de la vejez y argumenté un ambiguo achaque. Fue entonces cuando ella decidió venir a casa esa misma mañana.

Consciente de su instinto felino, a Negro le encanta cazar. Por eso, cuando llegó Anahí, el gato no se inmutó y permaneció inmóvil de impotencia, atento a las inalcanzables gotas de lluvia que se deslizaban del otro lado del cristal de la ventana.

—¡Qué olor a pipa! —exclamó ella a modo de saludo, en cuanto abrí la puerta.

—Es para tapar el olor a gato —retruqué.

—¿Compraste algo en España y Alemania?

—Muchas cosas, pero las comí o las bebí allá.

—¿Qué opinás de REPO? —preguntó, yendo directamente al tema que nos reunía.

—Muy interesante, pero no me queda claro si quieren algo de nosotros o fue solo una respuesta de cortesía —reconocí.

—Creo que dejaron la puerta entreabierta y la pelota está de nuestro lado.

—¿Qué pensás hacer? —pregunté.

—En principio tengo en claro lo que no quiero hacer. Priorizo a mis hijos y no voy a arriesgarme en tareas de campo como las que le costaron la vida a Clemens. Sin embargo, si REPO nos diera acceso a información que aún no hemos analizado, podríamos retomar e intentar concluir nuestra búsqueda del Fabergé de Perón —dijo Anahí, antes de mirarme a los ojos para pedirme que la ayudara.

—Voy a darte una mano, siempre y cuando tengas presente que estas investigaciones son solo changas y que tu verdadero objetivo es lograr, lo antes posible, que te reincorporen como comisaria —propuse en tono paternal.

A partir de ese momento, sin un plan previo, intercambiamos ideas, unas más locas que otras, hasta que del choque entre tantas piedras surgió la luz de un plan de acción para poner a consideración de REPO.

Esta nueva etapa de la investigación debía comenzar justo donde se interrumpió la anterior, es decir: cuando mataron al licenciado Clemens en la puerta del ex Ministerio de Cultura y tiraron al río a mi informante en Comodoro Py. Antes de esos asesinatos habíamos descubierto que un huevo Fabergé de la herencia de Perón había sido sacado de la bóveda de un banco y transferido al ex Ministerio de Cultura, durante el Gobierno de CFK, a quien — casualmente- durante un allanamiento posterior, le encontraron un Fabergé similar en su casa de El Calafate.

A esta altura de las elucubraciones, intenté dejar en claro mi preocupación por la debilidad de nuestro punto de partida: —¿Vamos a reconocer que no sabemos si el Fabergé en poder de CFK era el mismo que tenía Perón? —pregunté.

—¡Por supuesto! —contestó Aberanda y agregó—. También tenemos que aclarar que no sabemos qué pasó con ese huevo imperial después de la muerte del juez Bonadío.

—Pero si vamos a sincerarnos con REPO, debemos acompañar una copia de toda nuestra investigación previa, que no es moco de pavo —sugerí y ella aceptó.

La lluvia no había cesado y Negro seguía junto a la ventana, pero Aberanda tenía que ir a buscar a sus hijos para llevarlos a almorzar, así que “como tarea para el hogar”, me pidió que redactara el borrador para REPO, dijo “chaucito” y se fue, sin siquiera probar el café instantáneo que le había servido.

Si bien en un primer momento me molestó que Anahí me usara de escribiente, decidí no tomarme por lo trágico y reconocer que, salvo imitar a Negro, no tenía nada mejor para hacer.

Sin mirar el reloj, esperando que mi estómago me avisara cuando necesitase refuerzos, me senté frente a la Pc y desarrollé, paso a paso, lo que Aberanda, Clemens y yo, habíamos logrado descubrir. Por último planteé nuestras dudas, quedando a disposición de REPO.

Mi minuciosa descripción de los avances realizados continuó hasta que Negro reclamó su comida. Entonces, dejé de escribir y le envié el borrador a “mi socia”.

Para mi íntima satisfacción, Anahí reenvió mi texto a REPO, sin cambiarle ni una coma y mencionando el nombre de nosotros dos.

Pasó el tiempo, los días comenzaron a alargarse, pero la burocracia de REPO continuaba manejando sus tiempos en base a prioridades que no nos incluían. Finalmente, cuando la comisaria

Aberanda ya se había reincorporado a las filas de la policía bonaerense, recibimos una larga respuesta.

En principio, lamentaban la demora en liquidar los honorarios y viáticos atrasados y le avisaban a Anahí que acababan de autorizar la correspondiente transferencia. Luego, elogiaban los avances logrados en la investigación del huevo Fabergé que perteneciera a Perón y que le fuera obsequiado en agradecimiento por el refugio brindado a criminales de guerra nazis que huían de Europa. Más adelante, nos invitaban a acceder a una base de datos propia de REPO, con el listado de las 1718 personas y 419 entidades que, actualmente, son objeto de sanciones por parte de la UE por haber amenazado la integridad territorial, la soberanía y la independencia de Ucrania. Por último, nos alertaban sobre la mancomunidad de intereses y modus operandi entre los jefes y oligarcas rusos, el Grupo Wagner y la mafia rusa.

«¡La globalización llegó hasta la mafia!», mascullé en silencio.

Como el ejercicio activo de su cargo de comisaria limitaba el tiempo que Aberanda podía dedicar a nuestras investigaciones privadas, casi todo el peso del trabajo recayó sobre mis espaldas. Por suerte se trataba *de home office*, y podía llevarlo a cabo fumando mi pipa, escuchando a Piazzola y con la siempre entretenida compañía de Negro.

XXXVI: Intrusión peligrosa

En contra de lo esperado, la revisión de la inmensa base de datos de la *task force* europea, lejos de resultar tediosa me pareció apasionante. Por ejemplo, la lista de más de mil setecientas **personas** objeto de medidas restrictivas por parte de la UE, comenzaba con el presidente de Rusia, Vladímir Putin, y continuaba con miembros de la Duma Estatal rusa (cámara baja del Parlamento), miembros del Consejo Nacional de Seguridad, ministros, gobernadores, altos funcionarios y personal militar de alta graduación, comandantes del grupo mercenario Wagner, destacados empresarios y oligarcas rusos. A su vez, en la lista de entidades sancionadas figuraban: bancos e instituciones financieras rusas, empresas de los sectores militar y de la defensa, la aviación, la construcción naval y de maquinaria, fuerzas armadas y grupos paramilitares, partidos políticos rusos, empresas de telecomunicaciones y medios de comunicación responsables de difundir propaganda y desinformación. Finalmente, la Unión Europea también había impuesto sanciones a Irán por el suministro de drones a Rusia.

Cruzar los datos de cada una de esas personas y entidades sancionadas versus la información recabada en nuestra búsqueda del Fabergé hubiera sido una tarea ciclópea, de no contar con el poderoso metabuscador incluido en la base de datos de la UE.

A falta de una idea mejor, cuando recordé a los oligarcas rusos que, según Olivia de Rothschild, estaban relacionados con huevos Fabergé, los confronté con los listados de sancionados por el ROPE y encontré que se repetían los nombres de Viktor Vekselberg, Suleiman Kerimov y Alischer Usmánov.

Alentado por el avance inicial, busqué hipotéticos vínculos entre estos tres magnates rusos y entidades o personas de nuestro país. Fue entonces cuando apareció una luz al final del túnel. Los tres oligarcas rusos hacían negocios con los mismos bancos radicados en Argentina y utilizaban los mismos servicios de asesores locales. Satisfecho, le envié a Anahí un *Whatsapp* con un resumen de mis logros. Su respuesta fue rápida y proactiva: «Ya me ocupo».

Dado que la comisaria Aberanda había retomado sus funciones, pudo recurrir a la megaestructura informática de la policía bonaerense y solicitar que buscaran posibles antecedentes de los sospechosos que yo había identificado. La primera buena noticia fue que Vekselberg, Kerimov y Usmánov, como así también la mayoría de sus bancos y asesores locales, estaban en la mira de nuestra UIF (Unidad de Información Financiera) encargada del análisis, tratamiento y transmisión de información a los efectos de prevenir e impedir el Lavado de Activos y la Financiación del Terrorismo.

Sin embargo, la frutilla del postre fue que en la misma telaraña de negocios turbios aparecían también CFK y varios miembros de su gabinete, incluyendo al ex ministro de cultura quien se había apropiado de parte de la herencia de Perón, atesorada durante más de medio siglo en la bóveda del Banco Ciudad.

Llegado a este punto, Aberanda me pidió que redactara un informe para REPO.

«En nuestra opinión, los huevos Fabergé son el hilo conductor que vincula a Viktor Vekselberg, Suleiman Kerimov y Alischer Usmánov, con la ex presidente CFK y su ministro de cultura».

La respuesta fue rápida, lógica y contundente: «¿Tienen

pruebas?».

En realidad, teníamos pistas pero no pruebas. Quien más había avanzado al respecto había sido Clemens, pero lo asesinaron justo cuando investigaba al ex ministro de cultura. Sin saber por dónde empezar, decidí revisar los últimos mensajes que el Licenciado le había enviado a Aberanda. Entre otros, encontré uno en el que proponía revisar los archivos de la gestión de ese ex funcionario.

Para no exponerme como lo había hecho el desafortunado Clemens, en vez de concurrir personalmente al ex ministerio, consulté a mis viejos contactos periodísticos y, por prueba y error, descubrí que en el apuro por la inesperada derrota electoral, a fin de 2023, las entonces autoridades habían alquilado un depósito en Parque Patricios, supuestamente para ocultar todo aquello que querían invisibilizar.

Una vez que tuve claro el objetivo, como si estuviera planeando un robo, comencé un minucioso operativo que incluyó desde el reconocimiento del barrio, de los vecinos, de la entrada al depósito, hasta fotos del candado con que estaba cerrado el portón de acceso.

Si en Buenos Aires había calles siniestras, ésta era una de ellas. No había ni una mísera vivienda familiar sino una sucesión de enormes naves industriales, depósitos y galpones herméticamente cerrados, tal vez en desuso, bordeados por una frondosa arboleda que neutralizaba la precaria iluminación pública.

Por suerte, en el inmueble no había vigilancia y nadie en el vecindario recordaba haber visto el ingreso de personas en los últimos meses. Lo malo era que había cámaras y no pude averiguar si existían alarmas instaladas.

«¿Qué hago? ¿Me la juego como Clemens, a riesgo de terminar como él, o me borro y me quedo definitivamente en casita?» —me preguntaba sin encontrar respuesta.

Un par de días después, tras sucesivos cambios de opinión, con un debate interno apenas zanjado, decidí arriesgarme.

Llovía y los negros nubarrones anochecían la tarde. Con mis zapatillas chapoteando contra las baldosas flojas de aquellas veredas olvidadas por los sucesivos gobiernos, llegué frente al depósito. A la hora de la siesta, de ese día desapacible, casi nadie circulaba por esa calle desangelada. Por las dudas, traté de caminar con normalidad, como una persona que sabe adónde va y no tiene nada que esconder. Ya frente al acceso, munido de una llave maestra, intenté abrir el candado pero, por mis nervios, no le acerté al ojo de la cerradura. Eso que resulta tan sencillo en las escenas de ficción, me llevó más tiempo que lo esperado.

De pronto, mi cuerpo se tensó y un sudor frío comenzó a correr por mi espalda al notar que, oculto bajo un enorme paraguas negro, alguien se me acercaba. Sin poder identificarlo, los pensamientos negativos se adueñaron de mi cabeza. Mi primera reacción fue maldecir mi mala suerte y huir mientras pudiera, aunque eso implicara aceptar mi derrota definitiva. Sin embargo, mis manos continuaron su lucha contra el candado. Un instante después, justo cuando el extraño estaba casi a mis espaldas, la puerta cedió y me arriesgué a entrar a ciegas en el umbrío galpón. Al borde del pánico, cerré la puerta tras de mí e intenté respirar profundo.

No había ventanas y el interior estaba en penumbras. Cuando mis ojos aún no se habían acostumbrado a la oscuridad se disparó el

lacerante sonido de una alarma. Atónito, mientras mis pulsaciones aumentaban peligrosamente, recurrí a mi celular y en modo linterna busqué el tablero de control. Al encontrarlo, presioné la tecla de *stop* y la chicharra cesó de inmediato.

Ya más tranquilo, busqué el interruptor de la luz, lo activé y descubrí un espectáculo caótico. Más allá de las cucarachas y alguna rata que huía despavorida, las carpetas y biblioratos formaban montículos irregulares, como si hubieran sido tirados desde un camión volcador, sin importar el daño o el desorden en que caían apilados al azar.

Inmerso en una sucesión de estornudos alérgicos, desencadenados por el polvillo que se levantó al remover los primeros papeles, de pronto se fue la luz y quedé paralizado en medio de ese espacio tenebroso. Temblando de miedo, intenté volver a encender la linterna de mi celular pero antes de lograrlo recibí un tremendo golpe en la nuca y sentí un estallido dentro mi cabeza. Mareado, con la vista nublada, mis piernas cedieron y mi cuerpo se desplomó inerte.

37. ATRAPADO

Conmocionado por el golpe y sin idea del tiempo que había estado desmayado, desperté con la visión nublada, el corazón desbocado y un terrible dolor de cabeza. Estaba sentado en el suelo, apoyado y atado a una de las columnas metálicas que sostenían el techo del galpón.

En medio de la oscuridad se destacaba la luz solitaria de una vela. Intrigado,forcé la vista hasta descubrir una realidad aterradora. La vela encendida estaba incrustada en el pico de una botella cuyo contenido, intuía, podría ser inflamable. De ser así, se trataba de una bomba Molotov que, al explotar, incendiaría las toneladas de papel que me rodeaban y acabaría con mi vida.

Una mente espantosamente perversa me había condenado a sufrir viendo como, segundo a segundo, la vela se consumía y se acercaba el momento de la explosión e incendio fatal.

Intenté gritar pero fue en vano, porque la mordaza que me habían puesto apenas me permitía respirar. También en vano traté de imaginar mis opciones de sobrevivir. «¿Quién me puede socorrer?» — me pregunté y la respuesta fue: «¡Nadie!». Estaba solo.

Aún en el hipotético caso de que algún vecino hubiera escuchado la alarma del depósito y hubiese llamado al 911, era muy poco probable que apareciera la policía, ya que solo suele responder ante denuncias de muertes o hechos de sangre.

Otra opción era que Aberanda intentara buscarme, pero esta alternativa era todavía menos probable porque la comisaria desconocía mi intromisión en el depósito del ex Ministerio de Cultura. A lo sumo, si ella llamara a mi “celu” yo no podría contestarle.

Preso de un justificado pesimismo, me preguntaba qué sucedería si moría incinerado en aquella trampa mortal y mi cadáver no pudiera ser identificado.

Los minutos pasaban y la vela se consumía. Librado a mis propias fuerzas, todo dependía de mi suerte para cortar las ataduras y apagar la llama antes de que tomara contacto con el líquido inflamable.

Nunca fui valiente, pero en ese momento tuve una insólita sangre fría. «Tal vez podría escapar, pero depende de mí» —pensé. Entonces, luego de maldecir por no tener conmigo aquella navaja suiza de usos múltiples que Leonor me había regalado en ocasión de uno de nuestros campamentos en los lagos del Sur, busqué un sustituto. Lo único metálico era el llavero que tenía en el bolsillo trasero del pantalón. «Tal vez pueda alcanzarlo con dos dedos y usarlo para limar hasta cortar las cuerdas de las manos» —me ilusioné, aunque sabía que si no lograba desatarme y apagar la vela, estaría muerto. Como paso previo, me incliné hacia adelante e hice fuerza para levantar el traste del piso. Luego, una vez que el dedo índice hizo contacto con el llavero, el pulgar completó la tenaza y, poco después, conseguí sacar el llavero metálico para usarlo como cuchillo. Si bien no era suficientemente filoso como para cortar la soga, con perseverancia, de a poco, tal vez podría limarlo. Lamentablemente, al trabajar a tuestas, mis intentos no hacían mella siempre en un mismo lugar sino en distintos puntos de la cuerda.

Lo positivo era que, aparentemente, no había nadie más en el interior del galpón. Quienquiera que me hubiera golpeado y atado, se había dado por satisfecho al encender la Molotov y se retiró sin

esperar la detonación.

Tan cerca de la muerte, sin tiempo para reflexionar sobre el valor de la vida, tenía que concentrarme en cómo limar la cuerda, soltarme y huir antes de que fuera tarde.

Los minutos pasaban, y la vela estaba por ganar la trágica carrera, cuando la sogas se cortó.

A causa de la obligada inmovilidad yo estaba más tullido que de costumbre y necesité hacer grandes esfuerzos para desatarme, quitarme la mordaza y, ante la inminencia de la explosión, caminar a tientas hasta la puerta y –con el corazón desbocado- salir a la calle, justo a tiempo.

Exhausto, deshidratado y sacudido por escalofríos, me aferraba a la íntima alegría de seguir con vida. Sentado en el cordón de la vereda, a unos cincuenta metros de las llamas que devoraban las evidencias de corrupción escondidas en el aciago galpón, comprendí que me había arriesgado en vano. Había abandonado el depósito del ex ministerio con las manos vacías, excepto un puñado de memorias USB que -al salir- había encontrado dentro de una caja de cigarrillos cubanos.

A falta de opciones, llamé a Aberanda y le pedí que viniera a buscarme.

Bajo la lluvia, en el corazón de la ciudad, mientras el ulular de las sirenas de los bomberos quebraba el silencio del anochecer y las luces parpadeantes de sus camiones iluminaban el barrio, furiosas lenguas de fuego devoraban los documentos, expedientes y acuerdos, tan secretos como comprometedores, almacenados en el interior del depósito ministerial.

En una atmósfera de caos y desolación, cuando el humo negro y espeso se elevaba sobre la multitud que observaba la desaparecida lucha entre los bomberos y la vorágine de llamas, llegó Anahí.

—¿Qué demonios te pasó? —preguntó mi amiga a modo de saludo—. Parecés un muerto viviente —agregó, mientras me ofrecía su brazo para ayudarme a ponerme de pie.

Acongojado, mudo y ensimismado, con una laguna en mi cabeza, me sentía incapaz de poner en palabras ese sopor indescifrable. Cuando intenté una respuesta, descubrí que tenía la boca tan seca que la lengua no me respondía.

Al darse cuenta de mi real estado, Anahí me dijo: —Subí a mi auto y te llevo al hospital.

Ya sentado en la butaca del acompañante, mientras vaciaba una botella de agua que ella tenía en la guantera, durante el camino al Posadas intenté balbucear algo de mi nefasta experiencia y, tras prestarme atención, Aberanda sentenció: — ¡La sacaste barata! Solo a vos se te ocurre meterte en la fosa de los leones, solo y sin siquiera avisar.

Molesto por sus críticas, sin importar si ella tenía razón o no, el resto del viaje me mantuve en silencio y ni siquiera mencioné las memorias USB que tenía el bolsillo.

En la guardia del hospital, mi amiga comisaria logró que me atendieran sin esperar. Dada mi transitoria pérdida de conocimiento por el traumatismo de cráneo, y para descartar compromiso cerebral, me prescribieron una serie de estudios que realizarían durante esa noche que permanecería internado en observación y con custodia policial.

A la mañana siguiente, tras informarme que no habían encontrado lesiones severas, me dieron el alta.

Antes de retirarme, la enfermera me notificó que la comisaria había pedido ser informada de mi salida para pasar a buscarme. Pero como yo no tenía ganas de hablar y mucho menos reconocer errores, agradecí el ofrecimiento pero pedí un remise, al tiempo que mascullaba entre dientes: « El buey solo bien se lame».

Una vez que entré a mi casa, ante la indiferencia de Negro, me tiré en mi sillón con una botella de whisky y comencé a tomar del pico. Al rato, dejé las zapatillas en la pileta del lavadero, me desvestí, dejé dentro del lavarropas las prendas que había usado en el mugriento depósito, me metí bajo la ducha y me enjaboné como nunca. Cuando el excesivo gasto de agua caliente hacía bajar su temperatura, salí, me sequé, me puse un pijama limpio y me acosté sin almorzar.

Al atardecer, me despertaron los maullidos de Negro, quejándose porque yo seguía en la cama, sin haberle preparado su comida.

A pesar de la resaca, me levanté, le llené el plato a la mascota de Leonor y me preparé un café bien fuerte. Cuando por fin me despabilé, y la jaqueca disminuyó su intensidad, reapareció el pensamiento que me obsesionara la noche anterior: losUSB. Entonces, me senté frente a la computadora y comencé a revisar lentamente cada una de las memorias que había encontrado dentro de la caja de habanos.

XXXVIII. Pendrive

A revisar los *pendrives* que había logrado sustraer del depósito ministerial, encontré listados de CUIT, CBU y códigos alfanuméricos que podrían corresponder a cuentas bancarias. También había listas de números de teléfonos, pero sin indicar nombres de titulares.

Cuando ya pensaba que mi intrusión en el caótico galpón de Parque Patricios había sido un fracaso total, volví a revisar el contenido de la memoria USB que mostraba números de teléfono y, al mirar con más detenimiento, descubrí que al final de cada número había unas letras entre paréntesis que, tal vez, podrían corresponder a claves o iniciales. Al revisarla con detenimiento, además de siglas como las del BCRA y AFIP, aparecían las iniciales, VV, SK y AU que, casualmente, coincidían con las de *Viktor Vekselberg*, *Suleiman Kerimov* y *Alischer Usmáno*. Fue un momento mágico en el que experimenté una sensación de triunfo y optimismo. Por fin, había encontrado una vinculación entre el ex ministro de Cultura K, que se había apropiado del huevo Fabergé de Perón, y los tres jerarcas rusos que andaban por el mundo disputándose aquellas joyas de los Zares de Rusia.

Cuando me salía de la vaina, ansioso por compartir el hallazgo con Aberanda, tuve que reconocer que si bien los USB mostraban vínculos entre el ex ministro y los tres coleccionistas rusos, no había pruebas de qué tipo de relación existió entre ellos. Yo imaginaba que habían negociado el Fabergé, pero solo me basaba en mi intuición.

Cuando mi optimismo comenzaba a desinflarse, recordé el inmenso potencial del metabuscador incluido en la base de datos de la UE, que me había permitido conocer el listado de bancos, asesores y marchands radicados en Argentina que hacían negocios con los tres

oligarcas rusos investigados. Ahora, mi nuevo desafío consistía en buscar si alguna de esas empresas argentinas también habían trabajado con el ex ministro de cultura o alguno de sus testaferros. Por prueba y error, tras superar un par de fracasos iniciales, encontré cuatro coincidencias: un banco extranjero, un prestigioso estudio de abogados, una famosa casa de remates internacional y una empresa de seguridad privada.

Al repasar la lista de empresas vinculadas al ex ministro, por simple intuición, me pregunté: « ¿Para qué podría necesitar un ministro de nuestro país los costosísimos servicios de la casa de subastas Christie's de Londres? ¿Acaso para cotizar un Fabergé?». Eran preguntas cuya respuesta solo podía darlas Christie's, pero yo no podía presentarme en sus oficinas de Recoleta y hacerle la pregunta al primer empleado que me atendiera. A ese nivel de lujo, etiqueta y sofisticación sólo se accedía con mucho dinero o buenos contactos. Yo no tenía un mango pero era amigo de un reconocido funcionario de Interpol. De inmediato le escribí a Ariel Tello y le pedí que me contactara con la casa de subastas para hacer una consulta enmascarada en mi profesión de periodista.

La respuesta se demoró, pero finalmente Ariel me suministró el nombre de la persona a cargo de la seguridad de Christie's Argentina, con quien había trabajado en un caso y quedado en buenos términos.

Salvador Milano, era un ex comisario retirado de la Policía Federal que había accedido a la bien remunerada Gerencia de Seguridad de la más afamada casa internacional de subastas de arte. Ni flaco ni gordo, ni alto ni bajo, fornido y atlético, con cabello rubio entrecano, ojos azulados y la tez pálida propia del norte de Italia,

Milano vestía un traje azul oscuro casi negro, impecable camisa blanca y corbata gris acero. De pie, rígido como un granadero, con una mínima mueca de cortesía, mientras me saludaba con un apretón de mano más fuerte que lo habitual, me preguntó: — ¿De dónde conoce a Ariel Tello?

—De toda la vida. Fui amigo de su padre —respondí.

—¿En qué puedo serle útil? —cambió de tema, sin dejar de penetrarme con su mirada inquisitoria.

—Tengo entendido que los coleccionistas de arte ruso *Viktor Vekselberg*, *Suleiman Kerimov* y *Alischer Usmáno* han consultado cotizaciones en esta sucursal —sin rodeos, fui directo al grano.

—Puede ser —contestó con voz neutra y mirada gélida.

—¿Esas consultas pudieron estar relacionadas con un huevo Fabergé? —insistí.

—Tal vez.

—¿Es posible que Christie's haya tenido en venta un huevo Fabergé perteneciente al ex ministro Bauer? —sin anestesia, lancé mi bomba.

—¡¿Qué?! —reaccionó tomado por sorpresa—. ¿De dónde sacó tamaña estupidez? Si viene a sembrar cizaña para la prensa amarilla, será mejor que se retire —dijo amenazante, mientras me mostraba la salida.

Más que satisfecho por lo que yo consideraba una confirmación, me retiré y apagué la grabación oculta en mi celular.

Ansioso, sin esperar a que mi cabeza procesara lo que acababa de ocurrir, me apuré a escribirle a Aberanda: « ¡Encontré las pruebas que buscábamos!!! ».

Ese mediodía, en pleno barrio de Recoleta, ensimismado en lo que parecía un contundente avance en nuestra investigación, mientras caminaba por Avenida Alvear en busca de la estación de subte “H”, se me acercó una camioneta negra conducida por una jovencita rubia y pálida, quien –con una muy ensayada sonrisa– detuvo la marcha y me preguntó algo que no alcancé a entender debido a su muy marcada entonación extranjera, tal vez propia de Europa de Este. Dejé de caminar y miré a la supuesta turista que champurreaba nuestro idioma. Mi primera impresión fue que acababa de llegar al país y se había arriesgado a alquilar un vehículo para recorrer el caos porteño. Me sentía un tanto molesto porque los idiomas no eran mi fuerte y difícilmente podría serle útil. De pronto, la puerta trasera de la furgoneta se abrió abruptamente y un par de hombres se movieron mucho más rápido de lo que yo podría imaginar. No recuerdo si alcancé a reaccionar, pero lo cierto fue que recibí un tremendo golpe en la cara. Algo estalló dentro de mi cabeza y me sentí completamente mareado, me tambaleé, mis rodillas se doblaron y, al perder el conocimiento, me desplomé. No sé si caí al suelo, solo recuerdo mi sobresalto por el estruendo de la puerta de la camioneta cuando un golpe la cerró detrás de mí y el posterior ronquido del motor cuando aceleraba dándose a la fuga. También, me parece recordar el peso de alguien que me aplastaba contra el suelo metálico. Estaba aterrorizado y casi no podía respirar, me envolvía la negrura de una manta o una capucha. La cabeza seguía dándome vueltas y tenía gusto a sangre en la boca.

Al recuperar el conocimiento, estaba en un lugar frío y húmedo donde reinaba un silencio lacerante. Encapuchado, condenado a una

oscuridad claustrofóbica, mi mundo se limitaba a lo que podía oler o escuchar. No tenía sentido forzar mi garganta seca y áspera, porque nadie escucharía mis gritos pidiendo ayuda. Necesitaba entender lo que pasaba más allá de la capucha, pero ni siquiera podía explorar a tientas porque tenía atadas las manos y los pies. A mi edad, tumbado sobre el piso, con las palpitaciones de un corazón abrumado por la angustia, no podía pensar ni razonar.

XXXIX. Cautiverio final

Vulnerable, aturdido por las incontrolables palpitaciones de mi corazón y el espasmódico temblor corporal, sudando de miedo, en vano intenté entender qué pasaba más allá de la impenetrable oscuridad de la capucha negra que me cubría la cabeza y me condenaba a respirar aire viciado.

Mi única certeza era que todavía estaba vivo y, como solía decir Leonor, todavía tenía un pasado, un presente y tal vez un futuro. Pero ignoraba todo lo demás: «¿Dónde estoy? ¿Quién me secuestró y por qué?».

«Tal vez estoy soñando» —fue un pensamiento optimista. De ser así solo debía esperar que terminara la pesadilla, para despertar en mi cama y levantarme a alimentar a Negro. Pero era un deseo sin esperanza, lo real era que estaba encapuchado, atado y tenía una sed terrible.

De pronto, el siniestro silencio fue interrumpido por un tremendo golpe metálico y el piso donde estaba tirado comenzó a inclinarse hacia uno y otro lado, como los volubles platillos de una báscula. Fuera de control, llevado por la gravedad, mi cuerpo rodó y golpeó alocadamente, una y otra vez, hasta que comprendí que estaba encerrado dentro de una caja metálica o un *container*.

Finalmente, tras un estruendoso golpe contra una superficie dura, mi cárcel de hierro dejó de moverse. Pero la quietud duró apenas un suspiro, porque casi de inmediato, empezó el típico traqueteo que sufre la carga de un camión. Ya no había dudas, mi celda de metal estaba siendo trasladada. ¿Por orden de quién? ¿Hacia dónde? ¿Para qué?

Cuando ya había perdido la noción del tiempo, me ilusionó el amortiguado sonido de una sirena policial. Fue entonces cuando una inesperada frenada me arrojó violentamente contra el frente del *container*. Como el zarandeo había cesado, imaginé que el camión se había detenido. A partir de ese momento todo sucedió más rápido que lo que podía comprender. El chirrido de una puerta de hierro al abrirse, fue seguido por las voces de aliento de quienes me sacaban la máscara, cortaban mis ataduras y me daban agua. Con la ayuda de un par de uniformados logré sentarme en el borde trasero de la caja metálica, con las piernas colgando hacia el asfalto. Recién entonces, mientras esperaba una ambulancia, descubrí a mi amiga, la comisaria Aberanda, quien había seguido mi localización gracias al celular que yo conservaba en mi ropa y que posibilitó mi ubicación y liberación.

Pasó el tiempo, los días se fueron haciendo más largos y la temperatura más agradable. REPO seguía depositando nuestros honorarios mensuales, pero no nos compartía ningún dato sobre los avances relacionados con el Fabergé de Perón.

Finalmente, el 21 de setiembre, junto con la primavera, las buenas noticias llegaron a los diarios porteños: *«El Juez Casanello imputó al ex ministro de cultura (TB), por la apropiación de un huevo Fabergé que integraba la herencia de Perón y venderlo a un acaudalado coleccionista ruso, hombre de confianza del presidente ruso Vladímir Putin. A su vez, TB había sustituido el Fabergé original por una copia, que luego cedió a CFK y fue requisado por el juez Bonadío en El Calafate»*.

Inmersos en un vergel con más de 1700 especias, mientras su abuela intentaba mostrarles las diferencias entre plantas que atraen picaflores, las que atraen mariposas y las que atraen abejas, los hijos de Anahí correteaban por el jardín botánico del INTA Castelar.

Más atrás, disfrutando del milagro de la primavera, su mamá y yo comentábamos la repercusión mediática de nuestras últimas investigaciones, aunque lo más destacable había sido el aspecto económico. Tanto Olivia como el REPO nos habían pagado en euros. Además, ambos clientes habían mencionado la posibilidad de futuras contrataciones o, al menos, recomendaciones.

Sin embargo, el novelista que llevo adentro hubiera preferido cierres más espectaculares, con el profesor López Conde y el *connaisseur* Sebastián Alcobeá presos en España, con el ex ministro de Cultura “K” detenido en una cárcel federal y, como broche final: una *selfie* con Aberanda mostrando el recuperado Fabergé de Perón. Pero nada de eso había sido posible.

A su vez, por deformación profesional, la comisaria se sentía frustrada por no haber descubierto a los asesinos del Licenciado Clemens, supuestamente los mismos que mataron a mi informante en Comodoro Py y me secuestraron en un *container*, fue por eso que decidió lanzar una estocada.

—En nuestro caso, la gente de bien usaría la *guita* que acabamos de ganar para buscar y descubrir al asesino de Clemens — pontificó con gesto solemne.

Yo la escuché en silencio, pero con el egoísmo propio de mi edad, pensé: « ¡Con la mía, no! ».

El 31 de diciembre, en la calurosa Mocoetá, los padres de Anahí cumplieron el sueño de celebrar la Nochevieja con su hija y sus nietos. Además, había dos invitados: Raula y yo.

Luego de disfrutar el silencioso brindis, bajo un maravilloso cielo estrellado libre de fuegos artificiales, mi amiga comisaria me compartió la noticia del año: en Fuerte Apache, luego de un tiroteo infernal, un comando de la policía bonaerense, encabezado por ella, había apresado al asesino de Clemens. Se trataba de un joven sicario, corpulento y zurdo, que no sabía quién lo había contratado, ni recordaba cuánto le habían pagado. Como siempre, el hilo se cortó por lo más delgado.

Ya en Castelar, con el ventilador al máximo, mientras evaluaba la posibilidad de vender unos euros para comprar un acondicionador de aire que me ayudara a soportar estos veranos cada vez más tórridos, apareció la atemporal voz de mi querida Leonor.

—¡Feliz aniversario, mi amor! —saludó y me sorprendió con una inesperada pregunta—. ¿Te acordás que hoy cumplimos sesenta años de casados?

—¡Por supuesto! —mentí y, de inmediato, cambié de tema—. Te hice caso, fui a España y me fue bien. Además, al volver, ayudé a Anahí a cerrar con éxito otra investigación.

—Pensar que no querías aceptar ese desafío...

—En aquel momento creía no tener la lucidez necesaria para resolverlo, pero la tuve— dije con innegable satisfacción.

—Bueno..., no quiero restarte mérito, pero desde acá arriba te ayudé un poquito —intentó menoscabarme o, al menos, así lo noté yo.

—¡No me digas! ¿Cuándo? —reaccioné desafiante.

—Cuando contrataste como traductora a mi ex alumna Eleonora Colonna, fue porque yo te había metido esa idea en la cabeza.

—¿En serio? —dudé de Leonor, aunque la ayuda de Eleonora había sido fundamental.

—Si no me crees, pensá en cómo pudo desactivarse la alarma de ese galpón roñoso y sin salida, o quien le sugirió a Aberanda que monitoreara tu celular en tu arriesgada visita a *Christie's*.

Fue entonces cuando el estridente maullido de Negro me retrotrajo al aquí y ahora. Perplejo, me pregunté si el gato también escuchaba la voz de mi difunta esposa, o esa era una facultad exclusiva de mis envejecidas neuronas.

FIN